

**UNIVERSIDAD NACIONAL DE  
EDUCACIÓN A DISTANCIA**

Facultad de Geografía e Historia

**UNED**

*El comercio de los fenicios occidentales entre  
los siglos VI y III a. C.*



*Máster en Métodos y Técnicas Avanzadas de Investigación Histórica,  
Artística y Geográfica (Itinerario de Historia Antigua)*

**Curso académico: 2018/2019**

**Alumno: Jesús Jacinto González**

**Directora: Pilar Fernández Uriel**



*-A las dos mujeres de mi vida,  
ellas saben que, anacrónicamente, siempre lo serán...-*



*“...la Historia de la Humanidad no es sino un continuo ir y venir de gentes que, por fuerza, interactúan con sus semejantes por muy diferentes y distintas que sean sus concepciones sobre lo que les rodea”.*

(Domínguez Monedero, 2015, p. 75).



# UNIVERSIDAD NACIONAL DE EDUCACIÓN A DISTANCIA

Facultad de Geografía e Historia

## *El comercio de los fenicios occidentales entre los siglos VI y III a. C.*



*Máster en Métodos y Técnicas Avanzadas de Investigación Histórica,  
Artística y Geográfica (Itinerario de Historia Antigua)*

**Curso académico:** 2018/2019

**Alumno:** Jesús Jacinto González

**Directora:** Pilar Fernández Uriel







Facultad  
de Geografía  
e Historia

**Resumen:** En la presente investigación nos hemos centrado en el estudio del comercio de los fenicios occidentales en el Extremo Occidente entre los siglos VI y III a. C. Se trata de un necesario análisis de un importante proceso socioeconómico de la Historia del Mediterráneo Antiguo que, sin embargo, ha sido muy descuidado por la historiografía en las últimas décadas. De esta forma, ante la escasez de fuentes detectada hemos desarrollado una metodología de estudio renovada que permita combinar el análisis de las fuentes escritas y arqueológicas, con la intención de inferir la máxima información posible. Así, nos hemos sumergido en el desarrollo historiográfico de la presencia fenicia en Occidente, haciendo especial hincapié en sus modos de comercio y relaciones mercantiles en nuestra cronología de estudio. Por último, nos centramos en las relaciones comerciales de los fenicios en el Extremo Occidente a través de las evidencias escritas y del estudio del registro anfórico.

**Palabras clave:** Fenicios, Occidente, Comercio, Ánforas.

**Riassunto:** Nel presente lavoro di ricerca ci siamo incentrati nello studio del commercio dei fenici occidentali nell'Estremo Occidente tra i secoli VI e III a. C. Si tratta di un necessario analisi su un importante processo socioeconomico della Storia del Mediterraneo Antico che, tuttavia, è stato molto trascurato per la storiografia nelle ultime decenni. In questo modo, a causa della scarsità di fonti identificata, abbiamo sviluppato una metodologia di studio rinnovata che permetta di combinare l'analisi delle fonti scritte ed archeologiche, con l'intenzione di inferire la massima informazione possibile. Così, ci siamo immersi nello sviluppo storiografico della presenza fenicia in Occidente, facendo speciale appoggio nei suoi modi di commercio e relazioni mercantili nella nostra cronologia di studio. Infine, c'incentriamo nelle relazioni commerciali dei fenici nell'Estremo Occidente attraverso le evidenze scritte e dello studio del registro anfórico.

**Parole chiave:** Fenici, Occidente, Commercio, Anfore.



Introducción.....	14
<b>1. CAPÍTULO I. Metodología y fuentes .....</b>	<b>16</b>
1.1. Marco geográfico y cronológico.....	16
1.2. Base teórica y metodológica .....	17
1.3. Fuentes .....	23
1.4. Hipótesis de trabajo.....	29
<b>2. CAPÍTULO II. Hacía un estado de la cuestión .....</b>	<b>30</b>
2.1. La historiografía de los fenicios en Occidente en el s. XIX y XX.....	33
2.2. El Periodo Precolonial (II milenio a.C.-s. IX a.C.) y el paradigma comercial	46
2.4. El comercio en el Periodo Urbano/Púnico (600-241 a.C.) y el tráfico marítimo comercial.....	71
<b>3. CAPÍTULO III. El comercio fenicio occidental entre los ss. VI y III a.C.....</b>	<b>82</b>
3.1. El comercio de las ciudades fenicias occidentales.....	83
3.2. Fenicios y griegos .....	90
3.3. Dinámicas comerciales cartaginesas.....	96
3.3.1. El comercio administrado y el comercio regido por tratados.....	96
3.3.2. Un debate abierto. Cartago: ¿Imperio o potencia hegemónica comercial? 101	
3.4. El comercio fenicio en el Extremo Occidente a través del estudio de las ánforas entre los siglos VI y III a. C.....	104
Conclusiones.....	126
Bibliografía.....	128
Relación de fuentes literarias citadas .....	139
Índice de figuras .....	140
Apéndice: Textos históricos. ....	143



## Introducción

En el presente trabajo, desarrollado en el marco del Trabajo de Fin de Máster en el Máster en Métodos y Técnicas Avanzadas de Investigación Histórica, Artística y Geográfica (Itinerario de Historia Antigua) de la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Nacional de Educación a Distancia durante el curso académico 2018/2019, pretendemos realizar una aproximación histórica a las dinámicas comerciales de los fenicios occidentales en el Extremo Occidente entre los siglos VI y III a. C. Se trata de un tema que consideramos fundamental para la comprensión de los procesos no solo económicos, sino también políticos y sociales de la historia del mundo fenicio en Occidente.

Máxime, cuando estamos ante un objeto de estudio poco delimitado e investigado en la historiografía precedente. Por tanto, este estudio queda justificado plenamente ya que resulta una necesidad abrir de nuevo esta línea de investigación y comenzar a marcar un nuevo camino con renovadas metodologías históricas y arqueológicas. De esta forma, y ateniéndonos a las distintas modalidades de TFM establecidas por la Guía de Estudio de la Facultad de Geografía e Historia, estas páginas se conciben como un trabajo bibliográfico a modo de estado de la cuestión preliminar para el inicio de nuestra futura tesis doctoral. Tesis doctoral que se desarrollará en la Universidad de Almería bajo la dirección del Catedrático en Historia Antigua José Luis López Castro en el marco contractual de una FPU 2018 obtenida por quien suscribe estas páginas.

Los objetivos fundamentales que nos marcamos pueden resumirse en tres puntos bien delimitados. En primer lugar, heredamos como objetivo solventar un vacío importante en la investigación del mundo fenicio en el Extremo Occidente aportando nuestro granito de arena al conocimiento de nuestra Historia Antigua. En segundo lugar, resulta necesario el estudio de las relaciones de intercambio entre las ciudades de fundación fenicia occidental, cartaginesas y griegas en Occidente. Delimitando de esta forma los actores comerciales implicados para la comprensión de las redes de intercambio. Y, en tercer lugar, un objetivo para el futuro que tiene su primer paso en este manuscrito será la reconstrucción de las rutas comerciales fenicias occidentales para los siglos VI y III a. C. mediante el estudio sistemático del registro anfórico.

En cuanto a la estructura diseñada, consensuada entre el alumno que redacta este manuscrito y la directora de este, para la organización y elaboración de este trabajo debemos señalar que en la toma de decisiones orientamos nuestros intereses hacia la consecución de unas sólidas bases teóricas, metodológicas y empíricas para la adecuada preparación del alumno que emprenderá en breve una tesis doctoral en torno a este objeto de estudio. No obstante, también consideramos necesario seguir los esquemas tradicionales de los trabajos de investigación del mundo académico.

Combinando ambas cuestiones presentamos así estas páginas estructuradas en tres capítulos fundamentales que por su concreción y sus síntesis aportan una visión global sobre el estado de nuestros conocimientos en la actualidad. El capítulo primero está dedicado a las irrenunciables cuestiones metodológicas, teóricas, a las fuentes primarias y secundarias y a la formulación de nuestra hipótesis de partida. Así, fraguamos un primer escalón que nos permita avanzar en nuestra investigación a través del método científico en investigación histórica.

El capítulo segundo se configura como un profundo estudio bibliométrico de la presencia fenicia en el Extremo Occidente y de los tipos de comercio establecidos. Se trata de una parte de nuestra argumentación ciertamente extensa, pero totalmente necesaria para sentirnos preparados antes de acometer el centro de nuestros intereses científicos. El capítulo tercero nos transporta al epicentro de la cuestión para profundizar en el comercio fenicio occidental durante los siglos VI y III a. C. Planteamos que ese estudio requiere una serie de pasos que deben pasar por el estudio de las relaciones comerciales de las ciudades fenicias de Occidente, las relaciones mercantiles entre fenicios y griegos, las bases del comercio cartaginés y los modelos aplicados, el análisis de la hegemonía cartaginesa y, finalmente, el estudio del registro anfórico.

Por último, finalizaremos estas páginas con una serie de conclusiones sobre todo lo expuesto y con la necesaria contrastación de nuestra hipótesis de partida. Así, comenzamos en estas primeras líneas un arduo camino que emprendemos con energía e ilusión a través del cual esperamos humildemente que nos conduzca con el tiempo a la aportación de nuevas informaciones y nuevas interpretaciones acerca de un fenómeno tan crucial como olvidado en la historiografía.

# 1. CAPÍTULO I. Metodología y fuentes

## 1.1. Marco geográfico y cronológico

Para la comprensión del marco geográfico de esta investigación debemos destacar que puesto que estudiamos una sociedad colonial que atravesó los mares en sus transacciones comerciales nos gustaría mantener en todo momento una perspectiva amplia del Mediterráneo Antiguo, en un sentido panmediterráneo. A pesar de ello, debemos establecer unos límites a nuestra investigación y, por tanto, centraremos nuestro foco de atención en el Extremo Occidente y, especialmente, en las ciudades-estado de la formación social fenicia occidental del sur de la Península Ibérica.

En cuanto al marco cronológico, desde nuestro punto de vista historiográfico como historiadores de la Antigüedad la historia de los fenicios en el Extremo Occidente se divide en cuatro periodos bien diferenciados. En primer lugar, el Periodo Precolonial (II milenio a. C.-s. 850); en segundo lugar, el Periodo Colonial (850-600) que, a su vez, se subdivide en Periodo Colonial inicial (850-800 a.C.) y Periodo Colonial Arcaico (800-600 a.C.); en tercer lugar, el Periodo Urbano/Púnico (600-241 a. C.); y, en cuarto lugar, el Período Bárcida (241-149 a. C.). A partir de entonces, la Península Ibérica entraría en la esfera romana y la formación social fenicia occidental iniciaría un periodo de integración en las estructuras políticas, sociales, ideológicas y económicas del mundo romano (López Castro, 1995).

Por nuestra parte en el desarrollo de este Trabajo Fin de Máster realizaremos un recorrido historiográfico que abarca desde los inicios de la presencia fenicia en Occidente hasta el s. III a. C. Un recorrido extenso y arduo pero que consideramos necesario antes de centrarnos en la etapa cronológica que más nos interesa: el Periodo Urbano/Púnico (600-241 a. C.). Esta etapa cronológica del mundo fenicio se trata de un momento aún poco estudiado en la historiografía y nos interesa sobremanera sumergirnos en las dinámicas comerciales que se desarrollaron entonces.

## 1.2. Base teórica y metodológica

Desde nuestro punto de vista el marco conceptual de análisis histórico que empleamos en el oficio del historiador (Moradiellos, 2010) es una cuestión fundamental de primer orden. Por ello, hemos considerado adecuado para el desarrollo de este Trabajo Fin de Máster realizar una previa y profunda reflexión teórica y metodológica a este respecto que nos permita realizar un riguroso estudio del proceso histórico al que pretendemos aproximarnos en estas páginas como base para nuestra futura tesis doctoral.

Creemos necesaria esta cuestión porque en nuestro breve, pero intenso, periplo como historiadores en formación hemos podido observar que, normalmente, tanto los historiadores de la Antigüedad como los arqueólogos carecen de un marco conceptual adecuado y de una serie de criterios lógicos en su análisis. Esta situación se vuelve especialmente acuciante para el estudio de sociedades exógenas en un marco geográfico que colonizan, como es nuestro caso. En nuestra opinión, los dos puntos más complejos y que más problemas han generado en la historiografía sobre el mundo fenicio occidental han sido las conceptualizaciones, o falta de ellas en ocasiones, sobre las terminologías y las periodizaciones.

Nos estamos refiriendo a la presencia fenicia en la Península Ibérica como un proceso histórico que supera ampliamente los ocho siglos con un desarrollo muy divergente y complejo. En la historiografía especializada hemos podido comprobar la multiplicidad de terminologías que se han propuesto, con una intencionalidad clara en tratar a los individuos sociales en función de las cronologías y los marcos geográficos.

En esta línea, se han planteado términos como fenicio, púnico, fenopúnico, cartaginés, etc. Hemos sido testigos, y víctimas de hecho, en el trabajo previo al desarrollo de esta investigación de la gran cantidad de errores y confusiones a los que lleva la terminología tradicional.

El auténtico problema de raíz es la ausencia de fuentes escritas propiamente fenicias y, por tanto, no sabemos cómo se llamaban a ellos mismos<sup>1</sup>. Mientras que, “fenicio” (*phoinikoi*) y “púnico” (*poeni*) no derivan más que de la forma en que los denominaron griegos y romanos, respectivamente. Ciertamente en Oriente los fenicios se autodenominaban cananeos (*can'ani*), o bien por su ciudad natal (sidonios, tirios, gubalitas), pero poco más sabemos al respecto ante la ausencia de fuentes. Por otro lado, el etnónimo semita no nos lleva a error, pero resulta demasiado genérico para describir diversas realidades. Por ello resulta necesario que establezcamos unos criterios claros que no conduzcan a errores históricos.

Por nuestra parte, seguiremos las enseñanzas del profesor López Castro en este sentido (1993). De esta forma, para las sociedades de las colonias fenicias de la Península Ibérica emplearemos la denominación “fenicio occidental”. Y, mejor aún, atendiendo al complejo conglomerado social, “formación social fenicia occidental”. Rechazamos, por tanto, la denominación “púnico”, por toda la carga peyorativa e ideológica que conlleva. Este término realmente por su origen latino termina haciendo referencia a un hipotético sentido imperialista cartaginés, lo cual resulta un tema muy sensible para el estudio del fenómeno fenicio entre el s. VI y el s. III a. C.

De esta forma, el término “púnico” *“debemos reservarlo para referirnos en su conjunto, a los hombres y sus manifestaciones provenientes del espacio hegemonizado por Cartago en el Mediterráneo Central”* (López Castro, 1993, p. 346). Mientras que, la propuesta del término “neopúnico” (Acquaro, 1978) bien podría ser útil para referirnos a aquellas sociedades que tras la destrucción de Cartago presentan pervivencias de esta, como los mauritanos. Y para el resto de las zonas del Mediterráneo, cuando se den las mismas circunstancias, sería útil el término “tardopúnico” para conceptualizar el último momento de un proceso de carácter global.

---

<sup>1</sup> No es nuestra intención entrar aquí en los debates historiográficos en torno a estas terminologías y cronologías, sino establecer la que nosotros seguiremos. Por tanto, no entraremos en los debates de Acquaro, Moscati, etc. (Acquaro, 1978; Moscati, 1972). Pero, si nos gustaría destacar que una excelente síntesis mediante el análisis de las fuentes, tanto occidentales como orientales, sobre las distintas posibilidades de como debieron llamarse a sí mismos los fenicios y a su territorio de origen lo encontramos al inicio de la magnífica obra de Aubet (Aubet Semmler, 2009).

Una vez aclarada esta cuestión continuemos con las cuestiones cronológicas. Partimos desde la base de que una periodización lógica de un fenómeno histórico concreto debe concordar con la realidad que pretende representar. Así, en lugar de responder a una ideología concreta o a una instrumentalización, debe responder al propio desarrollo histórico de esa sociedad y a las hipótesis que sobre esta se plantean. Es más, partiendo desde el Materialismo Histórico para el establecimiento de esta cronología debemos tener en cuenta elementos tanto productivos, como culturales y sociales. De esta forma, tratemos de establecer esa cronología.

El primer elemento que es fundamental es el del momento de inicio de los contactos de los fenicios con el Extremo Occidente. Es decir, la denominada hasta la actualidad como “precolonización”. Como expondremos en siguientes páginas de forma más detallada, la precolonización de la Península Ibérica por parte de los fenicios resulta un fenómeno muy complejo que debe ser entendido como parte de un sistema global de relaciones panmediterráneas que se desarrollan desde el II milenio a. C. Por tanto, en nuestra cronología establecemos una primera etapa que llamaremos Periodo Precolonial (II milenio a. C.-s. 850).

El segundo elemento que debemos periodizar es el momento de la propia colonización del Mediterráneo por expediciones llegadas de Oriente bajo la tutela y administración de la ciudad de Tiro. De esta forma, marcamos un Periodo Colonial (850-600) que, además, es un periodo dual, ya que lo dividimos entre Periodo Colonial inicial (850-800 a.C.) y Periodo Colonial Arcaico (800-600 a.C.). Esta subdivisión viene motivada por las propias inferencias del registro arqueológico y las distintas dinámicas económicas que representan ambos momentos. En cualquier caso, lo importante de este periodo es que será en estos siglos donde se gesticione lo que llamamos la formación social fenicia occidental.

El tercer elemento de la periodización que seguiremos en el transcurso de estas páginas es el que se ha denominado Periodo Urbano/Púnico (600-241 a. C.). Es en este momento cronológico cuando para la Península Ibérica ya podemos hablar con todas las letras de la formación social fenicia occidental. Además, en esta etapa es cuando se produce un gran hito, y es que Cartago se convertirá en una potencia hegemónica en el Mediterráneo antiguo.

El cuarto elemento que marca el profesor López Castro en su estudio no nos interesará para los objetivos propuestos en el desarrollo de estas líneas, puesto que excede nuestro marco cronológico. Es el Período Bárcida (241-149 a. C.), momento en que Cartago inicia una política realmente imperialista e invade la Península Ibérica con el desembarco de Amílcar Barca en el 237 a. C. y que abarcaría hasta la destrucción de Cartago, momento en que entra plenamente el elemento romano en la Península Ibérica.

En el fondo, tal y como señala el profesor López Castro “*la ocupación cartaginesa del Sur peninsular durante tres decenios, incluyendo los largos años de la Segunda Guerra Púnica, introdujeron el germen de los profundos cambios productivos y sociales que iniciarían la crisis de la forma de producción antigua y que conducirían en el cuarto y último periodo, a la disolución<sup>2</sup> de la formación social fenicia occidental*” (López Castro, 1993, p. 348).

Una vez que contamos con un sólido marco de análisis conceptual con el establecimiento de las bases terminológicas y cronológicas ya quedan expuestas las razones de la elección cronológica que indicábamos páginas arriba para el desarrollo de este Trabajo Fin de Máster. Por tanto, es el momento de sumergirnos en la base teórica que emplearemos en el presente trabajo. En este sentido, nos parece lo más honesto empezar recalcando que la base teórica que guiará las decisiones de esta investigación y de la que como historiadores de la Antigüedad nos nutrimos es la escuela del Materialismo Histórico. Resultará lógico al lector que un materialista histórico se haya decantado por el estudio de una fundamental actividad productiva como es el comercio.

Precisamente, ese foco de nuestra atención nos obliga a pertrecharnos de un andamiaje metodológico y conceptual adecuado que nos permita profundizar en torno a los procesos de producción de una sociedad precapitalista como la que estudiamos. No obstante, como es consabido el Materialismo Histórico en su vertiente historiográfica no está exento de dogmatismos. Precisamente por ello, trataremos de seguir un método lógico y ordenado de trabajo que nos aleje de las aberraciones en nuestros análisis

---

<sup>2</sup> Disolución que fue estudiada y analizada en clave de integración en las estructuras políticas, sociales y productivas del mundo romano por el mismo autor (López Castro, 1995).

históricos para, de esta forma, no caer en los nominalismos, anacronismos ni voluntarismos.

Desde nuestro punto de vista el método científico en historia debe plantearse como una serie de operaciones ordenadas que, a la vez, constituye un auténtico sistema abierto que permita espacio a la interdisciplinariedad. Así como, también, a la inclusión de técnicas y métodos provenientes de otras disciplinas, siempre y cuando nos permitan enriquecer los resultados de nuestra investigación en lugar de seguirlas por simple moda, como suele suceder en muchos casos en la historiografía actual. Esta visión del oficio del historiador, en conjunción con el tema de estudio que hemos propuesto, nos induce a realizar un experimento historiográfico incluyendo en nuestra metodología diversas herramientas de la microhistoria.

Nos parece necesario reflejar aquí, de forma breve y resumida, los principios que pretendemos recoger de la microhistoria. Uno de los grandes pilares que conforman esta tendencia historiográfica es la de la escala reducida de observación. Es decir, la aplicación del análisis histórico micro con el objetivo de percibir informaciones, cuestiones y fenómenos que, de otra forma, podrían pasar desapercibidos frente a los análisis globales macro. De esta forma, realizaremos metodológicamente un análisis microhistórico en cuanto al tema de estudio (el comercio fenicio occidental), en cuanto al marco geográfico (Extremo Occidente) y en cuanto a la cronología (ss. VI-III a. C).

De esta forma, pretendemos realizar una reducción en esa escala de observación en los tres ámbitos de estudio básicos señalados con la intención de observar una situación concreta para reconstruir la forma en que una sociedad reproduce socialmente su historia. En este sentido, uno de los principios prácticos de la microhistoria está compuesto por el llamado “paradigma indiciario”.

Se trata de un método para el análisis de las pistas que dejan los sujetos históricos en la vorágine del tiempo. Desde un punto de vista microhistórico la realidad material del pasado es realmente impenetrable por su gran complejidad. Especialmente, para una época y una sociedad en la que las fuentes son muy limitadas. Por tanto, hemos querido delimitar bien nuestro tema de investigación para desarrollar “*la creación de objetos de investigación definidos por el historiador a partir de lo excepcional*” (Ginzburg, 1994, p.

29). Por ello, consideramos que el estudio que presentamos en estas páginas queda avalado por su método, por sus delimitaciones temáticas, espaciales y cronológicas.

### 1.3. Fuentes

En el trabajo del historiador de la Antigüedad debemos ser conscientes de que resulta totalmente necesario la conjunción de las fuentes escritas y de las fuentes materiales en el proceso de investigación. De esta forma, ambos elementos se convierten en un tándem empírico indispensable para realizar cualquier tipo de estudio. Por ello, nuestro modesto estudio incluirá el análisis histórico de fuentes tanto escritas como arqueológicas. Por el momento, realicemos una breve presentación de estas fuentes.

En primer lugar, en cuanto a las fuentes escritas hemos recopilado una gran variedad de textos que provienen, fundamentalmente, de los historiadores clásicos grecolatinos y de los libros de la Biblia. Pensamos que resulta adecuado aceptar desde el primer momento que para el estudio del mundo fenicio nos encontramos una profunda limitación en cuanto a fuentes. Y es que no se han conservado fuentes escritas propias de esta sociedad, a excepción de algunos *grafitis* en lenguaje fenicio, marcas en cerámicas, estampillas, grafías en monedas etc. Por tanto, quienes nos dedicamos a los fenicios, especialmente a los fenicios occidentales, nos encontraremos muchos problemas en ese sentido y debemos estar dispuestos a aceptar las limitaciones de nuestro campo de estudio.

En cualquier caso, un buen análisis de las, muchas veces, tendenciosas fuentes clásicas sobre la sociedad fenicia pueden aportarnos informaciones muy interesantes. De esta forma, hemos recopilado textos de Heródoto, Estrabón, Dionisio de Halicarnaso, Justino, entre otros. Mientras que, de los textos bíblicos hemos recogidos algunos fragmentos referentes al mundo fenicio del primer libro de *Reyes* y del libro de *Crónicas*.

No es nuestro objetivo realizar aquí una presentación exhaustiva de las fuentes citándolas todas, sino que serán adecuadamente referenciadas a lo largo del trabajo cuando sean objeto de análisis, acompañadas de la referencia bibliográfica de la traducción empleada y con el texto en el apéndice final. Y, por supuesto, al final de nuestro trabajo serán relacionadas las fuentes serán citadas en su totalidad, siguiendo para ello el listado de abreviaturas de la herramienta on-line Perseus<sup>3</sup>.

---

<sup>3</sup> Perseus. *Abbreviation Help*. Recuperado de: <http://www.perseus.tufts.edu/hopper/abbrevhelp>

En segundo lugar, ocupémonos de las fuentes materiales. Es decir, de las fuentes arqueológicas. Como iremos viendo a lo largo de las siguientes páginas la investigación arqueológica en torno al mundo fenicio ha ido avanzando mucho desde que a finales del s. XIX Luis Siret diera el pistoletazo de salida en la antigua ciudad de *Baria* (Villaricos). De esta forma, contamos en el sur de la Península Ibérica con toda una serie de yacimientos arqueológicos de primer orden que nos revelan los secretos de la presencia de la formación social fenicia occidental en el Extremo Occidente.

En esta línea, son fundamentales diversos yacimientos, como *Gádir*, Castillo de Doña Blanca, el Puerto de Santa María, Toscanos, *Sexi*, *Malaka*, Cerro del Vilar, Chorreras, Morro de Mezquitilla, Trayamar, La Rebanadilla, *Abdera*, *Baria*, etc. Lógicamente sería inoperativo presentar aquí los distintos materiales y estratigrafías que estos yacimientos fenicios han aportado. Baste decir que nos encontramos ante yacimientos que abarcan toda la cronología de la presencia fenicia en la Península Ibérica.

De manera que la arqueología actual está cada día más preparada para aportarnos una visión diacrónica y sincrónica sobre el desarrollo histórico de esta sociedad y su colonización del Extremo Occidente. Por último, en cuanto a las fuentes arqueológicas nos gustaría señalar que, para el tema que nos ocupa en este trabajo, tendrán un fundamental peso los materiales de los pecios fenicios, así como, sobre todo, los materiales anfóricos como indicadores comerciales.

Llegados a este punto, exponamos cuál será el tratamiento que recibirán las fuentes escritas de las que nos nutriremos para este trabajo. Tradicionalmente las fuentes clásicas han sido consideradas como la fuente primordial para el estudio de la Historia Antigua., por ello nos centraremos ahora en exponer cual será nuestro método de trabajo con estas. De esta forma, nos encontramos dos problemáticas iniciales claves para comprender las limitaciones a las que nos enfrentamos, las cuales ya habíamos comenzado a esbozar. En primer lugar, la ausencia de fuentes escritas fenicias propias. Y, en segundo lugar, lo tendenciosas, ambiguas, vilipendiosas e imprecisas en su estrategia y tradición propagandística que resultan las fuentes clásicas grecolatinas en su visión sobre el mundo fenicio. Por tanto, en el análisis de estas fuentes debemos ser

---

conscientes de que en la fase heurística debiéramos realizar las operaciones analíticas necesarias tanto de la denominada crítica externa como de la interna.

De esta forma, podremos comprender el contexto político e ideológico en el que fueron desarrolladas y, así, entender que son un producto propio de su época y comenzar a vislumbrar sus intencionalidades. Así, podremos inferir la información importante que reflejan sin tomar por ciertas todas las manipulaciones y aseveraciones falsas en que pudieran incurrir estos autores (Hernández de la Fuente, 2012, p. 527 y ss.).

Desde nuestra formación consideramos que los tres grandes pilares sobre los que debe sustentarse el trabajo del historiador de la Antigüedad deben ser el estudio filológico, la exegesis y el análisis de las evidencias arqueológicas (Hernández de la Fuente, 2012). A través de este enfoque remarcamos que nuestro trabajo con las fuentes clásicas nos plantea apriorísticamente tres problemas fundamentales que debemos ser capaces de solventar de la forma más eficiente posible.

El primero de estos problemas está relacionado con la forma en que han llegado estas obras hasta nuestros días a través de las sombras del tiempo. Es decir, los problemas sobre la conservación original de los textos y su transmisión a través de diversas tradiciones manuscritas. El segundo de los problemas erradica en descubrir tanto la originalidad, o no, de la fuente y la autoría de esta. Y, el tercero de los problemas es la siempre tan compleja cuestión de la traducción. Nos encontramos así ante una serie de problemas prístinos que bien podrían derrumbar cualquier interpretación que pretendamos esbozar sin tener en cuenta antes estas profundas y serias problemáticas. El camino para salvar estas dificultades se encuentra en el recurso a las denominadas Ciencias Auxiliares de la Historia y concretamente, a la filología clásica.

Una vez detectados estos tres problemas en esta investigación hemos decidido solventar estas problemáticas apriorísticas sobre nuestras fuentes recurriendo a la consagrada Biblioteca Clásica de Gredos para la edición, crítica y traducción de los fragmentos sobre los que realizaremos nuestros análisis históricos. Como es consabido, esta colección lleva décadas editando obras clásicas y tiene un gran prestigio nacional e internación desde los inicios de sus andaduras allá por 1977. Ya que se trata de la colección en lengua hispana que tras años de esfuerzo contando con el minucioso trabajo

de decenas de profesionales ha conseguido publicar más de cuatrocientos volúmenes donde se reúnen una buena parte del legado literario grecolatino que ha llegado hasta nuestros tiempos.

El buen hacer que caracteriza a esta colección hace que todas las obras editadas estén traducidas, comentadas y anotadas por filólogos/as especialistas en la materia que aportan una calidad científica impresionante a estas obras que, de esta forma, se convierten en obras de referencia y consulta obligada para cualquier historiador de la Antigüedad. Pero, por supuesto, esta consulta siempre debe ser complementada con la lectura directa del texto en el idioma original.

En cualquier caso, para los objetivos y el nivel de calidad marcado para este Trabajo Fin de Máster nos ha parecido, sin duda, la mejor elección para la lectura y el tratamiento preliminar de nuestras fuentes clásicas. Así, solventamos los ya referidos problemas apriorísticos dejando a cargo de los filólogos especialista la fase del trabajo de la hermenéutica inferior. Algo que nos resulta de una utilidad enorme ya que, como no podía ser de otra forma, es necesario que para el estudio de nuestras fuentes nos apoyemos de esta forma en el método filológico para proceder al análisis textual. Este método se sustenta en la *stemmática*, propuesta por Lachmann, y que lleva inserta la *recensio*, la *collatio* y la *emendatio*<sup>4</sup> (Hernández de la Fuente, 2012, p. 567).

Lógicamente, también dejamos a los filólogos la hermenéutica superior que permite concretar la estructura de los textos originales y las fuentes mediante los que se compusieron. A pesar de esta delegación básica, nosotros nos encargaremos de una parte fundamental de la fase hermenéutica superior sobre nuestras fuentes. Puesto que necesitamos entender y comprender los entresijos de cada autor, cada género, cada intencionalidad y cada finalidad de las obras que contienen los fragmentos textuales que estudiaremos en el desarrollo de las presentes páginas. Aunque, por cuestiones lógicas de espacio y forma, esta parte del estudio no se desarrollará en el manuscrito final.

---

<sup>4</sup> Nos parece adecuado aportar una mínima contextualización de estos términos. *Recensio*: La recopilación mediante diversos códices y manuscritos varios para la composición de los textos antiguos. *Collatio*: el proceso de montaje de ese texto mediante el material recopilado de la forma más filológicamente coherente posible. *Emendatio*: la adaptación y corrección ante las posibles lagunas ocasionadas en el texto.

En resumen, la estrategia que planteamos en relación con nuestras fuentes se encamina hacia la búsqueda, selección y análisis sobre las posibles fuentes escritas en torno al comercio de la formación social fenicia occidental en el Extremo Occidente entre los siglos VI y III a. C. a modo de preparación de las fuentes para la imprescindible fase del comentario de texto. Una estrategia que cobra pleno sentido cuando aplicamos el cruce de fuentes escritas con las arqueológicas. Puesto que desde nuestro punto de vista ambas son básicas para poder continuar avanzando en el conocimiento científico rastreando entre la literatura y la arqueología.

Por último, antes de cerrar este apartado es necesario que describamos brevemente el material de investigación consultado. Es decir, la bibliografía que nos servirá como base teórica previa para el desarrollo de nuestra investigación. En este sentido, hemos pasado largo tiempo realizando una selección bibliográfica que, tras ser avalada y aprobada por la directora de este trabajo, consideramos lo suficientemente completa como para desarrollar nuestras intenciones científicas.

De esta forma, nuestra bibliografía se compone de toda una serie de libros, monografías, actas de congresos, tesis doctorales, capítulos de libro y artículos en revistas científicas de impacto de ámbito nacional e internacional en torno al mundo fenicio en el Extremo Occidente.

Los recursos que hemos empleado para realizar esta selección bibliográfica han sido variados y han ocupado gran parte de nuestro tiempo en los estadios iniciales de esta investigación. Describiremos, brevemente, cuáles han sido los recursos empleados: los recursos de la web Biblioteca UNED, especialmente *e-Spacio*; los recursos de los buscadores *INDAGA*, los fondos de las salas de lectura, los fondos de depósito y el servicio de préstamo interbibliotecario de la Biblioteca Nicolás Salmerón de la Universidad de Almería; el buscador de producción científica *Dialnet*; las bases de datos de *Scopus*; las bases de datos accesibles desde *Proquest* y la colección bibliográfica de *JSTOR*.

Así mismo, todas las referencias bibliográficas recopiladas han sido tratadas convenientemente en el paquete informático y gestor bibliográfico *Mendeley* con el objetivo de mantener nuestra bibliografía accesible y organizada. Así, como también,

poder citarla de forma automatizada directamente desde el dicho paquete informático en nuestro manuscrito. En este sentido, debemos destacar que todas las citas bibliográficas han sido realizadas siguiendo las normas del estilo APA en su sexta edición.

En definitiva, con la metodología que acabamos de plantear y con las fuentes, tanto primarias como bibliográficas, y el tratamiento de estas que presentamos hemos querido establecer una estrategia clara y definida para el desarrollo de este Trabajo Fin de Máster. Pero, consideramos que debe tratarse de una estrategia de trabajo coherente que relacione íntimamente nuestras bases teóricas y metodológicas con la secuencia lógica del proceso de investigación.

De esta forma, solo a través del uso de múltiples fuentes y de la contrastación entre las escritas y las arqueológicas podremos llevar a buen puerto el desarrollo de estas páginas. Dicho de otro modo, como ya señaló el sabio *“hoy por hoy el estudio de producción y comercio, y la evidencia que estos aportan, tal como se ha dicho recientemente, solo se puede valorar adecuadamente dentro del marco de lo que conocemos sobre el sistema de mercado a partir de la literatura, la epigrafía y las fuentes legales todavía infrutilizadas. Seré más preciso: yo no veo razón alguna para distinguir la evidencia de las ánforas y el marco de lo que conocemos a partir de otro tipo de fuentes”* (Finley, 1986, p. 47)

#### 1.4. Hipótesis de trabajo

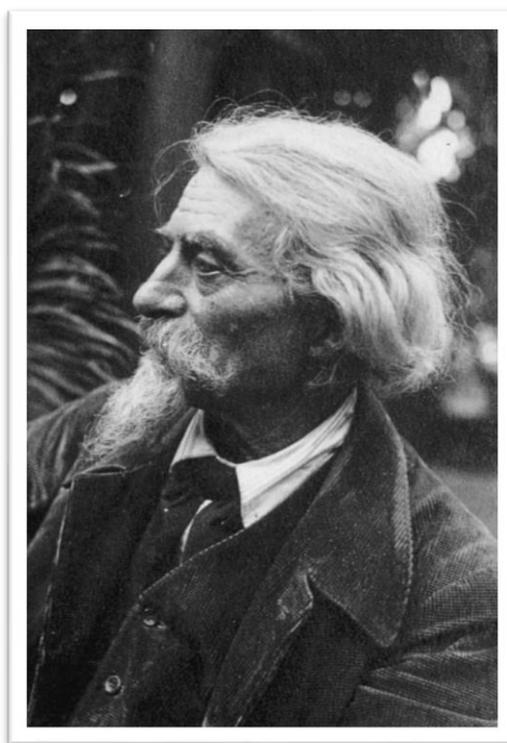
El comercio desarrollado por la formación social fenicia occidental entre los s. VI y III a. C. ha sido interpretado en la historiografía de formas, a nuestro juicio, de forma escasa, superficial, inexacta e, incluso, errónea. Desde nuestro punto de vista más allá de la mitología en torno a la supuesta crisis para las ciudades-estado fenicias acaecida en el s. VI a. C. apostamos por la teoría de un momento de reestructuración política, social y económica. Para refrendar esta idea resulta fundamental profundizar en los entresijos del comercio marítimo, del modo de sus transacciones y de cómo se regulaban las mismas desde los puertos de comercio.

Teorizamos con la posibilidad de un momento de efervescencia económica impulsada por la necesidad del cambio que se estaba produciendo en la sociedad fenicia occidental. Una sociedad que, tras varias centurias en una etapa precolonial y en una colonial, debía sentirse en su identidad plenamente occidental. Máxime, cuando caen los antiguos lazos con la metrópolis de Tiro hacía el s. VII a. C. como gerente de la empresa colonizadora. Por todo ello, planteamos como hipótesis el desarrollo de nuevas formas de comercio a través de diversas redes de intercambio. Y, sobre todo, el ejercicio por parte de las ciudades-estado occidentales de un comercio autónomo libre del control oriental y libre del control oriental, al menos por un tiempo de este último.

Una vez desarrollada esta hipótesis deberemos enfrentarnos a las fuentes, tanto escritas como materiales, para indagar acerca de esta posibilidad. Comprendemos que la empresa que iniciamos es arriesgada, pudiendo alcanzar resultados serendípicos. Pero, en cualquier caso, como diría el maestro: *“el ideal de una ciencia es que una hipótesis no sea más que un instrumento que nos permita ir coleccionando datos, que oriente la búsqueda de nuevas evidencias empíricas, que ilumine la lectura de los documentos o determine las preguntas a hacer a las fuentes”* (Alía Miranda, 2008, p. 36).

## 2. CAPÍTULO II. Hacía un estado de la cuestión

Historiográficamente podemos marcar el inicio de la investigación sobre el mundo fenicio en la Península Ibérica en una fecha muy concreta. Nos referimos a un diez de enero allá por el lejano 1890, momento en que Luis Siret comenzaba sus trabajos en la necrópolis de Villaricos (Almería). Por tanto, estamos hablando de casi 130 años de investigación en torno a la presencia fenicia en la Península Ibérica. Se trata de un horizonte cronológico muy amplio que incluye infinidad de trabajos de investigación, proyectos, publicaciones y reflexiones compartidas entre colegas en decenas de congresos y reuniones científicas. Ante tan dilatada trayectoria resulta evidente que un análisis bibliométrico exhaustivo excedería con creces los objetivos que nos hemos planteado para el presente Trabajo Fin de Máster.



*Fig. 1. Retrato de Luis Siret y Cels (1860-1934).*

Por ello, nuestra intencionalidad en este estado de la cuestión se limitará necesariamente a una revisión bibliográfica preliminar de la investigación sobre el mundo fenicio en el Extremo Occidente desde sus inicios para, a continuación, hacer hincapié en las últimas aportaciones en cada uno de los periodos cronológicos reseñados líneas arriba.

Para, de esta forma, poder construir una guía básica de apoyo que nos conduzca a la realización de un profundo esfuerzo de síntesis que sirva como base para la reflexión que nos permita el necesario análisis crítico de las distintas interpretaciones, hipótesis y modelos explicativos que ha desarrollado la historiografía acerca de las relaciones comerciales en las que estaba inmersa la formación social fenicia occidental.

Esta labor hace necesaria, al menos, la consulta de las aportaciones fundamentales de los principales investigadores provenientes de ámbitos académicos españoles, alemanes, anglosajones e italianos. Y, de esta forma, establecer las distintas posiciones que ha desarrollado la investigación. Cabe destacar que, como no podía ser de otra forma, a pesar de nuestro ánimo de mantener la científicidad en todo momento en el presente manuscrito, las reflexiones y críticas a las distintas corrientes serán inevitablemente personales y subjetivas. Pero, siempre con la intención de poder reflexionar por nosotros mismos acerca del fenómeno comercial fenicio mediterráneo para sembrar en estas líneas las bases imprescindibles de nuestra futura investigación de tesis doctoral.

Antes de continuar con este desarrollo, nos gustaría destacar que hemos decidido, acertadamente esperamos, que nuestro estado de la cuestión se estructure en cuatro puntos que consideramos fundamentales antes de iniciar el desarrollo central de nuestra argumentación.

De esta forma, en primer lugar, nos centraremos en una somera revisión de los grandes hitos historiográficos de los siglos XIX y XX. Ciertamente, hablaremos de algunas tesis y planteamientos ya ampliamente superados. Pero, no por ello podemos olvidar que en el oficio del historiador los precedentes son fundamentales y son, renegemos de ellos o los reciclemos, la base desde la que partió nuestro conocimiento actual sobre el tema.

A continuación, en segundo lugar, consideramos necesario para el marco en el que se inserta este trabajo aplicar un sentido academicista y dividir por periodos históricos claramente delimitados nuestro estado de la cuestión. Para ello, seguiremos la periodización propuesta en nuestra metodología por las razones ya allí expuestas. Así que, nuestra segunda parada obligatoria será el denominado fenómeno de la precolonización. En esta etapa, enmarcada entre el II milenio a.C. y el siglo IX a.C., trataremos de marcar

las líneas fundamentales que la historiografía ha arrojado acerca de las dinámicas de estos momentos prístinos de la presencia fenicia en la Península Ibérica.

Después de ello, en tercer lugar, nos sumergiremos en un periodo dual: el Periodo Colonial (850-600 a.C.). El cual, a pesar de que consideramos adecuado dividir en dos periodos, con la intención de simplificar la comprensión de la secuencia histórica en función de los cambios de tendencias observados en el registro arqueológico, trataremos de forma conjunta para no confundir demasiado al lector. Nos referimos, por supuesto, al Periodo Colonial Inicial (850-800 a.C.) y al subsiguiente Periodo Colonial Arcaico (800-600 a.C.). Considerado por la historiografía como el momento de la consolidación de la presencia fenicia en la Península Ibérica y, por tanto, desde nuestro punto de vista, como el momento de origen de la formación social fenicia occidental.

Por último, y, en cuarto lugar, nos introduciremos en los entresijos historiográficos del llamado Periodo Urbano/Púnico (600-241 a.C.). Esta etapa, por un lado, establece el límite cronológico de nuestra investigación; y, por otro lado, supondrá más adelante el centro de nuestros intereses investigativos. A pesar de ello, por continuidad cronológica, nos parece necesario destacar los principales hitos en la investigación para esta fase histórica. Una fase, no olvidemos, realmente olvidada y descuidada por la historiografía, ya que la mayoría de los historiadores/as de la Antigüedad se han decantado por el estudio de los fenómenos precoloniales anclados en la ya tan ajada y anticuada mentalidad de centrarse siempre “en lo más antiguo como lo más prestigioso”. En cualquier caso, este apartado de nuestro estado de la cuestión servirá como base no solo para detectar los problemas en su investigación, sino sobre todo conformar la base desde la que nosotros partiremos en el futuro hacía, esperamos, nuevas interpretaciones del comercio fenicio entre el s. VI y el s. III a.n.e. en el Mediterráneo Occidental.

## 2.1. La historiografía de los fenicios en Occidente en el s. XIX y XX

Ya durante la Edad Moderna contamos con los primeros acercamientos de estudiosos hacía el mundo fenicio y su presencia en la Península Ibérica. En este sentido, uno de los pioneros en recoger la historia del mundo fenicio en nuestras costas sería el jesuita Juan de Mariana<sup>5</sup> (1536-1624) mediante la lectura de las fuentes clásicas. Tomando en el camino por supuesto la imagen codiciosa, astuta y pirática que desprendía la propaganda latina sobre los fenicios. Lo cierto es que en aquellos siglos en cuanto a fuentes materiales solo se contaba con algunas colecciones de monedas acuñadas en ciudades de origen fenicio como *Malaka*, *Abdera*, *Sexs* y *Gádir*<sup>6</sup>.

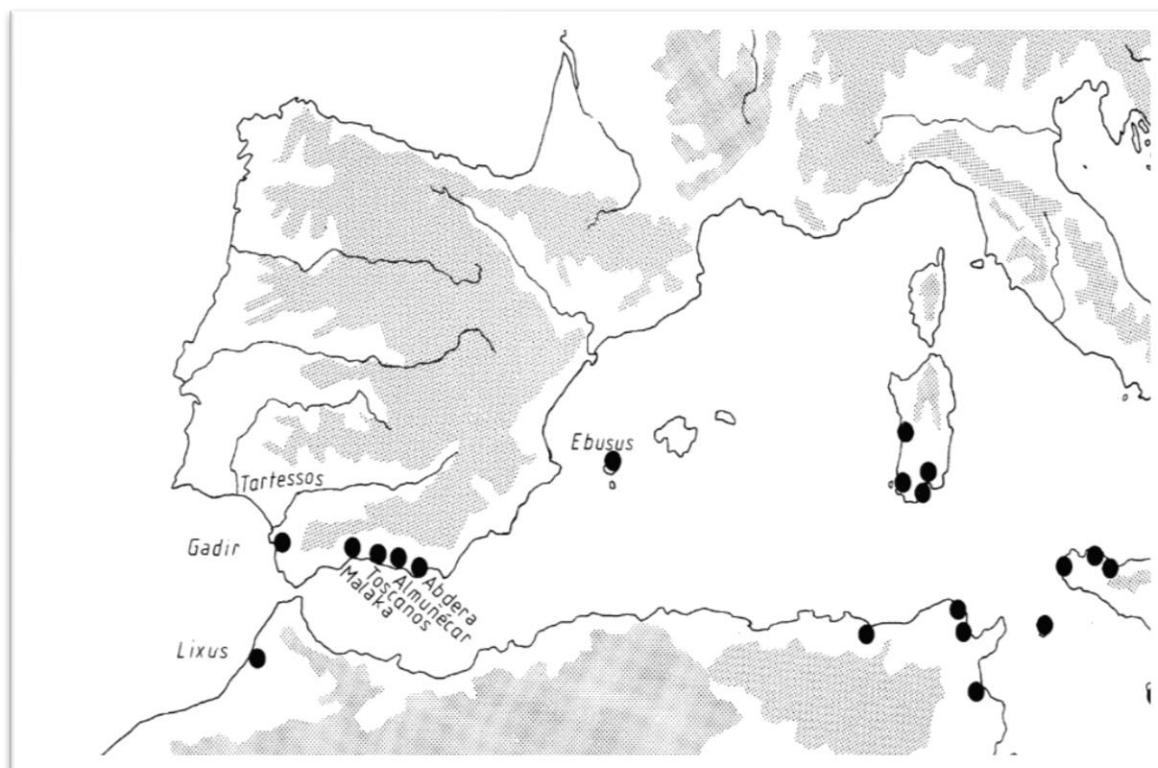


Fig. 2. Colonias fenicias en el Extremo Occidente.

Fuente: Aubet Semmler, 2002b, p. 81.

<sup>5</sup> Esta breve historia la recogería en su obra *Historia general de España* en el año 1601.

<sup>6</sup> Estas piezas numismáticas serían incluidas tempranamente en catálogos numismáticos, aunque no siempre bien identificadas, como los de Lastanosa (1645), Flórez (1758) y Pérez Bayer (1772).

Así como, por supuesto, no se contaba con ningún método científico-histórico como para realizar análisis históricos rigurosos ni interpretaciones serias. De esta forma, debemos avanzar en el tiempo ya que no sería hasta el s. XIX cuando se comenzaría a gestar la idea de la colonización fenicia de la Península Ibérica con el descubrimiento por parte de De Laigne en 1897 de la necrópolis de Punta de la Vaca en Cádiz. Pero, en cualquier caso, los esfuerzos de los estudiosos españoles se enfocaron en su mayor parte durante el s. XIX en la investigación de la presencia romana y griega.

Ciertamente desde Europa la fuerza que había tomado la *Altertumswissenschaft* alemana daría lugar a las primeras interpretaciones sobre el mundo fenicio y sus movimientos hacia Occidente. Pero, estos estudios siempre quedaron en un plano secundario frente a las grandes civilizaciones clásicas: Grecia y Roma. De esta forma, solo podemos citar una escuálida nómina de reputados historiadores que dedicaron una serie de obras al mundo fenicio, como fueron Movers (1850), Meltzer (1878), Pietschmann (1889) y Rawlinson (1889). Estas obras serían una base inicial de conocimiento sobre los fenicios. No obstante, también estuvieron cargadas de los prejuicios<sup>7</sup> de los clásicos hacía el mundo semita en general y hacia los fenicios en particular (López Castro, 1992a, p. 14).

Desde nuestro punto de vista no cabe duda de que las interpretaciones históricas decimonónicas realizadas sobre el mundo fenicio parten de una ideología supremacista propia de la mentalidad de la época de la Europa de las colonizaciones de África y Asia. Una mentalidad cargada de tintes racistas, románticos y positivistas en su forma de entender la Historia sustentada por una visión eurocéntrica del mundo.

Como historiadores del s. XXI debemos ser muy cautos a la hora de valorar el peso de estas interpretaciones en la investigación posterior y en la actualidad. Especialmente porque debemos ser conscientes de que la tan arraestrada idea fundamental del elemento comercial como motor de la colonización fenicia parte de aquí. Un elemento que, en el fondo, en estos momentos simplemente deriva de la imagen tópica latina del

---

<sup>7</sup> Hasta tal punto llega la actitud prejuiciosa en estas obras que, incluso, podemos comprobar que la idea de la inferioridad cultural de los semitas frente a los indoeuropeos inunda sus páginas a cada paso.

fenicio comerciante, astuto, falaz y trapacero que asimilaron tan dócil y convenientemente a su ideología los historiadores del s. XIX.

Llegados a este punto, nos retrotraemos de nuevo a aquel 10 de enero de 1890, con Luis Siret como pistoletazo de salida de la arqueología fenicio-púnica. Dando inicio además a una etapa interpretativa que se extendería hasta aproximadamente la década de 1960. De esta forma, desde aquellos primeros trabajos de Siret en Villaricos hasta la Guerra Civil Española, nos encontramos con diversas investigaciones arqueológicas que comenzarían a sacar a la luz los indicios de la presencia fenicia en Occidente. Nos referimos a las investigaciones de Siret y Astruc en Villaricos, las de Bonsor en diversos puntos de la geografía sevillana, las de Pelayo Quintero en Cádiz y las de A. Vives y Carlos Román en Ibiza.

Estas excavaciones abrirían nuevas posibilidades, pero con toda una serie de limitaciones. En primer lugar, se trataba casi exclusivamente de contextos funerarios; en segundo lugar, la mayoría de las evidencias halladas no retrocedían más allá del s. VI a.C.; y, en tercer lugar, estos investigadores apenas publicarían<sup>8</sup> nada de estas investigaciones, con toda la problemática que ello conlleva para la investigación posterior.

En cualquier caso, a partir de entonces y durante las primeras décadas del s. XX quedó plenamente aceptado el argumento del comercio como motor de la colonización. De manera que las discusiones se centrarían en las largas cronologías que nos aportan las fuentes escritas, mítico es ya el debate en este sentido entre Gsell y Bosch Gimpera<sup>9</sup>. Así llegamos a uno de los grandes hitos de la historiografía sobre el mundo fenicio: las investigaciones de Adolf Schulten.

---

<sup>8</sup> De hecho, Luis Siret sería el único de estos autores en realizar una mínima interpretación del fenómeno fenicio en la Península. Planteando para ello que existirían dos fases de colonización, la pregadeirita y la prehomérica, que explican los materiales hallados en el sur de la península en el II milenio, incluido el asentamiento de Millares (Almería) como núcleo fenicio (López Castro, 1992a, p. 16).

<sup>9</sup> Por su parte, Gsell aceptaba la información de las fuentes fechando el inicio de la colonización a finales del II milenio a.C. Mientras que Bosch Gimpera se decantaba por el s. VIII a. C. y, curiosamente, en la actualidad los datos del registro arqueológico continúan avalando la tesis de este último.

Para nosotros en la actualidad debería resultar evidente la influencia y el arraigo positivista, eurocéntrica y racista de lo que podríamos llamar “la alargada sombra de Schulten” en la historiografía española, a pesar de que no todos los investigadores/as son capaces de reconocerlo (Mederos Martín, 2004). Schulten ocuparía sus esfuerzos en descubrir los secretos de la mitificación del reino de Tartessos desarrollando todo un juicio histórico en torno a él partiendo desde una base teórica romántica, eurocéntrica, racista y determinista.

Fue así como desarrollaría una concepción del Mediterráneo Antiguo en el cual el centro neurálgico desde el que derivaba todo lo demás era un enfrentamiento entre fenicios y griegos. Y, podemos argüir más, un enfrentamiento entre semitas y griegos. Bajo esta interpretación, y esbozado a *grosso modo*, para Schulten habrían sido los griegos, ya fuesen egeos, cretenses o tirsenos, los que habrían traído la civilización a Tartessos (Schulten, 1945, pp. 31-126).

Mientras que, tiempo después, serían los fenicios quienes no permitirían el desarrollo de esta nueva civilización y, posteriormente, sus “siniestros sucesores”, los cartagineses, quienes la destruirían. Fue así como la historiografía quedaría empapada, en espacial la desarrollada tras la Guerra Civil Española, de un poso de negativismo hacia la imagen de los fenicios: codiciosos, malvados, semitas trapaceros y destructores.

Como el lector comprenderá, tras nuestra Guerra Civil la investigación histórica se vería seriamente afectada por la ideología hegemónica establecida tras la gran victoria nacional. De esta forma, la investigación en torno al mundo fenicio viviría un momento de declive y de oscurantismo por la alargada sombra de Schulten. Mientras que, por otro lado, la investigación arqueológica sobre el mundo griego resultaba mucho más acorde a los intereses del régimen franquista y se vería ampliamente impulsada con los trabajos de Almagro y con el inicio de los Cursos de Arqueología de Ampurias.

A pesar de ello, algunos historiadores tratarían de continuar profundizando en el conocimiento de aquellos “chicos malos del Mediterráneo”, los fenicios. De esta manera, en la década de los cuarenta el hito historiográfico más importante sería la obra de A. García y Bellido titulada *Fenicios y cartagineses en Occidente* y publicada en 1942. Se trata de un primer intento de síntesis de conjunto sobre la colonización fenicia que fracasa

metodológicamente al ceñirse de forma estricta sin crítica alguna a las informaciones transmitidas por los clásicos.

Y, aun así, en la actualidad aún debemos reconocer el esfuerzo realizado por este autor y la gran aportación que supuso en su momento. Así mismo, en 1945 Bosch Gimpera publicaría una nueva obra donde realizaría algunos cambios a las ideas que ya expuso anteriormente, reafirmando así su idea de no confiar en las altas cronologías que aportaban las fuentes clásicas planteando finales del s. IX a. C. como fecha de fundación de la *Gádir* fenicia.

De esta forma cerramos una primera etapa en la historiografía sobre el mundo fenicio en Occidente con García Bellido y Bosch Gimpera, mientras que los estudios de Siret y Bonsor apenas tendrían un calado significativo. En síntesis, se cierra así una etapa historiográfica sin avances decisivos debido a las ideas positivistas, las tendencias acríticas, a la falta de rudimentos metodológicos, teóricos, así como la intencionalidad constante de cuadrar el escaso registro arqueológico fenicio con las informaciones de las fuentes clásicas a la fuerza.

Tras ello se iniciaría un nuevo momento historiográfico denominado por el profesor López Castro como “*el descubrimiento de los fenicios*” (1992a, p. 24 y ss.). Se inicia esta etapa en la ínsula ibicenca, con las excavaciones en Puig des Molins y en Illa Plana por parte de Mañá entre los años 1946 y 1955. Sin duda, la tipología anfórica desarrollada por Mañá sería un importante hito, aunque en estos momentos las citadas excavaciones solo podrían dar lugar a estudios parciales y no a grandes síntesis, que era la auténtica necesidad entonces.

Por otro lado, entre los años 1948 y 1949 las intervenciones arqueológicas en el sitio de *Lixus* por parte de Tarradell y los subsiguientes estudios que desarrolló si comenzarían a suponer un avance en el conocimiento de la colonización fenicia. Así planteo de forma casi pionera la noción de un momento de precolonización seguido de una fase precolonial, tratando así de encontrar respuesta al desajuste entre lo que decían los clásicos y lo hallado en los trabajos de campo.

En cualquier caso, Tarradell sentaría una interesante base que comenzaría a dar sus frutos desde 1962 con el primer hallazgo de lo que se interpretó como una colonia fenicia de un momento antiguo: el contexto funerario del Cerro de San Cristóbal (Almuñecar). Lo cual daría lugar a que Pellicer intentase localizar la trama urbana fenicia de lo que las fuentes llamaban la ciudad fenicia de *Sexs*. La auténtica importancia de este hallazgo estriba en que despertaría el suficiente interés como para que comenzase en España la investigación fenicia por parte del Instituto Arqueológico Alemán de Madrid en Toscanos, Trayamar y Morro de Mezquitilla con los trabajos de Niemeyer, Schubart y el propio Pellicer.

Todo ello daría lugar a una nueva noción, y es que se comenzaba a vislumbrar que la colonización fenicia de nuestras costas no era un fenómeno puntual y disperso, sino amplio y dilatado en el tiempo. De esta forma, se comenzaba a descubrir realmente a los fenicios en la Península Ibérica y la arqueología fenicio-púnica viviría un auténtico resurgir en las décadas de 1960 y 1970.

Así se lanzaría la investigación al descubrimiento de nuevos enclaves fenicios como Cerro del Vilar, Cerro Salomón, Chorreras, Aljaraque, Cerro del Prado, Adra, *Malaka* y Frigilina. Pero la nueva abundancia de evidencias arqueológicas conllevaría otro problema: la investigación se vio abrumada ante tales avances en los avances en los trabajos de campo y la metodología normativista e inductiva arqueológica se demostró anticuada. Así que en la mayoría de los casos las interpretaciones de los nuevos enclaves se tornaron en vagas y ambiguos identificados como escalas comerciales o factorías fenicias. Manteniendo así el argumento de la búsqueda de la plata de Tartessos como única motivación de la presencia fenicia en la Península Ibérica.

En cualquier caso, nos vemos obligados a reconocer la importancia del avance que supuso el nuevo impulso investigador en las décadas de 1969 y 1970. Especialmente, porque es el momento donde se toma conciencia de la complejidad y extensión del fenómeno fenicio y, así, se inicia una joven tradición de estudios fenicios en nuestro país.

A pesar de ello, escaseaban los intentos de síntesis globales interpretativas. En este sentido, destacan los esfuerzos de Tarradell por establecer aquel periodo precolonial hacia el s. VIII a.C., continuado por un momento colonial entre el VIII y el VI a. C.

(Tarradell, 1959). Desde afuera de nuestras fronteras destacan las interpretaciones de dos autores del ámbito italiano: Moscati y Acquaro<sup>10</sup>. En esta línea internacional, no podríamos dejar de mencionar a B. Warning-Treumann y a Y.B. Tsirkin<sup>11</sup>.

Pero, más importantes, por su trascendencia posterior, nos resultan otros autores internacionales que sentarían unas interesantes bases para la historiografía venidera. Especialmente porque fueron los únicos que en la década de 1970 auténticamente desarrollaron un modelo explicativo para la presencia fenicia en la Península Ibérica partiendo para ello de una base teórica y metodológica más sólida. Nos referimos C. R. Whittaker y a S. Frankenstein, de quienes nos ocuparemos a continuación.

El británico Whittaker planteó un modelo interpretativo que eliminaba la primacía de la motivación comercial cambiándola por una motivación derivada de la necesidad de tierras agrícolas, donde solo se ejercería un comercio de tipo irregular sin ningún control por parte de la metrópolis. Para este autor, el proceso histórico tendría una primera fase de contacto y calibración de recursos a inicios del I milenio a.C., continuada por una segunda fase de asentamiento y una tercera de crecimiento demográfico.

Por tanto, estamos hablando de una concepción que implica un concepto de territorialidad, lo cual asume interpretar de forma muy distinta a como se estaba haciendo hasta ahora las relaciones entre los colonizadores fenicios y las poblaciones autóctonas. De hecho, su interpretación se realiza en clave de conflictividad entre ambas poblaciones, especialmente a partir del s. VI a. C. (Whittaker, 1974).

---

<sup>10</sup> Por su parte, Moscati, desde un punto de vista idealista y metodológicamente anacrónico realiza un constructo histórico tras una intensa recopilación de fuentes literarias y arqueológicas encajadas como piezas de puzzle que, en el fondo, no encajan (Moscati, 1972). Mientras que, por su parte, Acquaro como continuador de Moscati ciertamente supera la progresividad areal, pero sin ser capaz de desprenderse del punto de vista historicista de décadas anteriores (Acquaro, 1978). La tradición historiográfica precedente aún pesaba demasiado y, sobre todo, no son capaces de desprenderse aún del argumento comercial como motivación fundamental del fenómeno colonial.

<sup>11</sup> Por un lado, la historiadora B. Warning-Treumann partiendo de sus influencias braudelianas relaciona la colonización con el medio ambiente antiguo tratando de indagar sobre las relaciones entre fenicios y autóctonos. Pero, en el fondo, el resultado de su iniciativa desemboca en un mero estudio paisajístico, no carente de valor y de gran originalidad posteriormente desde luego (Warning-Treumann, 1978). Mientras que desde su empirismo Tsirkin vuelve a subrayar la importancia de las motivaciones comerciales, aunque reconoce en su libro un sentido agrícola en la colonización (Tsirkin, 1976).

La británica Frankenstein introdujo un elemento que había sido olvidado y que, quizás, debería haber sido demasiado obvio haber tenido cuenta. Es decir, ella analizó el contexto geopolítico de la zona de Próximo Oriente como lugar de origen de los colonizadores fenicios de Occidente para concluir que vendrían a reproducir el mismo sistema que habían conocido en Oriente. Para ello, debemos tener en cuenta el sometimiento de Fenicia por parte de Asiria y los tributos impuestos en forma de metales y materias primas.

De esta forma, los fenicios debieron ampliar su expansión comercial hacia el Extremo Occidente para abastecer a los asirios y, además, mantener así parte de su independencia económica y política. Cuando a finales del s. VII a. C. la plata por su abundancia ya no era tan valorada en Asiria este sistema periférico comercial que reproducía en Occidente el sistema de Oriente comenzó a dejar de tener sentido y las ciudades fenicias occidentales, ya independientes de las orientales, iniciaron un grave declive (Frankenstein, 1979).

De esta forma, llegamos a la década de los 80 que suponen un gran impulso en la investigación del mundo fenicio con la continuación de trabajos arqueológicos y con nuevos hallazgos. De esta forma, contamos con trabajos de campo en Morro de Mezquitilla, Cerro del Villar, *Gádir*, *Malaka*, *Abdera*, *Sexs*, *Baria*, Puente de Noy, Cabecico de Parra y Castillo de Doña Blanca, por citar algunos de los más importantes. Pero, más allá de estas nuevas intervenciones, lo realmente importante sería los nuevos intentos de recopilación de los conocimientos acumulados hasta el momento y el desarrollo de nuevos modelos explicativos sobre el fenómeno fenicio en Occidente.

En esta línea, debemos esbozar la idea de la colonización como una irradiación semita derivada de la escuela italiana. La citada escuela, como es consabido, tenía serios tintes historicistas e idealistas que lastraban sus esfuerzos. Es así como Moscati desarrolla la idea de la irradiación cultural que luego S. F. Bondí y A. M Bisi aplicarían al estudio del fenómeno fenicio en la Península Ibérica.

Se trata de un concepto que tiene un gran impacto en la interpretación del modelo interrelacionar entre colonizados y colonizadores, de manera que *“a través de esta irradiación se explicaría todo el desarrollo experimentado por las sociedades indígenas,*

*a las que se les niega el protagonismo de su propia evolución....la irradiación semita solo traería beneficios a los pueblos autóctonos”* (López Castro, 1992a, p. 49). Desde nuestro punto de vista se trata de una visión normativista y difusionista donde simplemente los orientales descubren a los occidentales los avances de su cultura, mientras que se olvida el elemento fundamental de la auténtica relación dialéctica que debió establecerse entre unos y otros.

Volviendo a nuestras fronteras historiográficas hacía mitad de la década de 1980 nos encontramos con una interesante propuesta de síntesis realizada por Schubart y Arteaga. En aquel trabajo presentaban a los fenicios como los grandes herederos de las rutas micénicas y volvían a incidir en las altas cronologías marcando la fundación de algún tipo de factoría comercial en el sitio de *Gádir* en torno al año 1100 a.C. Así, se delimita una fase prístina comercial de carácter precolonial y no sería hasta las postrimerías del s. IX a. C. cuando se funden los primeros asentamientos estables coloniales bajo las estrictas ordenes de la metrópolis tiria.

Posteriormente, en el s. VIII se asistiría a un momento de crecimiento tanto en cuanto a producción como en cuanto a población en los asentamientos previos. Mientras que, durante el s. VII a. C. y los inicios del s. VI a. C. la colonización se expandiría por nuevos lugares. Pero, con la caída de Tiro se inicia un supuesto momento transitorio hasta que la formación social fenicia occidental quede inmersa en la órbita de Cartago (Schubart, 1986).

No cabe duda de que la periodización y el esfuerzo intelectual de cotejar el registro arqueológico con las fuentes clásicas es patente en este trabajo. Pero su metodología normativista y su intento de explicar la colonización fenicia como un fenómeno independiente hace que toda la interpretación, bajo nuestro punto de vista, se termine derrumbando como un castillo de naipes puesto que no es realista en función del contexto mediterráneo en el que se pretende insertar.

Solo un años después Arteaga volvería a la carga en solitario tratando de superar el normativismo previo para desarrollar el conocido en la historiografía como modelo de los círculos coloniales (Arteaga, 1987). De esta forma, el proceso colonizador fenicio del Extremo Occidente se refleja como un proceso histórico dependiente de Oriente,

reproducción en un primer momento las formas políticas y económicas de Oriente para, después, tomar un camino propio hacia la configuración de la formación social fenicia occidental<sup>12</sup>. De este estudio cabe destacar, sin duda, los esfuerzos de superación del historicismo y normativismo. Pero, a nivel metodológico el modelo podría haber sido muy enriquecido si el autor hubiese tomado el andamiaje conceptual del Materialismo Histórico.

El mayor hito historiográfico en nuestra opinión del s. XX sería la obra de la profesora María Eugenia Aubet Semmler titulada *Tiro y las colonias fenicias de Occidente*, publicada originalmente en el año 1987, y revisada y ampliada por hasta una tercera vez en el año 2009. Esta reputada investigadora toma las teorías de Curtín aplicando el modelo de la diáspora comercial al mundo fenicio en el Extremo Occidente. En palabras de la autora la diáspora comercial es “*una red de comunidades especializadas, socialmente interdependientes, pero espacialmente dispersas, iniciada por minorías culturales que tienden a constituir una especie de monopolio sobre la sociedad indígena*”.

De manera que, se entiende los centros fenicios en Occidente como “*centros especializados y multifuncionales, que llegaron a constituir una red interdependiente que se nutrían de las distintas relaciones de cada asentamiento con su entorno respectivo. Ello habría favorecido un proceso de jerarquización funcional y un fenómeno de dependencia política de unos centro en relación a otros*” (Aubet Semmler, 2009, pp. 287-288).

Además, el modelo explicativo resulta aún mucho más complejo cuando somos capaces de entender que es un modelo triple. Ya que tenemos modelos concretos para cada área y momento. Así, Aubet planteaba para *Gádir* un modelo mercantil; para las costas andaluzas un modelo agrícola; y para Cartago un modelo de corte aristocrático.

---

<sup>12</sup> A pesar de que trata de evadirse de rígidas periodizaciones este autor no deja de marcar unos lógicos límites cronológicos de la evolución del proceso. Así, el proceso se inicia en el s. VIII a. C. con una etapa precolonial. Pero, marca una primera fase colonial (s. VIII a.C.) con una serie de enclaves explotando los recursos del sur; una segunda fase colonial (finales del s. VIII a.C. a primera mitad del s. VII a. C.) como momento de expansión y crecimiento del fenómeno colonial; y una tercera fase (segunda mitad del s. VII a.C. a comienzos del s. IV a.C.) como momento culminante y de mayor esplendor.

Así, se destruyen finalmente los historicismos y los errores metodológicos previos entendiendo plenamente la colonización como un complejo proceso histórico iniciado en la zona oriental, zona sin el que no tiene sentido alguno ni posible comprensión histórica.

Y, sobre todo, se profundiza en la heterogeneidad y en la pluricausalidad del fenómeno arguyendo como causas fundamentales los problemas de la dinámica interna de Fenicia, como la necesidad de tierras para la agricultura, la necesidad de nuevos focos de materias primas metalíferas<sup>13</sup> y el exceso de población en una franja costera cada vez más limitada.

Por tanto, la colonización como empresa dirigida desde el estado, y con Tiro como metrópolis, se inicia en torno al s. IX a.C. para fundar colonias en el s. VIII a.C. y, a finales de este mismo siglo, experimentar un intenso proceso de crecimiento seguido de un proceso de especialización productivo. Pero, finalmente, el momento crítico llegaría con la inundación de plata que viviría Asiria en el s. VI a.C. provocaría una gran inflación que haría ya innecesario el sistema colonial fenicio en el Extremo Occidente para los intereses de la zona oriental.

En resumidas cuentas, podemos señalar que este modelo propuesto por Aubet supera varios de los problemas historiográficos previos, especialmente en cuanto a los encuadres cronológicos y en cuanto a las relaciones que debieron establecerse entre fenicios y autóctonos, siendo estas sin duda unas relaciones en clave desigual y no beneficiosas en clave de aculturación como se venía proponiendo.

Por último, cerramos este análisis bibliométrico previo con una de las aportaciones más importantes que nos traería consigo la década de 1980 y el inicio de la década de 1990, nos referimos a una propuesta de colonización de tipo agrícola desarrollada a caballo entre los profesores Jaime Alvar Ezquerro y Carlos G. Wagner. Estos autores recogerían los planteamientos teóricos de Whittaker para comenzar a desarrollar un modelo explicativo que incidía en la característica agrícola del fenómeno colonial fenicio

---

<sup>13</sup> En este sentido, es evidente que el exceso de demanda de metales se debe a las propias necesidades asirias, que subyugaron la dinámica interna de las ciudades fenicias orientales (López Castro, 1992a, p. 57).

en la zona del Guadalquivir para el s. VII a. C. (Alvar Ezquerro, 1981; Carlos González Wagner, 1983).

Poco después aunando esfuerzos (Carlos G. Wagner & Alvar Ezquerro, 1989) desarrollarían sus ideas sobre las causas y las dinámicas agrícolas colonizadoras de los fenicios en Occidente. En su metodología realizan un intenso esfuerzo atendiendo a criterios políticos, demográficos, geográficos y ecológicos en su crítica a los planteamientos tradicionales tratando de desterrar de una vez por todas la causa del comercio como motor de la colonización.

De esta forma, plantean que las necesidades agrícolas de la zona de Fenicia harían en el s. X a.C., en conjunción con la alta demografía, que se generase la necesidad de una expansión que protagonizarían las colonias fenicias en el Extremo Occidente. Las cuales seguirían, por un lado, un modelo agrícola de autoabastecimiento y, por otro lado, un modelo agrícola destinado al comercio. En suma, historiográficamente supuso una propuesta de gran originalidad y rigor metodológico desde planteamientos recogidos del materialismo cultural dando lugar a una nueva interpretación que enriqueció enormemente la investigación mediante una hipótesis de partida que sería contrastada mediante el ya para entonces abundante registro arqueológico (López Castro, 1992a, p. 65).

Finalmente, en los últimos años de los 90' la investigación sobre el mundo fenicio en Occidente retomaría un nuevo impulso. Por una parte, debido a la conjunción del aumento del registro arqueológico en las décadas precedentes y de las nuevas propuestas de síntesis, teorías, hipótesis e interpretaciones realizadas sobre dicho material. Y, por otra parte, nos encontramos en un momento en que la arqueología comenzaría a cambiar sus métodos de trabajo hacía posiciones más científicas. Incluyendo, de esta forma, entre su andamiaje técnico a lo que podríamos denominar ciencias auxiliares de la arqueología, como pueden ser la dendrocronología, la arqueometalurgia, las técnicas científicas de análisis cronológicos ( $^{14}\text{C}$  especialmente), análisis de pastas, análisis de isótopos, etc.

De esta forma, correrían ríos de tinta a la luz de los nuevos hallazgos (Ría de Huelva) sobre las cronologías de la presencia fenicia en la Península Ibérica. En ello tuvieron un gran peso la generalización de los análisis radiocarbónicos, a través de los

cuales diversos autores comenzarían a plantear la posibilidad del error en unas fechas demasiado bajas: ¿Y si las fuentes clásicas no exageraban tanto? Ese era el interrogante que todo tenía en mente hacía finales de siglo (Mederos Martín, 1997). Por tanto, diversos autores reinician este interés renegando del s. VIII a. C. como inicio, sino remontándolo hasta la mitad del s. X a.C., mientras que otros preferían como fecha finales del s. IX a.C.

Tras este largo viaje por la historiografía sobre la presencia fenicia en el Extremo Occidente a través de dos siglos de investigaciones nos sumergiremos en las publicaciones más recientes para poder articular el desarrollo histórico de la presencia fenicia en la Península Ibérica. De esta forma, consideramos que nuestro estado de la cuestión quedará completo y resultará compacto.

Ya que, como decíamos anteriormente, no podemos partir sin una base previa, sino que nos ha resultado necesario nutrirnos de toda la historiografía anterior para poder sentar unas sólidas bases historiográficas y metodológicas con las que sustentar nuestra pequeña investigación. Por tanto, a continuación, nos centraremos en el desarrollo del Periodo Precolonial, del Periodo Colonial y del Periodo Urbano/Púnico.

## 2.2. El Periodo Precolonial (II milenio a.C.-s. IX a.C.) y el paradigma comercial

A nivel teórico y metodológico cuando hablamos de colonización y de precolonización los historiadores debemos ser conscientes de que es “*una forma de percepción de la realidad histórica y presupone un criterio taxonómico útil*” (Alvar Ezquerro, 2008b, p. 19). Con lo cual, asumimos a la luz de las evidencias el fenómeno colonial fenicio en el Extremo Occidente y, además, le sumamos una fase previa que supone una modalidad distinta de contacto, a la cuál llamamos fase precolonial. Posiblemente, tanto para la colonización fenicia como para la griega sería ya necesario emplear otras terminologías.

Pero, la cantidad de errores y confusiones que conllevaría en la actualidad, tan asimilados e interiorizados los términos, solo retrasaría el avance de la investigación. Y esta necesidad resulta aún más acuciante para quienes pretendemos sumergirnos en las dinámicas comerciales, teniendo en cuenta toda la problemática que ello conlleva y la carga peyorativa que arrastran los fenicios en este sentido desde las fuentes clásicas. Problemas que, sin duda, no hacen más que oscurecer nuestra visión sobre la realidad material del pasado que pretendemos analizar.

De todas formas, siendo academicistas y canónicos, para tratar de establecer nuestro estado de la cuestión sobre la precolonización, recurrimos a nuestra idea anterior de la expansión integradora panmediterránea de Oriente a Occidente y comenzaremos por los orígenes, por la propia Fenicia. De esta forma, debemos ser conscientes que hacía finales del II milenio a. C. en Fenicia tenemos un momento de cambio a nivel económico relacionado con las formas y los agentes de las transacciones comerciales, mientras que los intereses sociopolíticos de los demás territorios de la zona levantina oriental no habían cambiado. En el II milenio a. C. el mecanismo básico de las distintas sociedades de la zona para asegurarse las materias primas necesarias había sido el del dominio territorial estratégico, con los grandes poderes controlando la circulación comercial.

De esta forma, las ciudades cananeas se habían visto subordinadas y habían comenzado a perder su independencia. Y, a pesar de ello, comercialmente se habían

transmutado en puntos privilegiados para las transacciones, tanto por vía marítima como por vía terrestre. Así, cananeos, egeos, anatólios y cretenses se erigieron como los grandes proveedores de materias primas a toda la zona sirio-palestina, redistribuidas en muchos casos en las ciudades fenicias. Pero, con el mítico momento de crisis, aun ciertamente confuso en la historiografía, del año 1.200 a. C. el escenario iba a comenzar a cambiar drásticamente. Así, los grandes palacios micénicos comienzan una profunda decadencia hasta perder su papel de intermediarios comerciales. Todo ello provocaría, por un lado, la llegada de gentes del Egeo hacía las costas levantinas, especialmente filisteos; y, por otro lado, se marca el inicio de la expansión fenicia hacía Occidente por la necesidad de iniciar por si mismos viajes de larga distancia.



*Fig. 3. Birreme fenicio. Relieve del palacio de Senaquerib (Museo Británico).*

En esta coyuntura, tenemos en la zona como tres grandes puntos a las ciudades fenicias, al pujante y efímero Reino de Israel y a la potencia asiria, que aún mantiene una importante potencia militar, haciendo presión en toda la franja costera. En esta línea, diversos investigadores han recalcado lo fundamental que resulta la presión y el control

asirio sobre las ciudades fenicias como una de las grandes causas del inicio de la colonización fenicia hacia el Extremo Occidente<sup>14</sup>. Se trata, probablemente, de una exageración en el peso del argumento.

Pero, lo que es cierto, es que tenemos constancia por los anales asirios de que, sobre todo desde tiempos de Asurnasirpal II (883-859 a. C.), la presión de los asirios sobre las ciudades fenicias en forma de campañas y tributos es constante. En cualquier caso, nos interesa más remarcar que para los fenicios el inicio de la expansión supuso tanto un cambio como una continuidad. Un cambio en tanto en cuanto desde el s. X realizaron por primera vez viajes a larga distancia; y una continuidad en tanto en cuanto se mantiene la necesidad de que continúen llegando a sus puertos productos ultramarinos para mantener y reproducir su sistema sociopolítico (Sánchez-Moreno & Gómez Pantoja, 2013, p. 85).

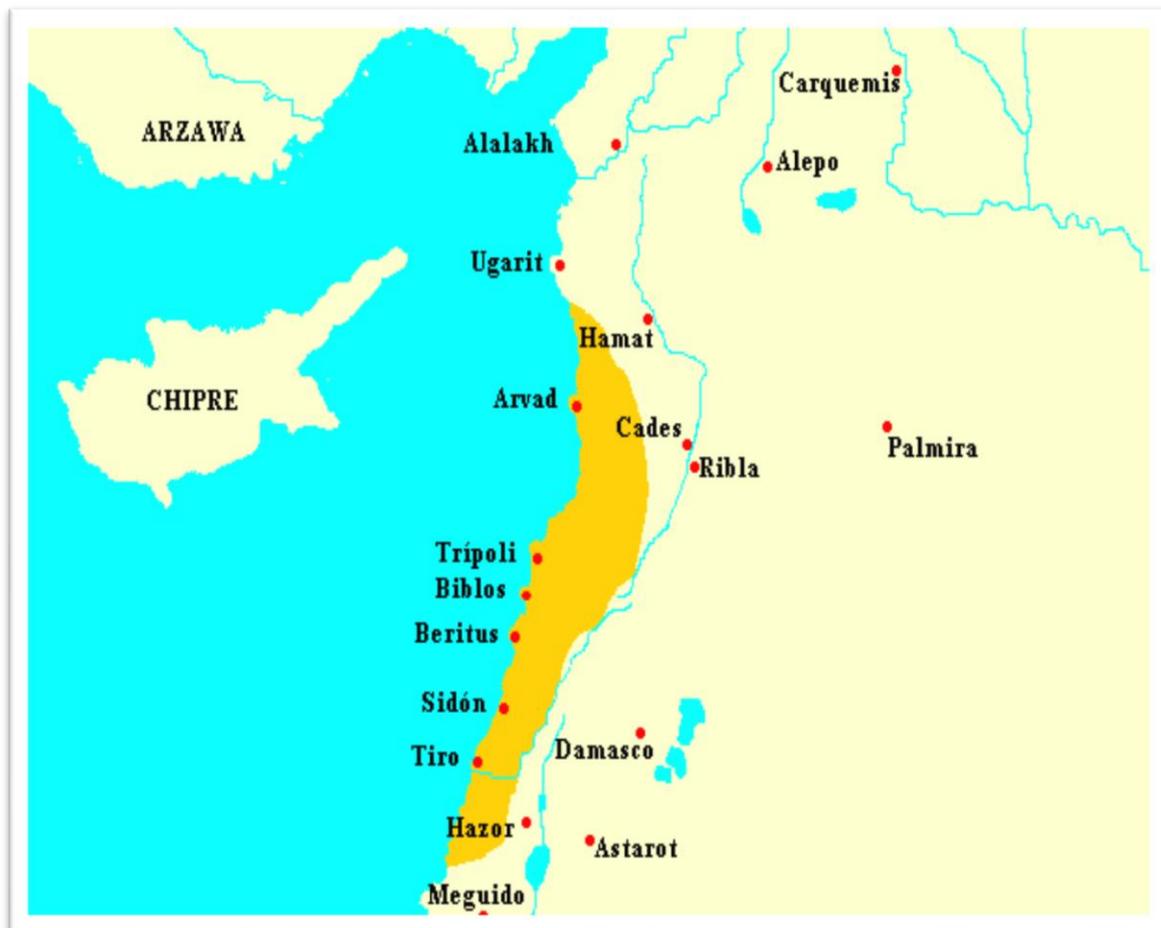
Así, diversos autores rebajan la incidencia del factor asirio como gran motor del cambio, como es el caso de Domínguez Monedero quien nos señala al respecto que *“la documentación de que disponemos no muestra a las ciudades fenicias como entidades depauperadas, agobiadas por la presión impositiva asiria sino que, por el contrario, parecen estar en una situación bastante pujante lo que indicaría que las demandas asirias lo único que provocaban era un deseo por parte de las elites de las ciudades fenicias de incrementar su actividad económica para que la obligación de entregar tributo no implicara una disminución de su nivel de vida ni de su capacidad de atesorar riquezas”* (Sánchez-Moreno & Gómez Pantoja, 2013, p. 86). Por tanto, nos encontramos ante un factor más, no ante un motor de cambio decisivo.

En cuanto a la búsqueda de causas toda una serie de autores han señalado que hacia el s. X a. C. en las ciudades fenicias se evidencia una situación de necesidad de recursos alimenticios debido a algún tipo de carestía. Provocada, quizás, por un aumento de la población en un territorio costero y montañoso cada vez limitada. En este sentido, se apoyan en un interesante texto bíblico *I Reyes (5, 1-12) (Text. 1)*.

---

<sup>14</sup> Por nuestra parte, continuamos manteniendo la pluricausalidad de los procesos históricos, alejándonos así de posiciones más vetustas y recalcitrantes que sienten la necesidad de apuntar a un solo factor como explicación de un fenómeno.

Con ocasión de la construcción del gran templo de Salomón serían los fenicios, concretamente Hiram I de Tiro en virtud de las alianzas del momento, quienes surtirían de madera de cedro y otros materiales al reino de Salomón. De esta forma, a cambio, Salomón surtiría de productos alimenticios a Tiro. Y, sobre todo, resulta muy interesante la manera lingüística en la que se explicita este intercambio, ya que se realiza en clave de necesidad para alimentar a la familia tiriense. Resulta evidente que este fragmento haya hecho pensar a muchos investigadores que en el s. X a. C. habría un proceso de auténtica carestía y que, por tanto, podríamos señalarlo como causa del inicio del proceso colonial. Pero debemos plantearnos que una situación de necesidad alimenticia necesita, por fuerza, soluciones rápidas.



*Fig. 4.* Situación de las ciudades fenicias en Oriente.

Mientras que realmente el gran proceso de expansión colonial que podría suplir estas necesidades sabemos que no se produce hasta casi dos siglos después. Por tanto, más bien deberíamos hablar, como venimos insistiendo, en una multiplicidad de causas entre las que cabría contar la posibilidad de un cambio climático, una superpoblación, unos intereses políticos, sociales y económicos determinados<sup>15</sup> y, toda esa situación empeoraría aún más ya en el s. VIII a. C. con el aumento de la presión a las ciudades fenicias por parte del elemento asirio.

En cualquier caso, y sin ánimo de ser exhaustivos puesto que existe multitud de bibliografía al respecto (Kourou, 2012; Ramon Torres, 2009; Torres Ortíz, 1998; Van Berchem, 1962), nos parece interesante al menos señalar los grandes hitos que comúnmente se marcan como propios del fenómeno de expansión fenicia por el Mediterráneo para tratar de establecer una secuencia lógica de avance: Chipre (Mederos Martín, 1996), el Egeo y Creta, el Mediterráneo Central, el Norte de África y, finalmente, la Península Ibérica.

Continuando con la discusión historiográfica debemos destacar que para nosotros el mero hecho de la aceptación de la existencia de un momento de inicio de los contactos, esa llamada precolonización de la que ya hablaba Tarradell, para la presencia fenicia en el Extremo Occidente ha sido un tema muy controvertido. Y, de hecho, ha sido el periodo que más interés ha despertado en la investigación, tanto por el desconocimiento que nos supone como por la antigüedad del fenómeno.

En la actualidad debemos, sin duda, emplear un marco cronológico distinto al que planteaba Moscati<sup>16</sup> y buscar así nuevas alternativas mediante nuevas interpretaciones de los clásicos y a través de las nuevas metodologías arqueológicas. En suma, necesitamos nuevos enfoques y perspectivas que permitan avanzar nuestro conocimiento, más allá de

---

<sup>15</sup> En este sentido, podemos argüir como otra causa la intención por parte de la realeza de las ciudades fenicias y de sus círculos aristocráticos de, a pesar de las adversidades del período, de mantener la pujanza económica y política que les aseguraba su posición privilegiada en el seno de sus sociedades de origen.

<sup>16</sup> En este sentido, este autor hablaba de la precolonización estableciendo un arco que se iniciaría en el s. XI a.C. Aunque, es de recalcar, que en ese recorrido cronológico también incluía los contactos micénicos recogiendo los planteamientos de Vagnetti (Moscati, 1983).

las encapsulaciones a las que nos viene acostumbrando la historiografía desde hace décadas.

Pese a este entusiasmo inicial, debemos de reconocer que las fuentes clásicas grecolatinas nos transmiten una idea que ha generado muchos problemas para el estudio de la presencia fenicia en la Península Ibérica, como ya venimos exponiendo en apartados precedentes. De este modo, las fuentes nos muestran la idea de la alta cronología para la fundación tanto de *Gádir* como de *Útica*, situándolas unas decenas de años después de la caída de Troya, siguiendo los ciclos históricos clásicos.

En este sentido, podemos distinguir tres grupos bien diferenciados en las fuentes clásicas. Un primer grupo que nos transmite la idea de la presencia fenicia en el Extremo Occidente hacía finales del II milenio a.C.; un segundo grupo procedente de los textos bíblicos que mencionan una serie de viajes hacía el Oeste; y un tercer grupo referente al momento fundacional de Cartago. En adelante, nos ocuparemos del análisis histórico de estos textos.

El primer conjunto de informaciones está representado por textos de autores como Plinio (23-79 d. C.), Pomponio Mela (S. I d. C.), Veleyo Patérculo (19 a. C.- 31 d. C.), Estrabón (63 a. C.-24 d. C.) y Pseudo Aristóteles. Como ya anunciábamos en el apartado metodológico del presente trabajo, el análisis mediante la metodología del cruce de fuentes de estos textos nos marca, aproximadamente, en el año 1100 a. C. la fundación de *Gádir*. Y, por tanto, nos habla de una serie de contactos y viajes muy tempranos de los fenicios en la zona más occidental del Mediterráneo. Para ello es interesante el texto de Veleyo Patérculo (*Hist. Rom.* I, 2, 3) (*Text.* 2) pues nos aporta un dato cronológico muy conciso.

Pero, para el asunto que nos ocupa, resulta fundamental contrastarlo con el texto acerca de la mítica fundación de *Gádir* que nos ha legado Estrabón, puesto que es este autor, a pesar de ser menos claro cronológicamente hablando, es quien nos aporta datos sobre el propio proceso de fundación Estrabón (*Geogr.* III, 5, 5) (*Text.* 3).

A continuación, observemos la referencia que nos lega el de Tingentera, Pomponio Mela (*Chor.* III, 6, 46) (*Text.* 4). Interesante cuanto menos, pues viene a confirmar las informaciones ya aportadas por Veleyo Patérculo lo cual, además, nos da una idea de las posibles fuentes comunes empleadas por ambos autores. Por último, concentrémonos en el fragmento de Plinio (*Hist. Nat.*, XVI, 216) (*Text.* 5), quien también nos aporta toda una serie de criterios cronológicos.

Un primer argumento filológico y metodológico que debemos tener en cuenta es que realmente la redacción de estas obras se haría en el s. I d. C., motivo suficiente para sospechar de su veracidad por la lejanía en el tiempo respecto a los supuestos acontecimientos narrados. De hecho, en el caso de Plinio el Viejo sabemos exactamente que su libro XVI lo compuso en el año 77 d. C. (Manzanero Cano, García Arribas, Arribas Hernáenz, Moure Casas, & Sancho Bermejo, 2010). Y, si profundizamos más, las noticias más antiguas sobre esa reciente fundación de *Gádir* se retrotraen al s. IV a.C., con un autor de obra no conservada de nombre Éforo, pero que sabemos que fue empleado por Estrabón como fuente (Alvar Ezquerro, 2008a, p. 27) y posiblemente también con Veleyo Patérculo.

En cualquier caso, nos parece necesario destacar que Veleyo<sup>17</sup> nos plantea como fecha fundacional de *Gádir*, aproximadamente, el año 1104 a. C. En el caso de *Gádir*, se nos marcan esas ocho décadas tras la destrucción troyana. Un dato que, sin duda, nos confirma Pomponio Mela en sus descripciones geográficas. Aunque, por su imprecisión, diera la sensación de que para este autor el momento fundacional pudiera ser incluso anterior.

Así como Veleyo Patérculo también hace referencia a la fundación de la antigua ciudad feniciopúnica de Utica, la cual se encuentra en la actualidad en proceso de investigación y con cada campaña de excavación nuestro conocimiento al respecto continua aumentando (Cardoso *et al.*, 2016; López Castro *et al.*, 2014; López Castro, Ferjaoui, Ferrer Albelda, *et al.*, 2016; López Castro, Ferjaoui, Mederos Martín, Martínez Hahn Müller, & Ben Jerbania, 2016).

---

<sup>17</sup> En este sentido, debemos tener muy en cuenta que Veleyo recoge los cálculos que realizaron Apolodoro y Eratóstenes y marca cronológicamente la destrucción de Troya en el año 1183 a. C. (Alvar Ezquerro, 2008a)

En este sentido, Plinio el Viejo nos dice sobre Utica que se fundaría 1178 años desde sus tiempos, por tanto, con el dato que conocemos sobre la composición del libro XVI de su *Historia Natural*, podemos aventurar que se refiere al año 1101 a.C. Mientras que, otro autor que traemos a colación, uno de los Pseudo-Aristóteles, en *De Mirabilibus Auscultationibus* del s. II d. C., nos señala que Utica sería fundada 287 años antes que la ciudad de Cartago.

Y, por tanto, nos sitúa de nuevo exactamente en la fecha del 1101. Esta sincronización entre ambos autores normalmente se ha venido explicando en la historiografía mediante un argumento filológico de composición. Es decir, tanto Plinio el Viejo como este Pseudo-Aristóteles tuvieron una fuente común para estos asuntos, probablemente Timeo del s. III a. C. (Torres Ortíz, 2008, pp. 59-60).

Continuemos ahora con el segundo grupo de fuentes mencionado, el cuál es extraído de diversos libros que componen la Biblia. De esta forma, nos centraremos en dos fragmentos, *I Reyes* (10, 1-23) (*Text.* 6) y *II Crónicas* (9, 20-24) (*Text.* 7) para a continuación proceder a su exégesis. Como puede comprobarse, hemos recurrido a las referencias bíblicas de las tan controvertidas como interesantes *Naves de Tarsis*, y que tantas problemáticas y ríos de tinta han causado en la historiografía. En su exégesis podemos comprender que nos hablan de una serie de viajes de gentes semitas de Oriente hacia Occidente en busca de mercancías preciadas en los tiempos de Salomón y del rey Hiram I de la ciudad de Tiro.

Es decir, por las propias biografías de ambos reyes nos estamos situando en una cronología que debe estribar en torno a un arco temporal comprendido entre el año 970 y el año 930 a. C. (Torres Ortíz, 2008). El debate en torno a este controvertido topónimo bíblico ha suscitado diversas interpretaciones. Para unos, se identificaría con Tartessos; para otros se trataría de algún enclave del Mediterráneo Central; también se ha hablado de alguna localización en el Mar Rojo; e, incluso, los menos han planteado que se referiría a algún lugar de La India<sup>18</sup>.

El análisis histórico-filológico de los textos bíblicos siempre resulta una ardua y compleja labor para en el oficio del historiador. Apriorísticamente, podríamos dilucidar la existencia de una estrategia de propaganda que ensalzaría para la posteridad la figura

---

<sup>18</sup> Existe mucha bibliografía al respecto, pero, como mínimo, debe consultarse el volumen imprescindible de M. Koch. (2004).

de estos reyes, en especial la del rey Salomón como una de las figuras claves del Antiguo Testamento. Pero, como ya veníamos diciendo, el cruce de fuentes resulta fundamental y, en este caso, ese cruce podemos realizarlo a la luz de uno de los más interesantes hallazgos arqueológicos de los últimos tiempos: la ría de Huelva.

Nos encontramos con un yacimiento interpretado como asentamiento autóctono del Bronce Final IIIA con una extensión de unas treinta y cinco hectáreas (Mederos Martín, 2006). Además, sería interpretado por sus propios investigadores como un emporio comercial fenicio (González de Canales, *et al.*, 2004)

Los materiales fenicios, importaciones cerámicas tirias, nos hablan de una cronología en torno al s. X a. C., lo cual coincide con las fechas que nos aportan estos textos bíblicos y confirma la existencia de toda una serie de contactos precoloniales de Oriente con la Península Ibérica en tiempos de Hiram I y Salomón<sup>19</sup>. Por tanto, los argumentos que planteaba Whittaker décadas atrás, sin aún confirmación empírica, deben ser hoy día muy tomados en cuenta para el análisis de la precolonización (Whittaker, 1974). Además, esto unido al sitio arqueológico de Méndez Núñez-Plaza de las Monjas, con cuatro fases cronológicas que oscilan entre 1015 a. C. y el 825 a. C., nos constata arqueológicamente las informaciones que nos ofrecen las fuentes (Mederos Martín, 2006).

Por último, centrémonos en el tercer grupo de fuentes, que son las referentes a Cartago. En esta ocasión recurriremos a tres autores: Flavio Josefo (37-100 d. C.), Dionisio de Halicarnaso (60-7 a. C.) y Justino (s. II d. C.). En el caso del primer fragmento que presentamos es el propio Flavio Josefo (*Contra Apionem* I, 125-126) (*Text.* 8) quien nos señala cuál es su fuente para estas informaciones, Menandro de Efeso<sup>20</sup>. Nos dice aquello de que Elisa se marcharía de las costas fenicias, tal y como relata la consabida

---

<sup>19</sup> Se han realizado multitud de análisis de estos materiales, por la trascendencia que suponen. Podemos, por ejemplo, señalar los realizados por A. Rodríguez Alcalde mediante test de igualdad de medios, así como de varianza. Mientras que, las cronologías que nos aportan las tipologías de estos materiales los sitúan en un arco entre el s. X y el s. VIII a.C. (María Belén Deamos et al., 1995)

<sup>20</sup> Este autor griego del s. II a. C. nos es muy desconocido en la actualidad y, de hecho, solo lo conocemos por las referencias que hace de él Flavio Josefo en su obra. Para los historiadores del mundo fenicio resulta un auténtica pérdida que su obra no se haya conservado, puesto que, al parecer, realizó una obra sobre la historia de la ciudad fenicia de Tiro (García Iglesias & Rodríguez de Sepúlveda, 1994).

historia mítica, para fundar Cartago en el séptimo año del reinado de su hermano Pigmalion.

En este sentido, nos resulta interesa destacar, tal y como nos señala Torres Ortiz, que “*una evidencia independiente para fechar el año 7 del reinado de Pygmalion lo proporciona la inscripción asiria IM 55664, en la que se menciona que en el año 18 del reinado de Salmanasar III, con seguridad el 841 a. C., reinaba en Tiro Ba’almanzer, muy probablemente el Balezoros mencionado por Menandro de Efeso y Flavio Josefo*” (2008, p. 60). Por tanto, si sabemos que Balezoros debió reinar unos seis años, mientras que Mattan, su sucesor, reinaría unos nueve años y, después, llegaría al trono Pigmalion, estamos hablando de que el séptimo año del reinado de Pigmalion se encuadra entre el 825 y el 820 a. C. aproximadamente.

Dionisio de Halicarnaso (*Ant. Rom. I, 74, 1*) (*Text. 9*), siguiendo a Timeo, no señala la fecha fundacional de Cartago a solo treinta y ocho años antes de la primera Olimpiada celebrada. Con lo cual, nos estamos refiriendo al año 814 a. C. Por tanto, nos estamos encontrando una cronología similar a la ofrecida en el anterior pasaje relatado por Flavio Josefo. A continuación, observemos lo que nos dice Justino (*Hist. Phil. XVIII, 6, 8-10*) (*Text. 10*) al respecto en su epítome de las historias que escribiese Filipo Trogo.

El epítome que realiza Justino se trata, sin duda, de un resumen realizado de forma demasiado rápida y selectiva. Es una autentica lástima que no se haya conservado la obra original que epitoma. Pero, al menos, gracias a Justino contamos con esta obra que los filólogos clásicos, sin temor a equivocarse, consideran un auténtico resumen de las líneas principales tomando, incluso, fragmentos literales de Pompeyo Trogo. La información es clara, fecha la fundación de Cartago setenta y dos años antes que la de la ciudad de Roma.

Por tanto, si confiamos en que Justino aquí sigue la misma tradición cronológica que Varrón (Torres Ortíz, 2008), estamos situando como fecha fundacional de Cartago el año 825 a. C. Además, volviendo a la metodología del cruce de fuentes, podemos observar como coincide a la perfección con la fecha que se desprende del análisis de la inscripción IM 55664 que traíamos a coalición líneas arriba. Y no solo eso, sino que nos ofrece un relato bastante completo sobre las vicisitudes en las que la ciudad fue fundada tras la huida de Elisa de Tiro, con lo cual supone una fuente de primerísimo orden.

En resumidas cuentas, para la cuestión de la fundación de Cartago a través de las fuentes clásicas nos encontramos una sorprendente coherencia entre la variedad de autores analizados. A pesar de las diferencias cronológicas que se pueden apreciar de forma patente, también es evidente que todos remontan la fundación de Cartago en el s. IX a. C. Pero, podemos aportar más, puesto que esa fecha del s. IX ha sido refrendada por análisis de  $^{14}\text{C}$  sobre materiales arqueológicos aparecidos en el sitio de Cartago<sup>21</sup>.

Por tanto, hemos podido comprobar tras el análisis crítico mediante el cruce de fuentes que, a pesar de lo que se pensó en su momento sobre la falsedad de las altas cronologías aportadas por los clásicos, debemos seguir teniendo muy en cuenta las informaciones que nos proporcionan para avanzar en nuestros conocimientos sobre la presencia fenicia en el Extremo Occidente. Pero, por supuesto, siempre siendo metodológicamente rigurosos en nuestras indagaciones.

No obstante, la historiografía desde mediados de la década de 1990 y durante los inicios del s. XXI ha continuado debatiendo ampliamente acerca de la definición de los primeros asentamientos que pudiéramos considerar como auténticas fundaciones coloniales de origen fenicio. Anteriormente la cronología de partida se situaba en el s. VIII a. C., pero desde hacer tiempo ya muchos autores señalan que debe situarse en torno a mediados del s. X a. C. (Mederos Martín, 1997). Aunque, también contamos con un buen grupo de autores que plantean más prudentemente el último cuarto del s. IX a. C. (Torres Ortíz, 2008).

Pero, en cualquier caso y lógicamente, resultaría necesario definir las características de un asentamiento fenicio colonial para contar con un andamiaje conceptual suficiente como para no cometer errores interpretativos. Y, en este sentido, prácticamente cada autor marca parámetros propios al respecto, con lo que vemos absurdo reflejarlos aquí de forma pormenorizada. Pero, si aprovechamos la ocasión para plantear

---

<sup>21</sup> Se trata de una parte destacada de los trabajos realizados entre 1986 y 1993 por la Universidad de Hamburgo en el sitio arqueológico de Cartago, quienes trataron de fijar una cronología para las colonias de fundación fenicia tanto en el Mediterráneo Central como en el Occidental. Las pruebas radiocarbónicas se realizaron sobre seis huesos de animales (GrN-26090, GrN-26091, GrN-26092, GrN-26093, GrN-26094 y GrN-26479). De las fases I y II que, a grandes rasgos, ofrecen unos resultados de  $2670 \pm$  con intervalo de 828-806 cal. a. C. En definitiva, el s. IX a. C. (Torres Ortíz, 2008).

la necesidad de un consenso en esta línea que nos permita delimitar entre enclaves precoloniales y enclaves propiamente coloniales.

Ante todo, no cabe duda de que el fenómeno que en la historiografía hemos querido denominar, encasillándolo, como precolonización, se trata de un proceso histórico dilatado en el tiempo, articulado y de gran complejidad. El cual, además, incluye diversos vectores culturales y comerciales que llevan en su seno, a la luz de los materiales principalmente cerámicos hallados, tres fases distintas de contactos: micénica (1400 a. C.-1200/1100 a. C.), chipriota (1200 a. C.-925-900 a. C.) y fenicia (925 a. C.-850 a. C.). Tres fases que, a nuestro juicio, nos son totalmente excluyentes entre ellas étnica ni culturalmente, sino que mostraría síntomas de percolación y colaboración entre distintas sociedades en sus esfuerzos por aventurarse por el Mediterráneo.

Además, tres fases que analizadas en una perspectiva panmediterránea podemos argüir que se trata de un proceso lógico y necesario que se extiende largamente en el tiempo, hacía el final del II milenio a. C. y los albores del I milenio a. C., que vienen a plantear las dinámicas políticas, sociales, culturales y económicas de la zona Oriental en la zona Occidental. Se trata, en el fondo, de un periodo de auténtica conexión e integración mediterránea que transcurre entre finales de la Edad del Bronce y comienzos de la Edad del Hierro. Por tanto, si debemos decantarnos por una cronología fija para este complejo proceso, nosotros marcaríamos la precolonización fenicia como un fenómeno enmarcado cronológicamente entre el 1350 a. C.<sup>22</sup> y el 850 a. C.<sup>23</sup>.

Pero, no basta con definir unos límites cronológicos más o menos estables. Sino que resulta historiográficamente necesario calibrar y establecer un modelo, al menos teórico, que nos esboce la tendencia del proceso teniendo en cuenta todas las variantes que son participes del mismo y que, además, nos sirva como base para contrastarlo con el registro arqueológico y con las fuentes escritas.

Y, es más, a pesar de los lógicos límites cronológicos marcados, no podemos olvidar que la seriación del proceso resulta negativa para su propia comprensión y

---

<sup>22</sup> Sustentádonos en las evidencias del yacimiento de la Cuesta del Negro de Purullena y del Llanete de los Moros de Montoro.

<sup>23</sup> Sustentádonos en los hallazgos de Cartago, Lixus y Morro de Mezquitilla (fase B1b).

complejidad. De manera que, distintos modos de contacto, que podríamos, por un lado, considerar propios de un momento precolonial y, por otro lado, propios de un momento plenamente colonial, podrían estar conviviendo en el tiempo y en el espacio sin ningún tipo de impedimento.

En esta línea, contamos con una propuesta muy interesante por parte del profesor Jaime Alvar Ezquerro quien señala que “*colonización y precolonización son ante todo modos de contacto, cuya diferencia estriba esencialmente no en el criterio de la secuencia temporal, sino en la frecuencia, intensidad y características de contacto entre culturas*”(Alvar Ezquerro, 2008b, p. 20). De esta forma, formula su teoría sobre el Modo de Contacto no Hegemónico (MCnH) para la precolonización y el Modo de Contacto Sistémico Hegemónico (MCSH) para la colonización. Nos ocuparemos aquí solo del MCnH, mientras que, consecuentemente, trataremos el MCSH en nuestro próximo apartado.

En el MCnH<sup>24</sup> nos encontramos ante una situación de interrelaciones culturales entre Oriente y Occidente por los viajes de los fenicios de una manera esporádica que no conlleva una regularidad manifiesta ni, mucho menos, una sistematización de las relaciones. En este modelo, a nivel comercial, el objetivo de esos “precolonizadores” puede ser abastecerse de un bien puntual determinado. Y, por tanto, no resulta necesario aún un control productivo ni redistributivo ni territorial claro. Y, aun así, se concibe de manera que permite la existencia de estaciones comerciales de carácter permanente que no necesitan una regulación administrativa manifiesta.

---

<sup>24</sup> Cabe destacar por su interés que el propio autor termina reformulando las siglas del modelo, desarrollando así finalmente dos vertientes dentro del mismo modelo. Por un lado, podríamos argüir la existencia de un Modo de Contacto Esporádico (MCE), puesto que de esta forma se emplea un criterio más específico que no realiza la negación del contrario en la relación que se efectúa. Pero, esta definición solo sería correcta en el caso en que las relaciones fueran auténticamente esporádicas, entendidas cada una de ellas como un objetivo por sí mismo sin necesidad de continuidad clara en el tiempo y el espacio. Pero, por otro lado, si interpretamos cada uno de esos objetivos aislados como parte de un conjunto holístico de interrelaciones panmediterráneas, lo cual nos resultaría más correcto ya que hablamos de un proceso amplio, complejo y dilatado en el tiempo; deberíamos hablar de Modo de Contacto Episódico (MCE). En el fondo, estas dos reformulaciones como ya adelantábamos serían distintas vertientes dentro del propio MCnH, puesto que de esa manera salvamos la problemática de los contactos regulares con enclaves permanentes del tipo no administrados ni hegemónicos sobre el territorio (Alvar Ezquerro, 2008b).

Para el autor, el punto culminante de todo ello es que no se establece ningún tipo de hegemonía mediante este modelo, con lo cual no existe una clara subordinación de unos a otros, ni violencia de ningún tipo. Lo cual, no quiere decir en ningún caso, que las relaciones entre las culturas en contacto tuvieran que ser en clave de igualdad. De esta forma, podríamos señalar algunos ejemplos de MCnH en el registro arqueológico de la Península Ibérica, como pueden ser los antiguos restos fenicios hallados en Náucratis o los de la zona de Huelva (Campos Carrasco & Vidal Teruel, 2013; Domínguez Monedero, 2017; Gómez Toscano & Campos Carrasco, 2001; Mederos Martín & Ruiz Cabrero, 2006).

### 2.3. El Periodo Colonial (850-600 a. C.) y las relaciones comerciales

En las últimas décadas la historiografía dedicada al Mediterráneo Antiguo ha demostrado, gracias a los nuevos hallazgos arqueológicos y a los esfuerzos de síntesis interpretativas globales, que la colonización fenicia del Mediterráneo fue un complejo proceso histórico. Y nos referimos a una complejidad mucho mayor de la que hubiéramos imaginado hace tan solo unas decenas de años con relación a su desarrollo, a sus protagonistas, a sus objetivos y a sus causas.

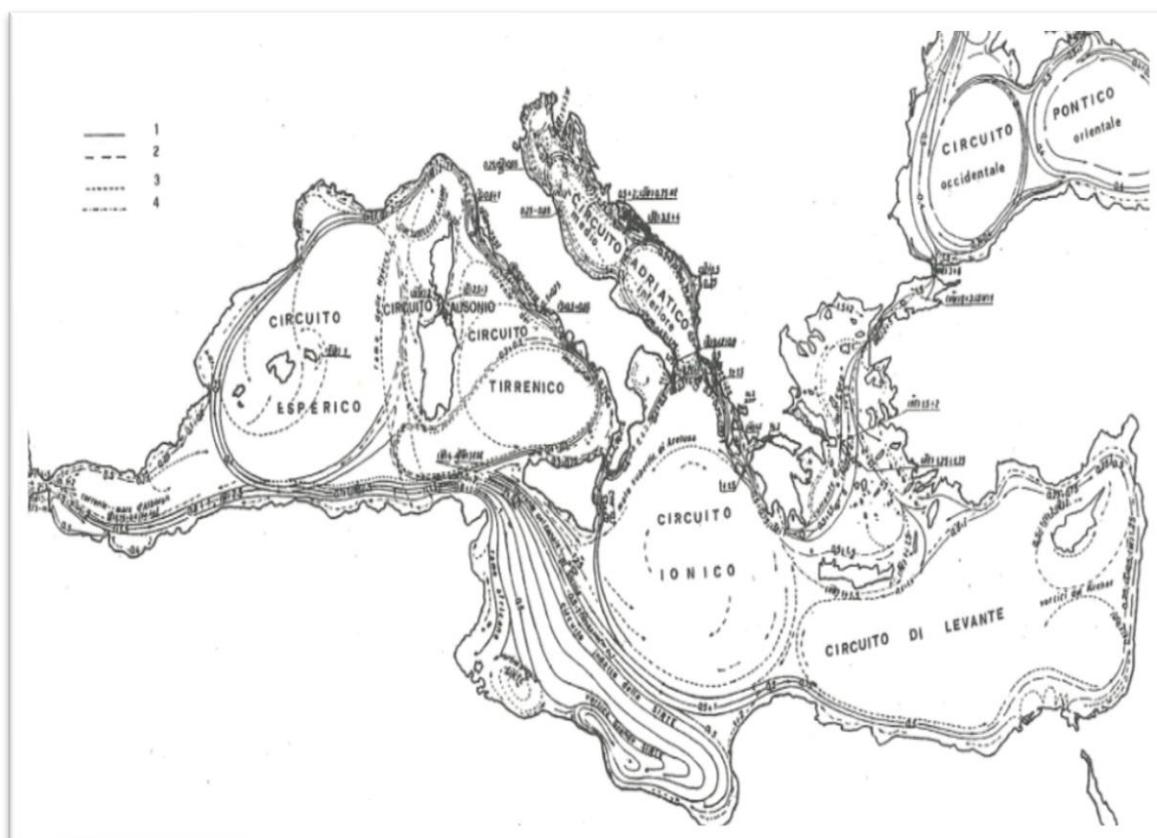
La colonización fue un auténtico proceso de expansión mediterránea organizada desde las altas autoridades políticas que, además, en sus lugares de expansión no tiene obligatoriamente porque coincidir con los mismos lugares en los que se desarrollaron los procesos de contacto y frecuentaciones previos. Es decir, los denominados precoloniales, aunque cada vez más historiadores rehúyan del término (Carlos G. Wagner, 2000).

Se trata, en el fondo, de una auténtica estrategia política, social y económica que tiende a aumentar los beneficios a todos los niveles (no solo económicos) y reducir los costes mediante el asentamiento de gentes semitas en las zonas costeras que puedan resultar más interesantes del Extremo Occidente. Mientras que, en cuanto a términos comerciales, el proceso queda caracterizado por una tendencia evidentísima hacia el intercambio desigual y hacia la captación de nuevos socios potenciales.

Pero, existe un problema de base que debemos tratar antes de entrar en materia. Y es que en virtud de las dataciones que nos ofrece el  $^{14}\text{C}$  (Aubet Semmler, 2009, p. 263) llegamos a la conclusión de que posiblemente las características y los modos de contacto panmediterráneos del supuesto momento llamado precolonial y del momento llamado colonial, ya sea inicial o arcaico, podrían bien ser en muchos momentos y, posiblemente, en diferentes lugares, totalmente contemporáneos. En suma, simultáneas en el tiempo. Por tanto, la conclusión lógica que cabría pensar en la mente del historiador de la Antigüedad es que no nos encontramos ante etapas que se suceden la una a la otra en sus formas de interacción. No es un proceso lineal. Sino que ambas formas de contacto

conforman la propia idiosincrasia de un complejo y dinámico proceso de expansión fenicia por el Mediterráneo.

En este sentido, Wagner plantea que en lugar de precolonización debería hablarse de comercio lejano como una situación que no responde a una coyuntura concreta, sino que se mantiene a lo largo del tiempo. En cualquier caso, en la historiografía las discusiones continúan abiertas, e independientemente de terminologías, en múltiples aspectos acerca de las condiciones en las que se desarrolló el fenómeno colonial fenicio.



*Fig. 5.* Los circuitos de navegación mediterráneos.

Fuente: Mauro, 2014, p. 35.

Por ejemplo, por un lado, mientras que unos planteaban la existencia de una iniciativa privada con el monopolio y control de Tiro avalando la idea por la multiplicidad de rutas marítimas (Bernardini, 1993, p. 80); otros hablan de la preminencia en la dirección de Tiro, primero, y de *Gádir*, después, sustentando sus argumentos en criterios de ordenación espacial colonial (Arteaga, 1987, p. 148 y ss.). Mientras que, de una forma

más consensuada, diversos autores admiten la idea de una gran influencia del palacio y del templo (Bartoloni, 1990) en los inicios del fenómeno<sup>25</sup>, obviando la auténtica preminencia del Estado, que derivaría en un momento más avanzando en un impulso por parte de la iniciativa privada de una supuesta oligarquía comercial. En cualquier caso, regresando a las evidencias materiales podemos comprobar que se detecta una actividad urbana fenicia más antigua de lo que se pensaba con anterioridad. Esta presencia, se detecta ligada a diversas actividades productivas, las cuales no se restringen solo al comercio.

Sino que observamos la evidencia empírica de actividades pesqueras, agrícolas y ganaderas en algunos sitios de gran antigüedad como los asentamientos fenicios más antiguos de la zona sur de Cerdeña y, también, en la Península Ibérica. Esta conjunción de elementos no induce claramente a pensar en la existencia de toda una serie de conocimientos previos mediante los cuales se detectó geoestratégicamente aquellos lugares que podrían ser más propicios para un asentamiento.

Siempre, por supuesto, siguiendo la fórmula básica de asentamiento fenicio colonial de un lugar cercano a la costa con su fondeadero, el posible acceso a zonas de estuario o fluviales para contactar con el interior e, incluso, cuando sea posible un promontorio costero fácilmente defendible. Casos paradigmáticos los encontramos en Cádiz, con el destacado asentamiento del Castillo de Doña Blanca, el cual bien podría datarse como momento fundacional con anterioridad al s. VIII a. C. (Ruíz Mata, 1993). Pero, si tradicionalmente se planteaba esa fecha aproximada de inicio, al igual que se argumentó en Morro de Mezquitilla, las dataciones de <sup>14</sup>C nos retrasan aún más estas fechas, en algunos casos en un siglo y, cuando menos, en unos setenta y cinco años.

Además, nos resulta interesante señalar que se trata de asentamientos en los que la geoarqueología ha demostrado que se trata de espacios donde en época antigua no hay especial abundancia metalífera, solo en los casos del cobre y del hierro (Rofríguez Vinceiro, 1996). Por tanto, especialmente en el Periodo Colonial Arcaico (800-600 a.C.),

---

<sup>25</sup> Por contrapartida, otros autores hablan de que desde el comienzo del fenómeno colonial la iniciativa privada jugaría un papel de primer orden. Y, a la vez, plantean una intensa implicación de las instituciones palaciegas ya desde los movimientos precoloniales (Bondi, 1988; Botto, 1988).

no se observa una motivación metalífera clara para la expansión fenicia<sup>26</sup>. Además, sabemos que la explotación de manera intensiva de las minas tartésicas no se iniciaría hasta finales del s. VIII a. C. (M. Belén Deamos & Escacena Carrasco, 1995), es decir, en el momento que se ha querido llamar periodo orientalizante<sup>27</sup>.

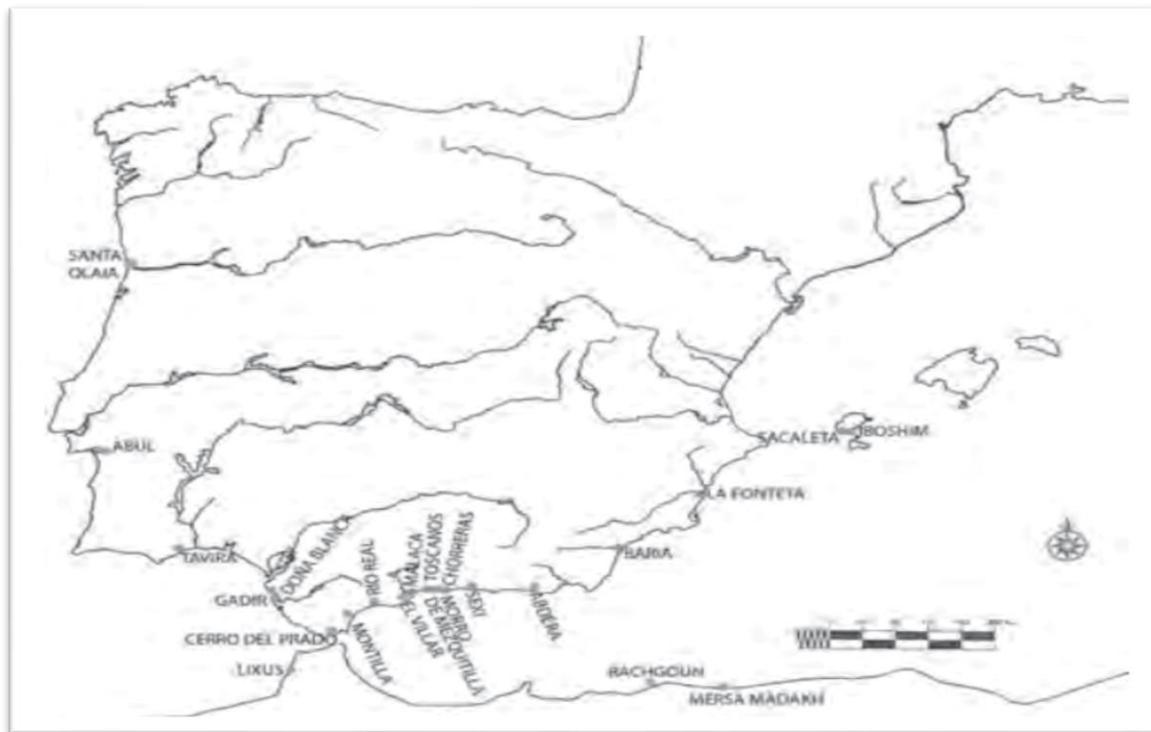


Fig. 6. Las colonias fenicias del Extremo Occidente en el Periodo Colonial.

Fuente: López Castro, 2006, p. 43.

<sup>26</sup> En esta línea, podemos argumentar aún más. Si está demostrado que los fenicios ya en el s. IX establecieron contactos comerciales con la zona de Anatolia para la consecución de importantes y abundantes materias primas metalíferas, ¿Por qué iban a viajar e, incluso, asentarse en el otro confín del *oikouménē* para buscarlos?

<sup>27</sup> Por nuestra parte, el lector habrá notado que es la primera vez que utilizamos este término en el desarrollo de nuestro discurso. Como es consabido, el oficio del historiador queda, inevitablemente, y aunque a veces lo neguemos, marcado en nuestras interpretaciones por la subjetividad que nos proporciona la base teórica y, sobre todo, ideológica desde la que partimos. Una vez aclarada esta posición, y a pesar de nuestro entusiasmo en ser parciales en la búsqueda de la realidad material del pasado y, en suma, de la verdad; debemos declarar por nuestra parte el rechazo al termino periodo orientalizante. Pues, para nosotros, se trata de un término de marcado carácter peyorativo por la clara tendencia difusionista que supone que, a su vez, niega a las sociedades autóctonas el protagonismo de su propio desarrollo político, económico, social y cultural. Y no solo eso, sino que, aunque a veces nos resulte más cómodo recurrir a periodizaciones cual pequeñas cajas de sastre donde organizar nuestros conocimientos, somos completamente contrarios a las periodizaciones tradicionales que no hacen más que entorpecer nuestro avance. Por todo ello, no podemos estar más en desacuerdo con estos términos que lastran la investigación de la formación fenicia occidental y de su expansión panmediterránea por el Extremo Occidente.

En resumen, desterramos ya en la historiografía por las evidencias que la colonización fenicia no tuvo como motivación la búsqueda y consecución de metales mediante el comercio. Sino que, es solo un engranaje más de una estrategia colonizadora mucha más amplia y con objetivos diversificados. Por tanto, “*todos los datos de que disponemos sugieren que la expansión fenicia arcaica hacia Occidente se configura como una estrategia muy bien definida y compleja, cuyas causas hay que buscarlas en las condiciones internas de las propias ciudades de Fenicia, sobre las que inciden una serie de factores económicos, demográficos y políticos*” (Carlos G. Wagner, 2000, p. 87).

Al fin parece que la historiografía se desprende de mitificaciones, de la largada sombra de Schulten y de la propia imagen vilipendiosa que nos ofrecen las fuentes grecolatinas sobre los fenicios y sobre el propio fenómeno de expansión colonial de esta sociedad por el Extremo Occidente. En relación con la ejemplificación de esa imagen que nos ofrecen las fuentes nos gustaría traer a colación un fragmento de Homero (*Od. XIV, 285-300*) (*Text. 11*) al respecto.

Este testimonio, junto con otros que podríamos citar (Orosio, IV, 19, 1; Silo Itálico, *Pún. IV, 766*), no hacen más que redundar en una tradición literaria grecolatina de demonización de los fenicios orbitando entre la codicia púnica y la *fraus púnica*. Todo ello supone una bien elaborada estrategia de propaganda que escenifica el enfrentamiento entre distintas entidades étnicas por el control del Mediterráneo y, sobre todo, viene a legitimar y justificar la necesaria destrucción incondicional de Cartago.

Ante todo, resultaba necesario en la historiografía un esfuerzo profundo de reflexión teórica y metodológica para indagar en torno a las formas de intercambio que llevaron a cabo los fenicios occidentales en el Periodo Colonial (850-600 a. C.). Y ese análisis solo podía realizarse mediante el estudio sistemático de la propia estructura social que los fenicios instalan en Occidente con su colonización. Es decir, de la estructura social de esa nueva sociedad colonial, combinando para ello tanto las fuentes escritas como las fuentes arqueológicas.

En este sentido, el profesor López Castro plantea “*una hipótesis que defina y articulé dos formas de intercambio que parecen distinguirse en las relaciones económicas que mantenían los fenicios occidentales con las sociedades autóctonas, entre*

*sí y con otras sociedades coetáneas como la griega. Ambas formas de relación económica convivirían en el tiempo paralelamente y responderían a funciones, agentes e intereses distintos, por lo que en consecuencia han de tener manifestaciones diferentes en el registro arqueológico, mostrándonos una realidad compleja que es difícil reducir a categorías generalizadoras como las de intercambio de dones o puerto de comercio en sus acepciones más comúnmente usadas” (López Castro, 2000b, p. 125).*

Estas dos formas de intercambio, desarrolladas contemporáneamente, de las que nos habla este autor son el intercambio aristocrático y el comercio emporio, también llamado comercio *maqom*<sup>28</sup>. Estamos hablando de dos formas de intercambio que se insertan en lo que podemos denominar como comercio administrado. Es decir, es un comercio que está institucionalizado por el Estado y que se desarrolla bajo planteamientos extraeconómicos.

De manera que, estos intercambios no se rigen simplemente por el mero interés comercial, sino que se enmarcan en un complejo cuadro de relaciones políticas y sociales. Como ya anunciábamos, en el seno de la formación fenicia occidental estas dos formas de comercio son contemporáneas en el tiempo. Pero, también es cierto que al parecer el intercambio aristocrático es anterior en el tiempo y que el *maqom* surge y se extiende más tardíamente, terminando por restarlo importancia al intercambio aristocrático. Dicho esto, nos parece necesario tratar de definir brevemente ambos tipos de comercio.

En primer lugar, el intercambio aristocrático, se realiza entre las aristocracias fenicias occidentales y las aristocracias autóctonas en un sistema relacional de carácter político. Además, este intercambio entre poderosos no solo implica el cambio de mercancías y objetos, sino también de mano de obra de los dependientes que están a su cargo, así como el trasiego de personas de un asentamiento a otro para asegurar la continuidad biológica de la colonia, así como para que los artesanos fenicios circularan por los asentamientos autóctonos.

---

<sup>28</sup> Etimológicamente esta palabra se usaría en la zona de Cerdeña y en la zona norteafricana como “santuario” o “templo”. Pero, como un lugar de culto con un sentido de uso público del espacio para funciones como el intercambio de bienes (Garbini, 1992).

Así que, por un lado, tenemos a una nobleza fenicia, de posible origen tirio, relacionándose políticamente a través del comercio con la joven y emergente elite aristocrática autóctona. En el caso de esta aristocracia fenicia llegaría a las costas del Extremo Occidente acompañada de toda un séquito de sus dependientes, algunos libres y quizás otros no, que desarrollarían toda una serie de actividades económicas productivas, como la metalurgia, la artesanía, la orfebrería, etc.

Por supuesto, se trata de un conglomerado social que permite a las aristocracias reproducir su poder político y social, ya que son quienes ejercen la explotación del trabajo sobre sus dependientes (Ste. Croix, 1988) . Así que esta tipología comercial estaría restringida solo a esas elites y nadie más podría ejercerlo. En cuanto a los productos que se manejaban en estos intercambios primaba, desde los autóctonos, la plata y el oro, así como el plomo, el estaño y el cobre.

Mientras que, desde los fenicios, manufacturas de alta calidad que permitían exhibir y mantener la predominancia social. No se trataba en ningún caso de baratijas, sino que el valor de los productos intercambiados podría ser equivalente. Y, aun así, se trata de un intercambio desigual independientemente de la calidad y de la cantidad de los productos intercambiados. La clave de la desigualdad está en las diferencias de valor entre ambas sociedades, ya que para los fenicios primaba el valor de cambio y para los autóctonos el valor del uso (López Castro, 2000b).

En segundo lugar, el comercio *maqom*, se realiza entre individuos de condición libre, independientemente de su etnia o su posición social. Es un comercio tanto local, como regional como de larga distancia y se piensa que se realizaría en asentamientos coloniales al refugio de un templo de Melqart en lugares como *Gádir*, el Castillo de Doña Blanca o *Lixus*. En cuanto a los productos que circulaban en este tipo de comercio podemos presuponer que la variedad era muchísimo más amplia que en el tipo de intercambio aristocrático, de modo que permitiera a los fenicios comerciar tanto con autóctonos como con otras gentes del Mediterráneo para abastecerse.

Además, resultante interesante señalar que mediante la participación de las elites en el comercio *maqom* aquellos productos que habían sido fruto del intercambio aristocrático, como la plata, también entrarían en circulación para un conjunto social más

amplio<sup>29</sup>. En este caso la historiografía si lo considera un tipo de intercambio igualitario, puesto que *“este comercio maqom presupone el predominio del valor de cambio en ambos sentidos del proceso de intercambio, por lo que no regiría las relaciones de intercambio desigual”* (López Castro, 2000b, p. 128).

Pero, consideramos necesario plantear dos problemas importantes antes de finalizar nuestro discurso. En primer lugar, debemos tener en cuenta que se asume la secuenciación precolonial-colonial en la inmensa mayoría de la historiografía, tendencia derivada de la tradición previa de estudios sobre el mundo fenicio en el Extremo Occidente. Pero, desde nuestro punto de vista, esta secuenciación ha provocado que la historiografía encasille y encapsule mentalmente la secuencia que considera lógica mediante encarnizados debates cronológicos.

Costumbre ya tan arraigada en la historiografía española y que consideramos poco pragmática e improductiva, aunque por supuesto no carente de interés por los avances que nos va aportando. Olvidándonos así, en la mayoría de los casos, de que el proceso puede ser un compendio holístico de contactos diversos extendidos en el tiempo con carácter percolativo entre ellos. Y, en segundo lugar, los historiadores de la antigüedad deberíamos definir claramente y sin lugar a errores si precolonial y colonial implican comportamientos y dinámicas determinadas y, sobre todo, que criterios y modelos siguen estas.

Llegados a este punto de nuestra argumentación, y retomando de nuevo las ideas del profesor Alvar Ezquerro, debemos centrarnos en el bautizado como Modo de Contacto Sistemático Hegemónico (MCSH), como modelo teórico que recoge los fundamentos de la modalidad de contacto cultural que caracteriza al proceso de colonización fenicia del Extremo Occidente. En este sentido, y empleando sus propias palabras, pues es quien mejor lo define, en el MCSH observamos que *“entre sus características estarían el control directo o indirecto de la explotación de los recursos locales, la gestión de la exportación de los excedentes, la regulación de las formas de intercambio por parte de la comunidad que se desplaza y la consiguiente relación hegemónica con el entorno*

---

<sup>29</sup> Y, de hecho, se plantea que esa sería la forma en que podría llegar, por ejemplo, la plata tartésica a otras zonas del Mediterráneo como Cartago, tiro o, incluso, la propia Asiria.

*local*” (Alvar Ezquerro, 2008b). Y, todo ello, se produce en clave de sistematización regularizada dando lugar a una relación desigual entre colonizadores y colonizados, saliendo estos no tan beneficiados como se planteaba anteriormente desde perspectivas difusionistas.

Además, el MCnH y el MCSH, como modelos diferentes, tienen la capacidad de reproducirse en cualquier momento y lugar, incluso simultáneamente, ya que su carácter no depende de una cuestión cronológica, sino de los criterios con los que establecemos las distintas formas de contacto. Aunque, por supuesto, la arqueología nos demuestra que los establecimientos posteriores corresponden a un momento posterior, no olvidemos esta obviedad. Pero, en ese sentido, debemos analizar la naturaleza de la relación que se establecería entre visitantes (temporales o estables) y receptores, puesto que es ahí donde realmente está lo interesante desde nuestro punto de vista.

Por supuesto, se trata de un punto en la investigación al que es mucho más difícil llegar, pero, al menos, estamos en condiciones de inferir que, en ambos modelos, las relaciones serían de tipo desigual, con o sin hegemonía. En cualquier caso, la complejidad de las interrelaciones establecidas entre unos y otros dependerá, no exclusivamente, pero si principalmente en nuestra opinión, del grado de complejidad de cada una de las sociedades que entran en contacto.

Es precisamente en la etapa colonial, en sus dos fases cronológicas, tanto en el que denominamos Periodo Colonial Inicial (850-800 a. C.), como en el Periodo Colonial Arcaico (800-600 a. C.); donde podemos tratar de indagar más sobre estas relaciones, puesto que los propios asentamientos permanentes fenicios nos permiten a través de la arqueología inferir más informaciones. Además, podemos recurrir al tipo de interrelaciones coloniales que se han venido denominando como “comercio silencioso”. Un tipo de comercio que, normalmente, se atribuye más bien a momentos precoloniales. Pero que, en nuestra opinión, obedece tanto a dinámicas precoloniales como coloniales.

Y, de hecho, la mayoría de las fuentes escritas que tenemos al respecto nos dan la idea de que se realizaba en momentos que, por los asentamientos estables administrados, podemos considerar como plenamente coloniales. En esta línea, observemos el siguiente texto de Heródoto de Halicarnaso (484-425 a. C.) que nos resultará muy ilustrativo, en

concreto nos referimos al fragmento Heródoto (IV, 196, 1-3) (*Text.* 12). El texto nos habla de un tipo de comercio que, en el caso concreto que nos transmite, se llevó a cabo en las costas de África.

Pero, por supuesto, también debió realizarse en múltiples ocasiones en las costas de la Península Ibérica, tanto durante la precolonización como durante la colonización<sup>30</sup>. Pero, sobre todo, nos interesa destacar que Heródoto no habla de tirsenos, ni de sidonios, ni siquiera de fenicios; sino que habla claramente de cartagineses, aunque sin definir por desgracia a la sociedad receptora del contacto colonial. En cualquier caso, esta práctica comercial no puede ser entendida como una “fase preliminar” de contactos que, por fuerza, desembocaría en otros modos de contacto más estables y periódicos.

Este fragmento, si lo entendemos como un contacto producido en alguna costa africana de la zona de Libia entre, aproximadamente, los s. VII a. C. y V a.C., ejemplificaría que no estamos en el fenómeno colonial fenicio ante una secuencia ordenada de formas de interrelación, sino que las propias necesidades y condiciones de las relaciones entre distintas sociedades eran las que marcaban las distintas formas de comercio, y no al revés, independientemente del espacio y del momento.

Por otro lado, finalizando con el análisis y comentario del texto, cabe destacar que el procedimiento mercantil empleado nos induce a pensar que se trata de una relación social y económica desigual. Ya que las gentes semitas que llegan a esas costas son perfectamente conscientes del precio que están dispuestos a aceptar o no por sus mercancías, básicamente porque son claramente conocedores de los costes de su operación. Mientras que, la población autóctona, desconoce ese costo completamente y nunca llegarían a saber si el acuerdo fue o no económicamente satisfactorio para ellos. Y, a pesar de ello, el responsable del intercambio por parte de los autóctonos es evidente que

---

<sup>30</sup> En este sentido, debemos aclarar que la historiografía normalmente ha venido planteando este fragmento como reflejo del comercio precolonial básico. Como un primer tipo de contacto entre desconocidos que sigue unas normas universalmente comprendidas. Pero, por nuestra parte, reiteramos que este tipo de comercio debía efectuarse tanto en momentos precoloniales como en momentos plenamente coloniales. De hecho, por nuestra parte estamos convencidos de que esta noticia concreta que nos transmite el autor hace referencia a algún momento comprendido en el s. V a. C. Tanto por la fecha de redacción de la obra como por la utilización del término cartaginés. Posición también criticable pero que nosotros decidimos defender ante la evidencia filológica y nuestra concepción de las dinámicas comerciales de la formación social fenicia occidental.

desea los bienes manufacturados de Oriente para alzar y mantener el prestigio social que le mantiene en el poder.

## 2.4. El comercio en el Periodo Urbano/Púnico (600-241 a.C.) y el tráfico marítimo comercial

Los siglos que oscilan entre el VI a. C. y el III a. C. pueden ser considerados como unas centurias claves para el desarrollo histórico de la formación social fenicia occidental y, en general, para todo el fenómeno fenicio en el Extremo Occidente. A pesar de ello, aún en la actualidad se trata de un periodo mal estudiado con investigaciones fragmentarias y poco profundas para el conocimiento de esta etapa crucial. Y, no hablemos ya, de los escasos conocimientos que tenemos acerca del comercio en estos siglos fundamentales para el desarrollo del Extremo Occidente.

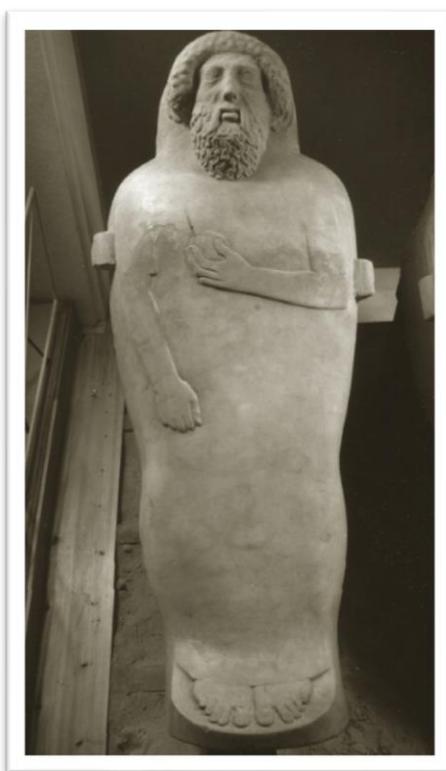
No obstante, nos resulta altamente paradójico que, en estos siglos, en los que se produce con efusividad la transformación urbana de esta sociedad, se constituyan algunas de las ciudades más antiguas de la Península Ibérica, como la del sitio arqueológico del Castillo de Doña Blanca (Ruiz Mata, 1992, 1993) en Cádiz. Y, aun así, haya resultado en la historiografía de las últimas décadas ser una parcela tan poco investigada, excepto por tempranos y aislados estudios (Sznycer, 1975; van Dommelen, 1997). ¿A qué se debe esta falta de intereses por parte de la historiografía?

Para comprender la respuesta a esta pregunta debemos tanto retrotraernos en el tiempo historiográficamente hablando como, sobre todo, realizar un somero análisis de las condiciones materiales que se encuentra el investigador que pretenda centrarse en este periodo. De esta forma, en primer lugar, descubriremos que la inmensa mayoría de asentamientos arqueológicos que consideramos plenamente ciudades fenicias occidentales para este periodo están ubicadas en lugares estratégicos que han sido reutilizados de forma ininterrumpida por diversas poblaciones humanas una y otra vez en el tiempo llegando su ocupación incluso hasta la actualidad.

Evidentemente, esto no solo supone las dificultades obvias para emprender campañas de investigación arqueológica en terrenos actualmente ocupados, sino que las transformaciones del terreno han provocado la pérdida de gran parte de los materiales. Paradigmáticos resultan algunos casos, como el del Cerro de Monte Cristo en la *Abdera*

fenicia donde gran parte del territorio donde se localiza el yacimiento fue aterrizado y reutilizado para labores agrícolas en los siglos modernos, destruyendo buena parte de las estructuras y de la estratigrafía a su paso (Fernández-Miranda, 1975; López Castro, *et al.*, 2013).

En segundo lugar, está el persistente problema de la escasez de fuentes escritas grecolatinas. Una problemática que se vuelve aún más acuciante si centramos nuestro foco en los fenicios occidentales, ya que si encontramos más referencias para la zona de Oriente para esta etapa. Y, en tercer lugar, existe una seria problemática anexa, y es la falta de publicación o, en su caso, publicación tardía en la historiografía de algunas intervenciones importantes, especialmente en algunas necrópolis fenicias.



*Fig. 7.* El sarcófago masculino de Cádiz.

Fuente: Almagro-Gorbea *et al.*, 2010, p. 35.

Esta conjunción de elementos en las últimas décadas hizo que la investigación en torno a las ciudades fenicias occidentales entre los VI y III a. C. se estancara evidentemente. De esta forma, se rellenaba el vacío para estos siglos centrando la atención en la norteafricana Cartago y en sus interacciones y su papel sobre el territorio de la Península Ibérica. Así, desde el primer tercio del s. XX hasta la actualidad muchos

autores/as desarrollaron sus teorías y modelos explicativos al respecto, como Schulten, García y Bellido, Tarradell, Blázquez, Aubet, Bendala, Tsirkin, etc. Mientras que, en resumidas cuentas, sin muchos esfuerzos teóricos y metodológicos se planteaba simplemente que las ciudades fenicias del periodo colonial arcaico se mantendrían en esta etapa por inercia conservando o desarrollando, según los casos, la forma sociopolítica de ciudades-estado (Schubart, 1986).

En cualquier caso, nuevos proyectos y nuevas investigaciones arqueológicas desarrolladas hacia finales del s. XX y principios del s. XXI en los sitios de *Suel*, *Malaka*, *Baria*, *Carteia* y *Abdera* comenzaron a poner de manifiesto seriamente el profundo carácter urbano de los núcleos fenicios de esta etapa. Todo ello no solo nos incita a continuar indagando arqueológicamente por las grandes posibilidades del registro arqueológico, sino que, sobre todo, nos invita a desarrollar nuevos modelos explicativos e hipótesis contundentes.



Fig. 8. Las ciudades fenicias occidentales en el Periodo Urbano.

Fuente: López Castro, 2006, p. 56.

Por nuestra parte, consideramos que resulta necesario aplicar en la historiografía una perspectiva diacrónica y sincrónica para tratar de esclarecer las causas y el proceso por el cual unos núcleos, *a priori* interpretados como coloniales de escasa entidad y sin intenciones urbanísticas, terminan convirtiéndose en auténticas ciudades-estado de gran relevancia en el territorio sociopolítico y económico peninsular<sup>31</sup>.

La mayoría de asentamientos de tipo colonial heredados de periodos anteriores, ya remontemos su cronología fundacional al s. IX, al s. VIII o al s. VII a. C., realizaron su transformación urbana hacia el s. VI en un complejo proceso que nos es bien desconocido por desgracia aún en la actualidad, a la vez que tampoco tenemos claras las causas y el proceso mediante el cual simultáneamente a ese proceso de urbanización comienzan a abandonarse otros pequeños enclaves fenicios de los momentos coloniales.

Para la comprensión historiográfica del s. VI a. C. debemos regresar a aquella alargada sombra del hispanista alemán a la que hacíamos referencia en páginas anteriores (Schulten, 1945). En el fondo este autor no solo generó toda una serie de mitos difusionistas, positivistas y normativistas en torno a los fenicios manteniendo su carga peyorativa, sino que también desarrolló una ruptura entre los momentos coloniales y el s. VI a. C. por la supuesta irrupción del elemento púnico.

Es decir, en su interpretación, tan seguida a la postre, era Cartago quien a partir del s. VI a. C. tomaba el protagonismo de la historia fenicia en el Extremo Occidente provocando esa ruptura respecto al momento colonial con una teórica conquista territorial temprana de la Península Ibérica mucho antes de los bárcidas. Tomando estas ideas como base, en conjunción con el momento de desconexión de las colonias con la metrópolis tiria<sup>32</sup>, la historiografía posterior desarrollaría la idea de la crisis del s. VI para las ciudades fenicia peninsulares (Frankestein, 1979).

---

<sup>31</sup> Ciertamente, parece que el sitio de Castillo de Doña Blanca surge desde el principio con intenciones urbanas, aunque no estamos aún en condiciones de poder afirmar la misma circunstancia para el resto de colonias conocidas en el sur de la Península Ibérica (López Castro, 2003)

<sup>32</sup> La ciudad fenicia de Tiro caería en manos neobabilónicas tras una conquista militar sucedida probablemente durante el reinado de Itobaal III de Tiro. Es decir, entre los años 590 y 570 a. C. En cualquier caso, es la fecha del s. VI a. C. la que marca la desconexión de las colonias fenicias mediterráneas respecto a la metrópolis tiriense como regidora del proceso de colonización desde el inicio de este. Esta circunstancia ha sido aprovechada por la historiografía para no aceptar la posible autonomía de las ciudades de la formación social fenicia occidental en la Península

De esta forma, aquello que llamábamos fenicio paso a llamarse erróneamente púnico y, por tanto, aquellas antiguas colonias ya con entidad de ciudad-estado de la formación social fenicia occidental en el s. VI a. C. comenzaron a ser denominadas ciudades púnicas. En base a la idea de la crisis del s. VI a. C. se planteó que su continuidad en el tiempo y en el espacio vendría dada por una hipotética repoblación cartaginesa, como planteó García y Bellido para el caso de *Iboshim* en base al texto de Diodoro Sículo (s. I a. C.) (V, 16) (*Text.* 13) sobre la descripción de Ibiza.

Lo primero que llama nuestra atención es el topónimo empleado por Diodoro, “*Éresos*”. Efectivamente, se refiere a *Iboshim*, *Ebuso*, *Ebusus*, o como queramos referirnos a ella<sup>33</sup>. Aparte de la problemática toponímica, preferimos centrarnos en la teórica fundación de esta colonia en el Extremo Occidente por parte de los cartagineses. En este sentido, se ha debatido ampliamente sobre la fecha fundacional y sobre la autoría de esta en torno a la ciudad isleña. Por nuestra parte, preferimos continuar la interpretación de que se trata de una fundación fenicia propiamente dicha, y no cartaginesa. Puesto que su fundación podemos datarla en torno al año 654 a. C., es decir, unos ciento sesenta tras la de Cartago.

Con lo cual, cronológicamente podría ser plausible que fuese una fundación cartaginesa. Pero, tenemos evidencias arqueológicas que apuntan a que *Iboshim* no entraría directamente en contacto con la esfera cartaginesa hasta bien entrado el s. VI (Barceló, 1985). Por tanto, por nuestra parte concluimos que este fragmento no puede avalar la tesis de un supuesto imperialismo territorial cartaginés temprano en la Península Ibérica. Ni, mucho menos, de una tutela cartaginesa de las ciudades de la formación social fenicia occidental.

---

Ibérica. Ya que se asume la idea de que la caída de la gran Tiro supondría el revelo en la administración de la empresa colonial por parte de Cartago como nueva y emergente potencia del Mediterráneo Central y Occidental.

<sup>33</sup> En este sentido, las tradiciones historiográficas clásicas difieren en algunos aspectos al referirse a esta fundación fenicia. Así, por ejemplo, Diodoro utiliza el término *Éresos*, Estrabón usa *Ébousos*, mientras que otras fuentes hablan de *Bousos*. En este sentido, normalmente se había atribuido a error del de Sicilia y se había planteado como solución correcta el término *Ébesos*. Pero, Lipinski, a través de un estudio epigráfico en la Cueva d’Es Cuieram, planteó que el término de Diodoro podría ser correcto en función de un supuesto fundador de la ciudad llamado *Eresh*, quien figura epigráficamente como el constructor de la ciudad (Lipinski, 1983).

En cuanto a las evidencias arqueológicas para sustentar la teórica crisis del s. VI se había apuntado a la desaparición en estos momentos de fastuosas tumbas de cámara, a la escasez de la cerámica *fine ware* fenicia de barniz rojo, así como al abandono de algunos centros, como Cerro del Villar o Toscanos. En opinión del profesor López Castro lo que realmente sucedió en la historiografía es que “*en la definición al uso de la crisis se confunden las causas con los efectos, olvidando que hay profundos fenómenos socioeconómicos en el seno de las sociedades detrás de los cambios observables en el registro arqueológico, no siempre atribuibles a causas externas como invasiones, migraciones o conquistas, de las que abusaba la arqueología histórico-cultural y en particular su versión española*” (López Castro, 2003, p. 72).

De esta forma, nos postulamos por abogar la idea de la transformación interna de la formación social fenicia occidental y la continuidad de sus ciudades en el Extremo Occidente, en lugar de hablar de un momento de crisis como un paradigma que debemos eliminar de la historiografía actual. Como argumento para ello, debemos destacar que no existe ninguna evidencia clara y de peso en las fuentes grecolatinas para deducir que la caída de Tiro en manos extranjeras supusiera algún cambio profundo en las dinámicas de los fenicios occidentales.

Mientras que, en cuanto a las fuentes materiales, ya habíamos puesto de manifiesto anteriormente como el caso de *Iboshim* no puede ponerse como ejemplo de fundación cartaginesa; así como tampoco puede hacerse con *Baria*, la cual había sido interpretada como “ciudad púnica”. Ya que su registro arqueológico nos muestra evidentes paralelismos con otras fundaciones del sur peninsular datadas en el s. VIII a. C. (López Castro, 2007; López Castro *et al.*, 2011; López Castro *et al.*, 2010).

Entonces, resultaba necesario en la historiografía plantear una alternativa lógica a esta supuesta crisis, la cual estamos convencidos de que no sucedió pues no hay argumentos que la avalen y, de hecho, ni se han explicado bien sus causas y desarrollo. Por tanto, desde un sector importante de la historiografía (Arteaga, 1987; López Castro *et al.*, 2010; Schubart, 2002) se propuso la existencia de un proceso de reestructuración sociopolítica y económica de la formación social fenicia occidental. Un proceso que tiene el grueso de su desarrollo en el s. VII a. C. y que será en el s. VI a. C. cuándo realmente

se manifiesta en el registro arqueológico de forma plena dándonos cuenta de nuevas realidades para las ciudades mencionadas paginas atrás.

Así, planteamos a la sociedad fenicia occidental como una sociedad dinámica que experimento cambios y transformaciones a lo largo de los siglos. En esta línea, cabe destacar que se producen dos procesos fundamentales entre las postrimerías del s. VIII y la primera mitad del VII a. C. Y es que, por un lado, se expande el fenómeno colonial desde las propias colonias del Extremo Occidente y, por otro lado, se desarrolla toda una red de intercambios en el Mediterráneo Occidental.

Unido a esto, las ciudades fenicias de la Península Ibérica durante el s. VI a. C. desarrollaron una agricultura en el territorio, posiblemente del tipo de pequeñas explotaciones intensivas. En este sentido en cuanto a las actividades agrícolas, no sabemos cuál sería el régimen de pertenencia de la tierra en la actualidad, quizás fuesen pequeñas propiedades de individuos libres o quizás eran grandes propiedades parceladas trabajadas por dependientes de los propietarios.

Ciertamente, el paradigma comercial que había inundado durante décadas la investigación sobre el mundo fenicio no había permitido que se avanzase en otras direcciones. Recientemente hemos descubierto la importancia que tuvieron las actividades productivas agrícolas para los fenicios, especialmente a partir del s. VI a. C. con el fenómeno de la urbanización de las ciudades-estado fenicias. De esta forma, si en el Periodo Colonial los fenicios situaban sus asentamientos en territorios pequeños, en el Periodo Urbano estos territorios se amplían y se toman nuevos.

Para rescatar la importancia del componente agrario de las ciudades-estado fenicias en el Extremo Occidente baste recordar que los fenicios se referían al territorio ocupado por sus ciudades como *'rs* o *'rst*, es decir, “la tierra” o “las tierras”. Mientras que “los confines”, eran llamados *gbl*. Así mismo, también debieron experimentar con diversos tipos de asentamiento como *mqm* (“lugar”), *mgdl* (“torre natural”) y *magar* (“villa”) (Lipiński, 1994). Por tanto, el territorio y las actividades agrícolas desarrolladas en el mismo tuvieron una importancia fundamental en estas ciudades. Entre los tipos de asentamientos, siguiendo al profesor López Castro, podríamos hablar de núcleos menores

de población, villas agrícolas, y de granjas o lugares de producción primaria (López Castro, 2008).

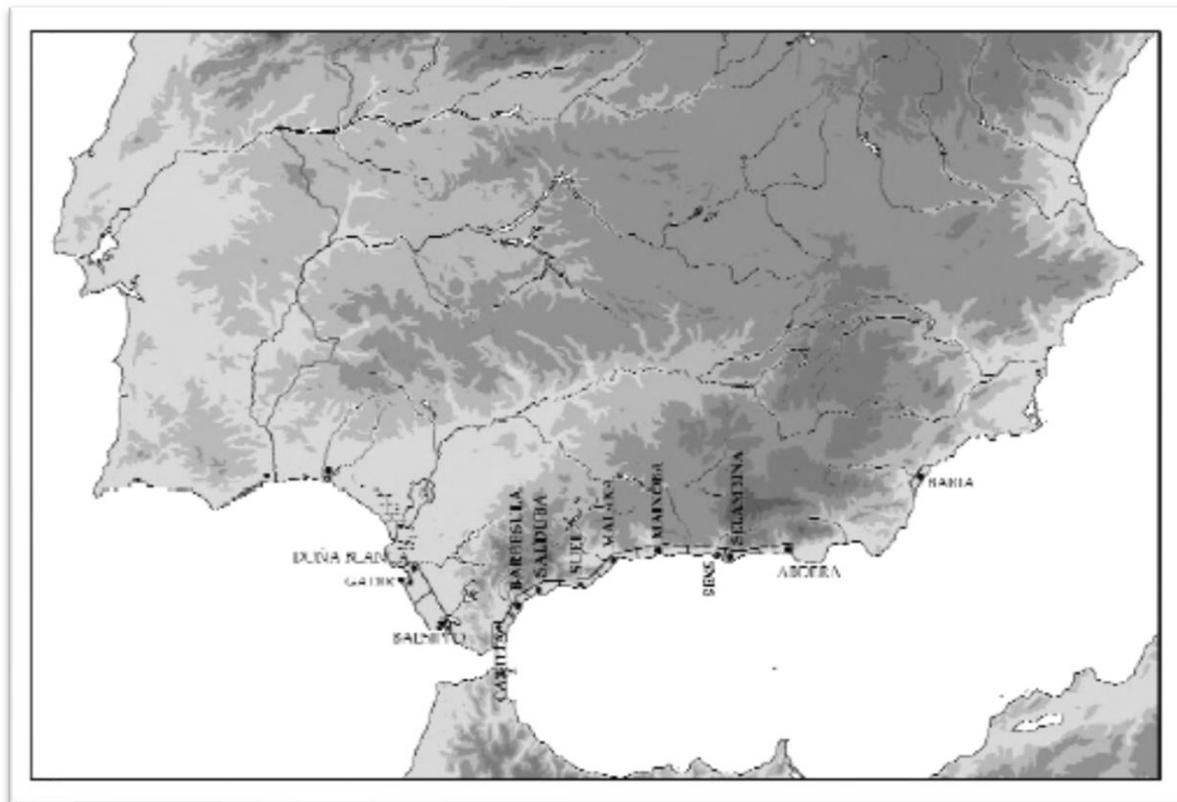


Fig. 9. Asentamientos rurales en el sur de la Península Ibérica.

Fuente: López Castro, 2008, p. 88.

Por otro lado, debemos tener en cuenta un proceso muy importante para la Historia Antigua del Sur de la Península Ibérica. Hacia finales del s. VII a. C. y principios del s. VI a. C. nos encontramos con la formación de los estados ibéricos. Esto supondría el fin de los intercambios de tipo desigual de siglos anteriores entre fenicios y autóctonos. Y, sobre todo, el establecimiento de un nuevo marco de relaciones sociopolíticas entre las ciudades fenicias occidentales y los nuevos estados iberos. En este sentido, tenemos constancia de que en algunos momentos estas relaciones pudieron tornarse conflictivas. Cabe rescatar aquí un fragmento de Justino del s. III (XLIV, 5, 1-4) (*Text.* 14) y otro de Macrobio del s. IV (*Sat.* I, 20, 12) (*Text.* 15) que nos hablan de un episodio de claro conflicto contra la ciudad de *Gádir*:

Dejando a un margen el debate historiográfico en torno al posible imperialismo de Cartago inferido en estos pasajes, del que nos ocuparemos más adelante; nos gustaría destacar que son el fiel reflejo de un momento de relaciones convulsas entre fenicios y autóctonos. Posiblemente, podríamos datar estos fragmentos en algún momento entre los siglos VI y IV a. C. (López Castro, 2003).

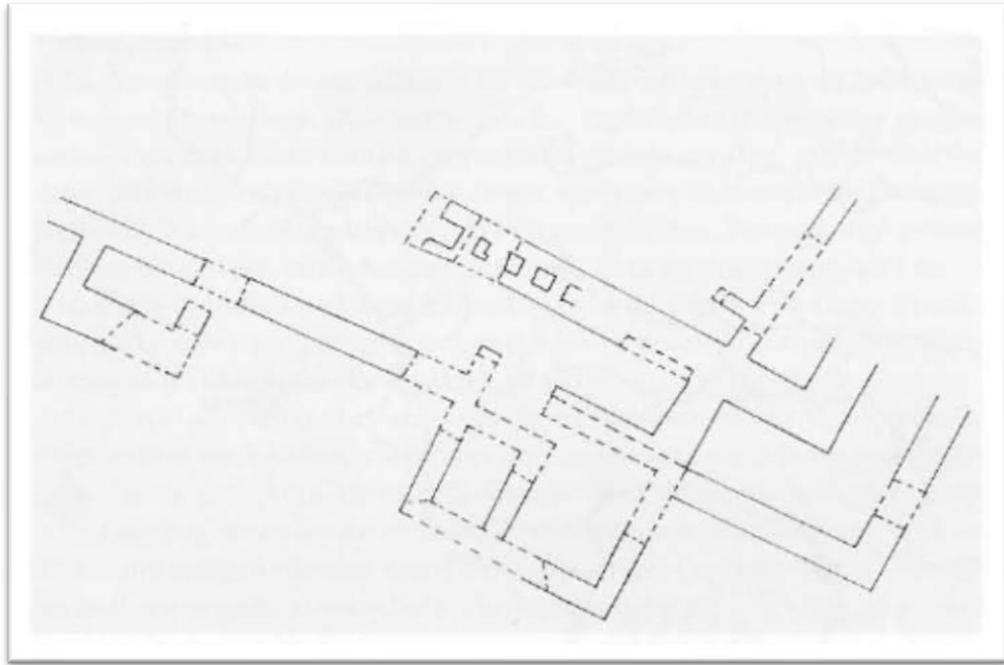
De esta forma, la defensa colectiva de la ciudad es la forma que encontraron los fenicios occidentales de defenderse ante una nueva y conflictiva situación política en el sur peninsular. Independiente de si realmente hubo una ayuda externa o no por parte de la flota cartaginesa, esta situación conflictiva para el siglo VI a. C. queda confirmada por el registro arqueológico, con la aparición de un mayor número de armas que en etapas anteriores que nos induce a pensar en nuevas estrategias defensivas de las colonias<sup>34</sup>.

No obstante, el gran argumento para hablar de momentos conflictivos es que en el registro arqueológico se detecta la construcción de murallas en estos momentos en torno a las ciudades fenicias. Estas construcciones de murallas y defensas están documentadas entre finales del s. VII y los inicios del s. VI a. C., como sucede en Toscanos o en Cerro del Alarcón. Otra importante ciudad fenicia que se amuralla en el s. VI a. C. será *Malaka*, con una importante muralla localizada en el Convento de San Agustín y en el sitio del Palacio de Buenavista.

Se trata de dos potentes y extensos recintos amurallados superpuestos del tipo muralla de casamatas (Recio Ruiz, 1990). En este sentido, cabe destacar que el primero de los recintos corresponde a los inicios del s. VI y sería abandonada hacía el tercer cuarto de siglo. Mientras que, también en el s. VI a. C. se levanta el segundo perímetro de muralla que tendría continuidad en el tiempo hasta el s. III a. C. acompañada de torres y bastiones realizados en mampostería. Por tanto, en ambos casos se trata de técnicas arquitectónicas típicas de los fenicios occidentales.

---

<sup>34</sup> Nos gustaría aportar un ejemplo en este sentido. En siglos precedentes resulta extrañísimo hallar en las grandes tumbas de carácter aristocrático elementos defensivos, como armas, puñales, etc. Formando parte de los ajueres funerarios. Pero, en algunas de las tumbas de mayor antigüedad de la necrópolis bariense (Villaricos-Almería) se hallaron cuchillos en forma de falcata realizados en hierro (Astruc, 1951).



*Fig. 10. La muralla de Malaka.*

Fuente: López Castro, 2003, p. 97.

Sin duda, la unión de ciudadanos libres fenicios para la defensa conjunta de la ciudad y llevar a cabo la gran obra del levantamiento de unas defensas amuralladas implica la existencia de una serie de conceptos cívicos y urbanos comunes. En este sentido, como señala el profesor López Castro *“la muralla es el reflejo de la organización colectiva de quienes tienen el deber de defender a su ciudad, como precondition del ejercicio de una serie de derechos inherentes a la integración de los individuos en la comunidad y a la regulación jurídica de unas relaciones sociales de desigualdad”* (López Castro, 2003, p. 101).

De forma paralela a la construcción de estas defensas en las ciudades de la formación social fenicia occidental en la Península Ibérica nos encontramos con otro proceso sumamente interesante. Se trata del desarrollo de grandes necrópolis en el s. VI a. C., como sucede en los casos de *Malaka, Sexs, Baria, Iboshim* y *Gádir*. En todos los casos nos encontramos en el registro arqueológico de extensas necrópolis compuestas por hasta millares de tumbas que se mantienen en uso hasta la etapa romana.

Pero sucede un fenómeno curioso, y es que a la vez que se multiplica el número de enterramientos exponencialmente estos ya no son tan suntuarios, ni sus ajuares tan

ricos ni se vuelven a realizar tumbas de cámara en el s. VI. Así como también, el ritual cambia de la incineración a la inhumación. En este sentido, la explicación bien podría estar en la propia ampliación de la base social de las ciudades fenicias de Occidente y en las posibles limitaciones impuestas a las elites en relación con ostentar sus bienes en el más allá.

Debemos tener en cuenta que en la Antigüedad es algo mucho más trascendental que un simple núcleo poblacional habitado con características urbanas. Sino que una ciudad es una comunidad ciudadana que une a sus miembros mediante un ordenamiento jurídico que concede una serie de derechos y establece una forma gubernamental. El gran problema para el estudio de los aspectos institucionales de las ciudades de la formación social fenicia occidental para los s. VI a. III a. C. es que apenas contamos con fuentes que nos proporcionen informaciones al respecto. En este sentido, estamos abierto a la teorización en base a dos presupuestos.

Primero, podemos tomar fuentes romanas más tardías asumiendo que la ciudad-estado fenicia tuvo su evolución en el tiempo pero que, en esencia, muchos rasgos institucionales se mantendrían. Y, segundo, debemos tener en cuenta que esas fuentes romanas tardías a las que hacemos referencia en la mayoría de los casos sobre estos aspectos solo hablan de *Gádir* y, por tanto, transportar también a otras ciudades fenicias esas informaciones escasas es una teorización bastante arriesgada.

En definitiva, nos encontramos en la historiografía grandes lagunas en la investigación en torno al desarrollo histórico de la formación social fenicia occidental entre los s. VI y III a. C. Al contrario de la crisis del s. VI a. C. que planteaba la historiografía décadas atrás, seguida del supuesto inicio del dominio cartaginés sobre estas ciudades; nosotros preferimos seguir la vertiente historiográfica que plantea una serie de transformaciones internas fruto de la propia evolución de esta sociedad desde el periodo colonial. Por tanto, nos referimos a un largo proceso en que encontramos una mezcla de factores internos y externos para hacia el 600 a. C. los núcleos fenicios se constituyan plenamente como auténticas ciudades-estado en la Península Ibérica. A pesar de ello, continúa siendo un periodo muy desconocido por los motivos ya expuestos líneas arriba y debemos continuar avanzando a través de la investigación histórica y arqueológica.

### 3. CAPÍTULO III. El comercio fenicio occidental entre los ss. VI y III a.C.

Una vez esbozada la dinámica histórica que se desarrolla en las ciudades-estado del sur de la Península Ibérica constituidas por la formación social fenicia occidental es el momento de que nos centremos en las formas comerciales que estas desarrollaron durante los siglos VI al III a. C. En cualquier caso, antes de iniciar este recorrido, debemos destacar que los datos y las informaciones con las que contamos al respecto en la actualidad son escasos. Debido, en parte, a un gran vacío en la investigación, tanto a nivel arqueológico como a nivel de propuestas de modelos teóricos e hipótesis. Por tanto, se trata desde nuestro punto de vista de un auténtico campo de trabajo por explorar. Objetivo que pretendemos venir a cumplir con nuestra futura tesis doctoral.

De esta forma, dividiremos este último capítulo de nuestro Trabajo Fin de Máster en cuatro apartados bien delimitados que vienen a complementar los objetivos que nos planteábamos al inicio del presente manuscrito. De esta forma, en primer lugar, nos centraremos en los conocimientos que poseemos en la actualidad acerca del comercio y las actividades mercantiles que desarrollaron los fenicios occidentales a partir del s. VI a. C. Continuaremos, en segundo lugar, con un elemento que consideramos crucial y que ha provocado mucha controversia en la historiografía en las últimas décadas, las relaciones comerciales de los fenicios occidentales con los griegos que, en el fondo, quedan marcadas por la propia situación geopolítica del Mediterráneo en estos momentos.

Acto seguido, en tercer lugar, nos ocuparemos del elemento cartaginés como el otro gran foco de origen fenicio en el Extremo Occidente. Sería absurdo por nuestra parte obviar las actividades comerciales de esta emergente potencia y su posible interrelación económica y productiva con el Sur de la Península Ibérica. Así, en cuarto lugar, nos sumergiremos en el rastreo y análisis de los materiales arqueológicos anfóricos como metodología para detectar las posibles redes comerciales de esta etapa crucial de la Historia del Mediterráneo Occidental. Y, por último, finalizaremos estas líneas con unas breves conclusiones sobre todo lo expuesto en el desarrollo del presente Trabajo Fin de Máster.

### 3.1. El comercio de las ciudades fenicias occidentales

Consideramos que no cabe duda de que el establecimiento de las ciudades-estado fenicias estaría acompañado de diversas actividades productivas y económicas, como es el caso del comercio. Además, en este sentido, detectamos una extensión en las redes de intercambio que, a su vez, redundaría en el desarrollo de otras actividades artesanales para la elaboración de productos que circularan en los circuitos comerciales, acompañados de la púrpura, tejidos, productos agrícolas, marfil y salazones.

Es decir, desde finales del s. VII y principios del s. VI a. C. el desarrollo del urbanismo de la formación social fenicia occidental trae aparejado una sinergia retroalimentativa entre las actividades productivas y las actividades comerciales. Intensificándose así el establecimiento de relaciones de intercambio con los autóctonos y con otros comerciantes del Mediterráneo. De esta forma, continúa desarrollándose el denominado comercio *maqom*, el cual ya definimos anteriormente. Un tipo de comercio que posibilita la circulación de productos tanto entre fenicios como con otras gentes del Mediterráneo. A la vez que permite que los productos de lujo del cada vez menos en uso comercio aristocrático se democratizan y entren en estos circuitos. Y, todo ello, realizado siempre bajo la protección y legitimización sagrada del templo.

Podemos tratar de inferir como se desarrollaba el comercio en el s. VI a. C. y cuáles fueron los circuitos comerciales empleados, especialmente mediante el registro anfórico. De esta forma, podemos observar un contacto comercial constante entre las ciudades-estado fenicias situadas en la Península Ibérica y aquellas situadas en zonas del Mediterráneo Central. Por tanto, el Extremo Occidente y el Mediterráneo Central quedaban conectados por el comercio fenicio en esta cronología.

Nos interesa destacar el papel de los templos en este siglo. Ya que si en momentos anteriores los templos fenicios en el Extremo Occidente fueron aquellos grandes protectores de las actividades productivas comerciales y artesanales a partir del s. VI a. C. asistimos a nuevas dinámicas. Puesto que con el desarrollo urbano y ciudadano de las ciudades-estado fenicias estos mantendrían su carácter comercial y, a la vez, asumirían un nuevo papel como cohesionadores de esa sociedad ciudadana con la aparición de

posibles cultos urbanos. En ese sentido, desde la arqueología, la epigrafía y la numismática podemos decir casi sin lugar a duda que en el s. VI a. C. en *Gádir*, *Lixus*, *Sexs* y *Abdera* hubo templos de Melqart; además de templos de Astarté en *Gádir*, *Sexs* y *Baria*; mientras que en *Malaka* habría un templo de Reshef-Melqart y otro de Samash; por último, se documentó un templo, sin saber a qué divinidad se consagraría, en *Iboshim*.

Así, encontramos en Extremo occidente como los hallazgos de ánforas etruscas, griegas y cartaginesas se elevan respecto a momentos anteriores. También, aumentan las importaciones de la cerámica fina griega y la etrusca desde comienzos del s. VI a. C. (Docter, 1994). De esta forma, teniendo en cuenta la caída de Tiro, de forma progresiva las nuevas redes comerciales que se establecen en este periodo desplazan a las establecidas con los puertos orientales. De modo que, el comercio fenicio pivota en esta cronología de un extremo a otro del Mediterráneo. Esto lo podemos inferir mediante las ánforas del tipo Sagona, que son cada vez más escasas. Aunque, cierto es, que tampoco nunca fueron muy abundantes en la Península Ibérica (Ramon Torres, 1995). Ante estas evidencias de un incremento en las relaciones comerciales a inicios del s. VI a. C. podemos argüir que también presenciaríamos un incremento de la propia socialización del comercio. Es decir, cada vez más gentes participarían de esta actividad, ya fuese como distribuidores o como receptores de mercancías<sup>35</sup>.

Si nos centramos en el caso de *Gádir* desde una visión diacrónica y sincrónica podemos comprobar en la historiografía como ya Tarradell, de forma preclara, detecto la singularidad de las ciudades fenicias de este periodo (Tarradell, 1969), especialmente la personalidad de *Gádir*. Comenzándose así a desarrollar una hipótesis sobre una unidad socioeconómica y cultural de la formación social fenicia occidental, que sería muy distinta a la propia cartaginesa. De esta forma, a partir del s. VI a. C. podríamos hablar de dos claras zonas de influencia semita en el Extremo Occidente: *Gádir* y Cartago. En la actualidad esta visión ha sido muy matizada, pero manteniendo la esencia de esa

---

<sup>35</sup> En este sentido, contamos con evidencias arqueológicas para avalar esta idea. En el Cerro del Villar se detectó una zona del tipo *tabernae* que ha sido interpretada como un punto de venta de comerciantes especializados (Florido Esteban, García Alfonso, Navarrete Pendón, Ruiz Nieto, & Sabastro Román, 2012). Así mismo, en ese contexto arqueológico aparecieron ponderales fenicios que nos hacen pensar que habría flujo de pequeñas transacciones, quizás cotidianas. Por tanto, estamos hablando de una actividad productiva especializada con un grado interesante de división del trabajo (Aubet Semmler, 2002a).

personalidad fenicia gaditana. Bajo esta visión, en torno a *Gádir* en la zona del llamado Círculo del Estrecho se conforma una liga de ciudades-estado fenicias (Niveau de Villedary y Mariñas, 2001a).

En este contexto, es donde a inicios del s. VI a. C. las ciudades fenicias de la Península tienen como punto culminante su reestructuración política y económica orientándose hacia la explotación agrícola y ganadera para su industrialización y exportación. De forma que, si el glorioso puerto de la *Gádir* fenicia hasta entonces se ocupaba del tráfico de los metales, desde entonces el gran producto serían las salazones de pescado, junto con la triada mediterránea: aceite, trigo y vino. Así, lo más probable es que durante el s. VI a. C. *Gádir* y Cartago no estuvieran directamente vinculadas comercialmente, sino que los intereses comerciales de Cartago se encontrarían en el Mediterráneo Central, concretamente Cerdeña y Sicilia en pugna contra los griegos.

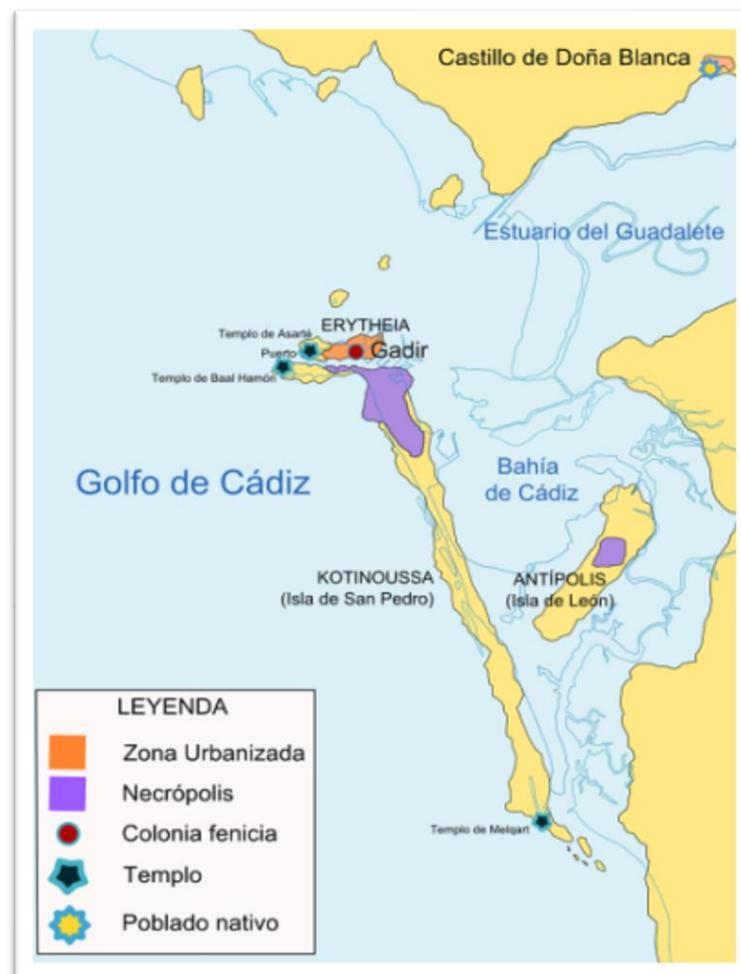


Fig. 11. La *Gádir* fenicia en el Periodo Urbano.

Puesto que la reestructuración política y económica que experimentan por factores internos las ciudades-estados del Sur de la Península Ibérica hacia finales del s. VII a. C. y principios del s. VI a. C. hace que su base económica se sustente directamente sobre las actividades agropecuarias con una transformación industrial con la intención de comercializar estos productos de forma intensiva fue necesario olvidar los mercados orientales, que solo querían plata principalmente, y se produce un giro hacia los mercados del Mediterráneo Central y de Grecia.

En resumen, interpretativamente desde nuestro punto de vista se trata de una coherente adaptación de las estrategias políticas y económicas del mundo fenicia del Extremo Occidente para adaptarse a la nueva realidad mediterránea que alumbra el s. VI a. C. que deja atrás las formas de interrelación económicas de la etapa arcaica.

En este sentido, muchos autores han planteado que para *Gádir* la actividad estrella sería la pesquera. Pero no se trataría ya de una actividad productiva artesanal, sino de una auténtica industrialización a gran escala partiendo de la base de las pequeñas propiedades para producir salazones de pescado con la intención de comercializarlos en el Mediterráneo (López Castro, Martínez Hahn Müller, Alcaraz Hernández, Santos Payán, & Moya Cobos, 2007; Molina Fajardo, 2006). Nos gustaría recurrir a las fuentes para poder ejemplificar y analizar más a fondo esta cuestión de fundamental calado. Y, para ello, recurrimos a un fragmento del Pseudo Aristóteles (*Mir.* 136) (*Text.* 16).

Se plantea en este fragmento, siguiendo a Timeo, que el auténtico control de la pesca y, por tanto, de la producción y exportación de las famosísimas salazones de pescado fenicia sería una actividad cartaginesa. Pero, no podemos confiar en las informaciones que nos transmite esta fuente en este sentido frente a las evidencias del registro arqueológico.

Puesto que, en la propia *Gádir*, desde el s. VI a. C. observamos una intensa actividad productiva salazonera que tiene continuidad en el tiempo hasta los tiempos de la República de Roma. Si esa actividad hubiese dependido de Cartago se habría colapsado el comercio de salazones por los enfrentamientos entre esta y Roma.

Y, sin embargo, tras la conquista romana de la Península y la destrucción de Cartago las dinámicas de la producción y de la comercialización de salazones continuaron. Con lo cual, nos induce a pensar que uno de los grandes centros de esta actividad productiva desde el s. VI a. C. hasta momentos muy tardías fue *Gádir*. En este sentido, sería interesante saber cómo se articulaba esa producción a gran escala. Se ha teorizado con que la base debían ser pequeñas explotaciones de carácter familiar, pero quienes serían los intermediarios y quien comercializase el producto hacía al atlántico serían las elites locales.

En esta línea, si avanzamos en el tiempo en el s. V a. C. podemos observar cómo se articula un eje comercial que uniría Ampurias con *Gádir*, entrando así la ciudad fenicia en los grandes círculos comerciales panmediterráneos. Un siglo más tarde, en el s. IV a. C., nos encontramos disparidad de opiniones. Por un lado, se ha planteado que Cartago comienza a ejercer su hegemonía económica sobre la Península Ibérica (López Castro, 1994), mientras que otros autores abogan que *Gádir* mantenía la total autonomía en sus acciones comerciales (Millán León, 1998).

Por último, si nos situamos en el s. IV a. C., en cuanto al controvertido debate sobre las cerámicas griegas y su posible relación con la influencia cartaginesa y la pérdida de autonomía por parte de las ciudades-estado de la formación social fenicia occidental, se puede plantear que *“el periodo comprendido entre la llegada de las últimas cerámicas griegas y las primeras importaciones campanienses, se cubre mediante producciones locales, pero este no es un fenómeno exclusivo a la zona de más allá del estrecho, sino extensible al resto del Mediterráneo, puesta durante la mayor parte del s. III los talleres cerámicos de Ischia no están aún en disposición de producir y comercializar un volumen de producción semejante al de Atenas en los siglos anteriores”* (Niveau de Villedary y Mariñas, 2001b, pp. 326-327).



*Fig. 12.* Factoría de salazones gadirita.

El siglo III a. C. supone un siglo de especial importancia por la irrupción de las formas monetales, en sustitución de las anteriores formas de intercambio premonetal<sup>36</sup>. En esta línea, el estudio de la metrología, la iconografía y la circulación numismática puede ayudarnos mucho a delimitar la realidad geoeconómica de las ciudades-estado de la formación social fenicia occidental hacia finales del Periodo Urbano. Volviendo al caso de *Gádir*, sabemos que sería en los albores del s. III a. C. cuándo surge el uso de la moneda gadirita en relación con sus propias dinámicas comerciales y productivas.

En cuanto a la iconografía de estas monedas destacan los motivos marítimos sobremanera, especialmente en forma de delfines y atunes que se asocian a la divinidad de Melqart (Ripollès i Alegre & Abascal Palazón, 2000). Esto, posiblemente, podría indicar la propia partición del templo gaditano de Melqart en la empresa productiva y comercial en torno a las salazones. Y, como mínimo, nos indica la protección que sigue ofreciendo a estas actividades en el s. III a. C. En cuanto a la metrología, las primeras emisiones de *Gádir* toman como patrón las dracmas de Ampurias en 4,70 gramos. Resulta

---

<sup>36</sup> Para un estudio en profundidad de la cuestión nos remitimos a: (Parise, 2003).

interesante porque, quizás, la opción más lógica para estos semitas habría sido la de tomar el shekel cartaginés como patrón. Pero, no resulta así evidenciando una vez la independencia de las ciudades-estado fenicias del Sur de la Península Ibérica respecto a Cartago.



Fig. 13. Acuñaciones de Gadir: “1. Mitad de la serie I.1.1. (MAN); 2. Cuarto de la serie I.2. (MAN); 3. Octavo de la serie I.3.2.3. (MAN); 4. Unidad de la serie II.A.1. (MAN); 5. Divisor de la serie II.A.2. (denarios.org); 6. Divisor de la serie II.A.3. (MC); 7. Unidad de la serie III.1. (MAN); 8. Mitad de la serie III.2. (MC); 9. Cuarto de la serie III.3.2. (www.coinarchives.com); 10. Octavo de la serie III.4.1.4. (MH BNF 191); 11. Mitad de la serie V.1.2. (SNG MAN 95); 12. Cuarto de la serie IV.2.1. (SNG JM); 13. Octavo de la serie V.3.2.2. (SNG MAN 167); 14. Mitad de la serie V.1.1. (SNG MAN 168); 15. Cuarto de la serie V.2.1. (SNG MAN 286); 16. Octavo de la serie V.3.1. (SNG BM 223); 17. Unidad de la serie VI.A.1. (MAN); 18. Mitad de la serie VI.A.2. (SNG BM 271); 19. Cuarto de la serie VI.A.3. (SNG MAN 658); 20. Octavo de la serie VI.A.4. (SNG BM 309); 21. Dupondio de la serie VII.C.1.1. (MH RAH 2062)”.

Fuente: Arévalo González & Moreno Pulido, 2011, p. 325.

### 3.2. Fenicios y griegos

Llegados a este punto de nuestra argumentación consideramos necesario centrarnos en las interrelaciones comerciales establecidas entre fenicios occidentales y griegos. Pero, por cuestiones de limitaciones en las fuentes, no desarrollaremos esta cuestión entendida para todo el Periodo Urbano. Sino que, de momento, solamente nos centraremos en los siglos V y IV a. C., puesto que son las centurias para las cuales contamos con más datos. Además, consideramos también adecuado centrar nuestra atención sobre un producto comercial fenicio concreto: las salazones de pescado, el producto estrella de esta etapa.

Como ya hemos comentado anteriormente, en el s. VI a. C. registramos arqueológicamente una intensa producción salazonera, tanto en Cádiz, como en Málaga y Granada. Pero, por supuesto, destacan sobremanera estas actividades en la zona gaditana, en sitios como Plaza Asdrúbal, Las Redes o La Manuela, datadas entre el s. VI a. C. y el siglo I a. C. Estos productos eran exportados a Grecia en dos variantes bien delimitadas. Por un lado, el *tárijos* y, por otro lado, el *garon*<sup>37</sup>.

Estos productos eran almacenados para su transporte en un recipiente muy concreto: las ánforas T-1.2.1.1.2., anteriormente conocidas en la historiografía como tipo Maña-Pascual A4 (Maña, 1951; Pascual Guasch, 1969). En el caso gaditano estas ánforas eran fabricadas en hornos como los de Torre Alta, situado en San Fernando (Muñoz Vicente & Frutos Reyes, 2006). Así mismo, se ha detectado otro tipo de recipiente anfórico en el que se transportarían estos productos, las llamadas ánforas obús<sup>38</sup>.

---

<sup>37</sup> El *tájiros* sería una especie de filetes de pescado en conserva, mientras que el *garon* era una salsa a base de tripas de pescados, muy apreciada en todo el Mediterráneo como una autentica delicatessen que acompañaría a otros platos. En cualquier caso, para los entresijos de las actividades productivas pesqueras y salazoneras de los fenicios occidentales nos remitimos a la reciente y excelente tesis de la doctora Laura Moya Cobos (Moya Cobos, 2016).

<sup>38</sup> Estas han recibido varias denominaciones, como la ya señalada ánforas obús o, también, *hole mouth jars*, *anfere a siluro*. En cualquier caso, nos estamos refiriendo a piezas que entran en la categoría B descrita por Maña.

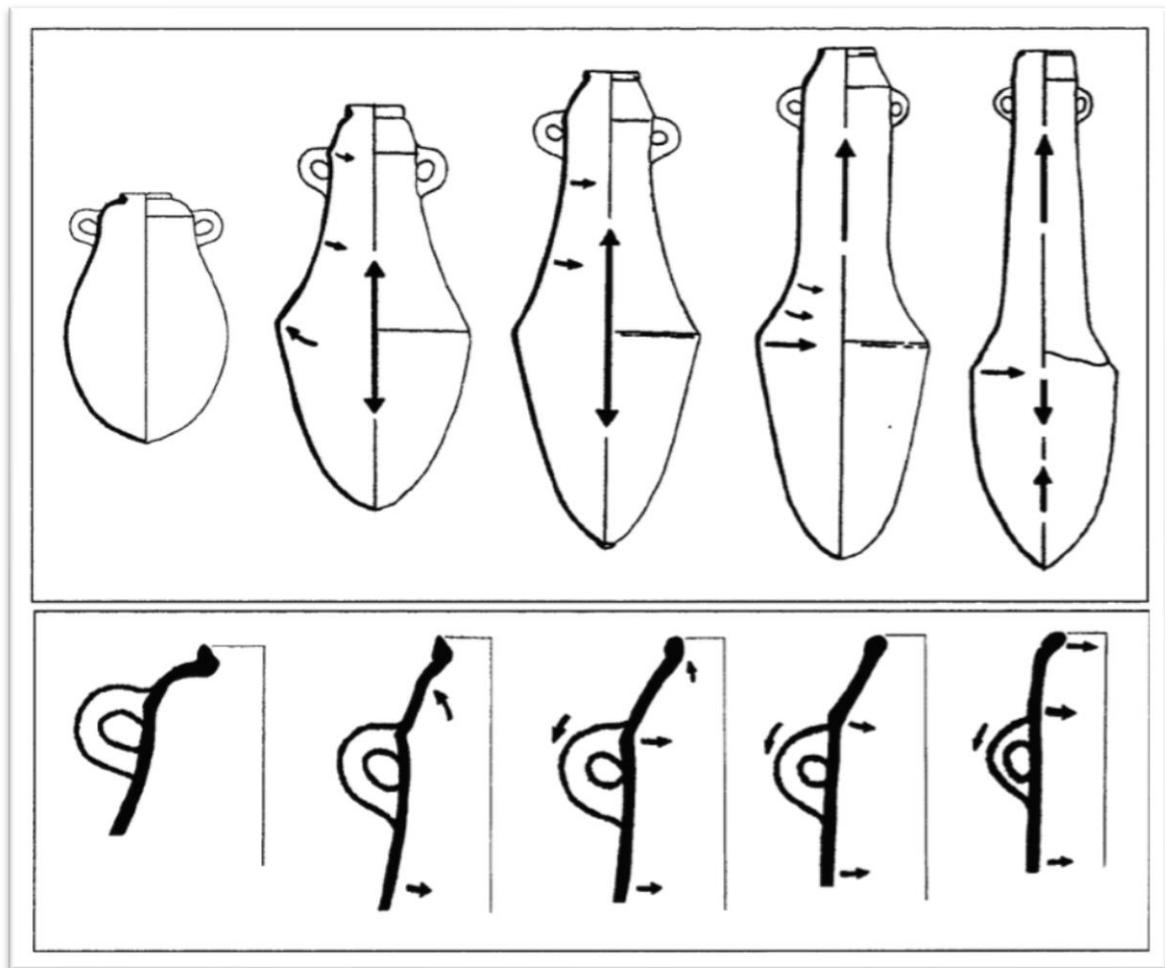


Fig. 14. Posible evolución de las T-1.2.1.1.2. desde el s. VII al II a. C. Fuente: Sáez Romero, 2002, p. 292.

Estas ánforas viajarían ya en el primer tercio del s. V a. C. hasta *Emporion*, donde se han documentado fragmentos de T-1.2.1.1.2. Mientras que fuera del territorio peninsular las podemos observar como fecha temprana en Ibiza y en Sicilia a mediados del s. V a. C. Estas evidencias quedan contrastadas con algunas fuentes literarias, como es un fragmento de la obra *El matrimonio de Hebe* de Epicarmo de Megara (s. V a. C.), que nos ha transmitido Ateneo (*Deip.* VII, 320) (*Text.* 17).

Epicarmo se trata de un autor siciliano de mediados del s. V a. C. y, por tanto, con esos *phonikikoís eíke*, barcos fenicios, está haciendo referencia a un hecho que debía ser común en su época y zona de residencia. El hecho del transporte de mercancías salazoneras fenicias en el Mediterráneo Central. De hecho, la arqueología mediante la

ictiofauna ha demostrado que las especies a las que hace referencia ciertamente viajaron en barcos fenicios por el Mediterráneo, ya que se han hallado restos de espáridos de este tipo en ánforas T-1.2.1.1.2 de Corinto. Y, en concreto, un tipo de espárido que no habitaba en esas aguas, sino en el Extremo Occidente, el *sparus aurata*.

En cualquier caso, y continuando con las evidencias arqueológicas, se hallaron ánforas T-1.2.1.1.2 en Olimpia y Corinto datadas hacia mediados del s. V a. C. El caso de Corinto es digno de destacar, puesto que es donde más ánforas del tipo T-1.2.1.1.2 se han hallado en Grecia, concretamente en el llamado *Punic Amphora Building*. Se trata de un edificio situado en la zona del foro de Corinto datado hacia 460 a. C. e interpretado como una vivienda privada donde se ejercían actividades comerciales.

En otro edificio muy cercano se encontró un depósito de ánforas T-1.2.1.1.2 que resulta de gran interés porque según avanzan las distintas fases constructivas del mismo el número de estas ánforas aumenta, llegando a contabilizar un total de cien ejemplares acompañadas, además, de ocho ejemplares del tipo ánfora de obús. En términos porcentuales en estos niveles estratigráficos investigados en 1978 tenemos un 40% de ánforas fenicias del Extremo Occidente, un 40% de ánforas quietas, un 10 % de ánforas corintias y un 10% de ánforas griegas (Williams, 1979).

Los análisis realizados tanto sobre estas ánforas como sobre otras halladas en *Gádir* han revelado que para proteger la preciada mercancía estas piezas tenían un tratamiento de engobe en la cara interior y que el contenido de estas era *garon*, mientras que en las ánforas que no llevaban ese revestimiento de engobe interior se transportaba *tárijos*.

Además, también se han realizado análisis de pastas sobre los materiales de Corinto detectando que el origen mineralógico de las mismas era, sin duda alguna, la zona del Círculo del Estrecho (Maniatis, 1984), probablemente *Gádir* tal como evidencian las formas del alfar de Torre Alta (Frutos Reyes & Muñoz Vicente, 1994).



Fig. 15. Las ciudades griegas en la Antigüedad.

El otro punto griego importante al que nos referíamos con anterioridad es Olimpia, donde también se han hallado evidencias similares de contactos comerciales con las ciudades-estado de la formación social fenicia occidental para la segunda mitad del s. V a. C. En este sentido, nos resulta muy interesante destacar que se hallaron tres fragmentos de T-1.2.1.1.2 en diversos lugares. En primer lugar, en el taller escultórico del gran Fidias (500-431 a. C.), concretamente en el estrato fundacional de este taller, se halló un fragmento de esta tipología anfórica datada en el 430 a. C.

Por tanto, podríamos hablar de que mientras uno de los mayores escultores de la Historia esculpía una de las Siete Maravillas del Mundo Antiguo, el Zeus de Olimpia, degustaba el *tárijos* fenicio de *Gádir*. En segundo lugar, en el edificio situado al sureste del mismo taller, se halló otro fragmento con la misma cronología. Mientras que, en tercer lugar, se detectó otro fragmento y un borde asociado a restos de un ánfora del tipo obús en Brunnen 55 SO (Schering, 1964).

Contamos también con evidencias de estos contactos en Atenas, donde se encontró un depósito en las excavaciones del Ágora del 450 a. C. que contenía dos asas de T-1.2.1.1.2. Es precisamente hacia finales del s. V a. C. cuando las fuentes cómicas áticas nos hablan de contactos comerciales con el Extremo Occidente. En este sentido, contamos con el texto de Eupolis, las *Márikas*, del 421 a. C., donde habla del *gadeirikós tárijos*. Así como también destaca un fragmento de Aristófanes (*Ranas*, 475) (*Text.* 18).

Aparte del tono cómico y melodramático de esta obra que data del 405 a. C., nos interesa señalar que hace referencia a la “murena tartesia”. Por tanto, se trata de una clara evidencia de los contactos entre Atenas y el Extremo Occidente en el s. V a. C. Y, no solo eso, sino que “murena”, en lugar de un monstruo mitológico, puede ser interpretado como un alimento de orígenes exóticos; mientras que, “tartesia”, puede ser sin problema alguno sinónimo de *gadirita* (López Castro, 1997, p. 100).

Pero, llegados al a. IV observamos en el registro arqueológico menos evidencias de contactos entre el Extremo Occidente fenicio y Grecia. Restringiéndose así el hallazgo de evidencias solo a la zona de Corinto. De donde, además, tras la destrucción del ya mencionado *Punic Amphora Building* no se detectan más ánforas del tipo T-1.2.1.1.2. En cambio, crece exponencialmente el número de fragmentos de ánfora del tipo obús respecto al siglo anterior.

Llegando así a localizar hasta sesenta fragmentos en Corinto que recorren cronológicamente casi todo el s. IV. A pesar de ello, para el s. IV las fuentes griegas nos siguen dando pistas sobre la presencia de las salazones fenicias gaditanas en sus zonas. Como sucede con el caso de Antifanes en su *Deucalion* del s. IV a. C. donde hace referencias a los atunes de *Gádir* (Antifanes, *Deuc.* III, 118, d). En cuanto a las rutas marítimas que difundieron desde el Extremo Occidente hasta Grecia las ánforas tipo T-1.2.1.1.2 para la comercialización de las salazones podemos señalar que debían embarcar en el sureste de la Península Ibérica para navegar hasta *Iboshim* y, de ahí, continuar hasta Sicilia como escala para seguir la ruta sur hasta Grecia.

En resumidas cuentas, podemos concretar el comienzo de la importación de productos salazoneros desde las ciudades-estado fenicias del Extremo Occidente en la

primera mitad del s. V a. C., teniendo su mayor apogeo en la segunda parte del siglo. Unas relaciones comerciales entre fenicios occidentales y griegos que se mantendrán claramente durante el s. IV a. C. De esta forma, las nuevas estrategias políticas y económicas de la formación social fenicia occidental encuentran en Grecia un grato mercado para el producto estrella de sus actividades productivas: las salazones de pescado.

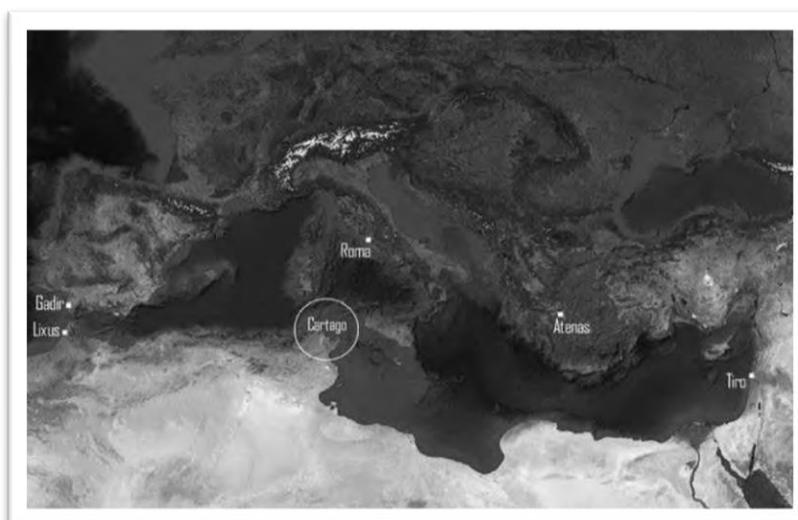
Además, en los viajes de regreso desde Grecia de estos comerciantes fenicios debían traer sus naves llenas de mercancías griegas, donde destacan por su interés las cerámicas áticas, como las halladas en el pecio de El Sec (Fuentes Estañol & Rosselló-Bordoy, 1980). En este sentido, podemos añadir que el momento que abarca entre el 460 y el 350 a. C., momentos de máximo apogeo de este comercio, coincide con el momento de mayor llegada de cerámicas griegas hasta las costas peninsulares (López Castro, 1997).

### 3.3. Dinámicas comerciales cartaginesas

La historiografía tradicional concebía la existencia de dos bloques en constante enfrentamiento en el Mediterráneo Antiguo: la eterna pugna entre púnicos y helénicos. Bloques étnicos propios de la mejor interpretación difusionista que, teóricamente, luchaban por la hegemonía comercial y el control de las rutas marítimas. Por fortuna, en las últimas décadas nuestro conocimiento ha avanzado bastante y estas teorías se han superado planteando la existencia y superposición de distintas dinámicas comerciales a la luz de los nuevos descubrimientos arqueológicos y de unos análisis metodológicos con mejores enfoques sobre las fuentes grecolatinas.

#### 3.3.1. El comercio administrado y el comercio regido por tratados

En este punto nos centraremos en ese comercio cartaginés para los siglos VI y III a. C. analizado desde dos puntos vista. Por un lado, desde la perspectiva del denominado comercio administrado; y, por otro lado, desde el punto de vista de las relaciones comerciales cartaginesas en esta etapa marcada por los tratados entre Roma y Cartago. De esta forma, en primer lugar, tratemos de comprender que supone ese concepto de comercio administrado aplicado a la sociedad cartaginesa para nuestra cronología.



*Fig. 16.* Situación de Cartago en el Mediterráneo.

Fuente: Prados Martínez, 2012, p. 104.

Sin duda, ha sido necesario en la historiografía indagar sobre problemas claves para la comprensión de este complejo mundo. Para comprender el comercio administrado debemos tener en cuenta que un primer problema son las propias mecánicas y características del comercio antiguo, de lo que se encargaron autores como Polanyi, Finley y Renfrew (Renfrew & Paul, 2005).

Así se desarrolla el concepto de comercio administrado, bajo el cual entendemos que todas las partes implicadas deseaban importar y, por tanto, las actividades comerciales quedan controladas y administradas por el gobierno el cual implica una serie de regulaciones administrativas y elimina la hipotética alusión a un mercado regido por las leyes de la oferta y la demanda. Y el lugar por excelencia donde se desarrollaría este comercio administrado regulado por el gobierno sería el puerto de comercio, transformado así en toda una institución.

El segundo problema, son las propias circunstancias geopolíticas en las que se establecía ese comercio. Una de las circunstancias fundamentales que marcaban estos movimientos comerciales ultramarinos era la seguridad de estos, aquejada por la piratería sistémica del Mediterráneo Antiguo<sup>39</sup>. Otra de las circunstancias que debemos destacar eran las propias relaciones políticas que habían de tener los estados de origen de los comerciantes con los estados de aquellos puertos de comercio en los que pretendían entrar a comerciar (González Wagner, 1984).

De esta forma, debían existir tratados entre distintas sociedades para poder permitir la existencia del comercio administrado. Por tanto, desde este punto de vista el comercio se convierte en una auténtica actividad política, más allá de los intereses económicos implicados en la transacción. Por tanto, la conceptualización del puerto de comercio y el ejercicio del comercio administrado suponía una auténtica fuente de poder y prestigio, a la vez, que se consagraba como instrumento diplomático entre distintas sociedades del Mediterráneo.

---

<sup>39</sup> En este sentido, debemos destacar que, en la Antigüedad en ocasiones, como nos da a entender Homero en algunos pasajes, era muy complejo diferenciar entre piratas y comerciantes. El problema sería acuciante para todas las sociedades durante la Antigüedad. Baste recordar en esta línea el episodio de los piratas focenses de Alalia, que requirió la alianza de cartagineses y etruscos para luchar contra ellos. La situación solo se paliaría un poco con el establecimiento de una especie de policía marítima por parte de Roma en momentos posteriores.

En segundo lugar, ocupémonos del comercio cartaginés ejercido bajo la autoridad y la presión de los tratados entre Roma y Cartago. Una cuestión fundamental que, sin duda, ha provocado muchísima más trascendencia y debates en la historiografía de las últimas décadas. De esta forma, nos encontramos con cuatro tratados entre ambas potencias, aunque nosotros en el desarrollo de estas páginas solo nos ocuparemos de los dos primeros, puesto que son lo que resultan más interesantes para nuestros objetivos planteados. Por un lado, el Primer Tratado Romano-Cartaginés, de finales del s. VI a. C., concretamente del año 509 a. C. según M. Terencio Varrón. Mientras que, por otro lado, tenemos un Segundo Tratado Romano-Cartaginés, datado en el s. IV, aproximadamente en el año 348 a. C.

En Polibio (III, 22, 1-3) (*Text.* 19) encontramos la datación del Primer Tratado, mientras que en Polibio (III, 22, 4-13) (*Text.* 20) tenemos una reproducción del texto del Primer Tratado. Realizando un somero análisis histórico con nuestra metodología sobre el texto podemos comenzar señalando que los cartagineses prohíben a los romanos y sus aliados navegar más allá del cabo Hermoso, también llamado en otras traducciones el Bello Promontorio. Y, además, establecen una serie de garantías para que los romanos puedan establecer relaciones comerciales en el África cartaginesa y en Cerdeña, designando para ello a una serie de funcionarios. Y, por otro lado, la Sicilia cartaginesa queda establecida como puerto comercial libre.

Posiblemente aquella historiografía empeñada en la idea de un Mediterráneo polarizado en dos bloques hegemónicos enfrentados haya hecho que se generen tantos debates en torno a estos textos por las interpretaciones erróneas vertidas sobre el mismo. En este sentido, ya desde Meltzer y Gsell muchos autores se han empeñado en que lo que pretendían el cartaginés era ocultar las grandes riquezas que ofrecía Tartessos (Gsell, 1913; Meltzer, 1878). Así, no tan en consideración a Polibio, acusándole incluso de impreciso y desinformando al alegar este que lo que pretendían resguardar eran las fértiles y productivas tierras de *Bizantium* y la *Sirte*. Y, no solo eso, sino que normalmente la historiografía había venido planteando que el cabo Hermoso debía corresponder con el cabo de Farina. En el fondo, se basaban en la vieja polémica del *Kalon Akroterion* y el *Pulchri Promontorium* de Tito Livio (*Ad.* XXIX, 27, 6-13), una cuestión que ya resolvió J. Desanges en su momento (Desanges, 1963).

En Polibio (III, 23, 1-6) (*Text.* 21) el propio autor nos comenta el Primer Tratado y, a tenor de lo anteriormente planteado; solo podemos inferir que el cabo Hermoso es sin duda alguna el cabo Bon. Mientras que, a dirección que quedaría prohibida a los romanos sería hacía las Columnas de Hércules. La supuesta estrategia de bloques y monopolios comerciales cerrados ya fue rebatida convenientemente por el desastre económico que supondría (Whittaker, 1974) y, por tanto, lo que se buscaban eran unas garantías, una estabilidad y una seguridad para desarrollar toda una serie de relaciones comerciales en un espacio panmediterráneo. Así, se trataba de regular y limitar las formas de acceso a distintos *emporía* que estaban ubicados en la zona litoral de la Sirte, una gran despensa agrícola de cereales para Cartago.

En Polibio (III, 24, 1-13) (*Text.* 22) el autor nos habla del Segundo Tratado convenido entre cartagineses y romanos, pudiendo observar rápidamente como cuantitativa y cualitativamente resulta mucho más restrictivo que el anterior. En esta ocasión no se prohíbe solo el tráfico de barcos de guerra, sino también el tráfico comercial, más allá del cabo Hermoso y de *Mastia y Tarseios (Mastia Tarseion)*. Así mismo, se mantiene abierto Cartago como puerto de comercio, pero con toda una serie de garantías y condiciones.

Y, además, tanto Cerdeña como todo territorio africano se cierra en banda a los romanos. En Polibio (III, 24, 14-16) (*Text.* 23) el autor realiza su comentario del Segundo Tratado donde queda bien reflejado todo esto. Si reflexionamos los dos tratados en contraposición el uno con el otro, podemos deducir que en el s. V a. C. los cartagineses debieron establecer algún tipo de contacto con sociedades autóctonas del sur de la Península Ibérica y, de esa forma, quizás controlar el acceso a sus puertos.

Existe la posibilidad de que ya desde finales del a. IV a. C. Cartago entrará en contacto con algunos puntos del sureste peninsular y estableciera relaciones comerciales con ellos. Pero, no solo eso, sino que también estableciera algún tipo de control sobre sus puertos. En cualquier caso, no puede tratarse en ningún caso de un control de tipo territorial, ni mucho menos imperialista, algo que no se daría en la zona hasta la llegada de los bárcidas con auténticas ínfulas conquistadoras e imperialistas.

Para poder comprender en toda su profundidad histórica esta actitud por parte de Cartago debemos de tener en cuenta su propio proceso de transformación en el tiempo. Ciertamente Cartago desarrolla un imperio de carácter territorial en la zona africana, lo cual conllevaría un cambio estructural en su propia económica. Y, no solo eso, sino que además del cambio en los modos productivos también debió evidenciarse un cambio en la superestructura política e ideológica.

Y, por tanto, esto conllevaría también un cambio respecto a su forma de relacionarse diplomática, política y comercialmente con el resto de las sociedades. Unas relaciones, no olvidemos, que se desarrollaban totalmente en clave de igualdad con el sometimiento del norte de África bajo el yugo cartaginés. Y, por tanto, es lógico pensar que no quisieran inferencias extranjeras que pudieran convulsionar una situación social ya difícil de sostener. En cualquier caso, es evidente que Cartago tenía intereses comerciales en esta zona.

En este contexto, resulta necesario para Cartago regularizar las transacciones con toda una serie de medidas de control que quedan explicitadas en el Segundo Tratado. Especialmente, en un momento en que los minerales del sureste peninsular serían fundamentales para Cartago hacía el s. V a. C., momento en que se comenzaba a prefigurar como una gran potencia mediterránea que tenía intención de expandirse, controlar y establecer sus modos de producción en el *hinterland* africano. Por tanto, el control sobre el flujo comercial de las materias y los productos necesarios para mantener su económica se convierte en un tema crucial. Máxime, cuando del mantenimiento de esta depende que mantengan su independencia política de la injerencia de cualquier poder externo.

Por tanto, el comercio se debe establecer bajo estas circunstancias geopolíticas bajo tratados que, en el fondo, son pactos de carácter político con otras entidades en cuyos territorios se localizaban puertos de comercio interesantes. Pero, suponemos que por la propia potencia cartaginesa cuando se desarrollaban este tipo de pactos con pequeñas autoridades políticas autóctonas la gran potencia púnica siempre imponía sus condiciones y su autoridad, desarrollándose así unas relaciones comerciales y políticas de marcado carácter desigual.

En definitiva, no nos encontramos ante unas intenciones imperialistas, ni dominadoras, ni ante una política de monopolio comercial ni, mucho menos, ante un cierre de los mercados. Sino que estamos ante una ampliación de las transacciones comerciales para alimentar y engrasar la maquinaria de la potencia púnica, pero, eso sí, con garantías y restricciones para asegurar el tráfico de mercancías y la reproducción del sistema en el tiempo. En este sentido, como diría el experto: “*las relaciones de intercambio se caracterizaban por las condiciones de estabilidad y garantías de seguridad, necesarias al comercio administrativo y no por una política de competencias y enfrentamientos*” (González Wagner, 1984, p. 220).

### 3.3.2. Un debate abierto. Cartago: ¿Imperio o potencia hegemónica comercial?

El anterior punto de nuestro discurso nos conduce, irremediablemente, a profundizar en el encarnizado debate sobre el supuesto imperialismo cartaginés sobre la Península Ibérica y, especialmente interesante para nosotros, sobre las ciudades-estado de la formación social fenicia occidental entre los siglos VI y III a. C. Diversos autores, otrora imbatibles, como Schulten, Bosch Gimpera, Moscati, Picard o Cintas habían desarrollado y defendido la idea de un Mediterráneo regido por el enfrentamiento entre bloques: el cartaginés y el heleno. Así como hablaban de la presencia de un imperio territorial, económico y político ejercido por Cartago que, solo desaparecería, tras la brutal lucha contra otro gran imperio gestante, Roma.

No será nuestra intención en las siguientes paginas realizar una revisión historiográfica del largo debate mantenido, trabajo que ya se realizó (López Castro, 1991), eso queda fuera de nuestros objetivos. Por nuestra parte, nos interesa comprender este debate y aportar nuevas luces acerca del papel de Cartago en este periodo crucial en el que pretendemos estudiar las relaciones comerciales establecidas por los fenicios en el Extremo Occidente.

En este sentido, podríamos seguir a Wagner cuándo aplicó el modelo sobre el imperialismo desarrollado por Whittaker para el estudio de este periodo de la Historia Antigua de la Península Ibérica. De esta forma, Cartago lo que establecería sería una serie de alianzas con las ciudades-estado fenicias, especialmente con *Gádir*. Alianzas que, en

inicio, serían en clave de iguales y que, con el tiempo, pasarían a ser unas relaciones de dependencia donde Cartago ejercería un control directo sobre las mismas. Y, así, Cartago se surtía tanto del estaño procedente del interior como de la plata del sureste (Wagner, 1983).

Por otro lado, Aubet y Bendala, propondrían otros modelos interpretativos. La profesora María Eugenia Aubet hablaría de la introducción de cultura material, formas de enterramiento y cultos (Tanit) característicamente cartagineses en el sur de la Península Ibérica en estos momentos. Y, por tanto, aunque con matizaciones, señaló una gran influencia cartaginesa y mantenía la idea del imperialismo territorial. Mientras que, por su parte, el profesor Bendala Galán, aboga por la idea de una soberanía cartaginesa a partir del s. VI a. C. manteniendo, además, la destrucción mítica schulteniana de Tartessos por parte de los deleznales y grotescos semitas. Así, como señaló que *Sex, Malaka y Abdera*, entre otras, serían fundaciones cartaginesas (Aubet Semmler, 1984; Bendala Galán, 1987).

Por nuestra parte, trataremos de sumergirnos en esta problemática histórica y aportar algunas luces, para las cuales el profesor López Castro ya señaló el camino (López Castro, 1991, 1992b). De esta forma, tomamos como base teórica el brillante modelo de Whittaker donde planteaba la no existencia *stricto sensu* de un imperialismo por parte de Cartago en la Península Ibérica durante nuestra cronología de estudio. Así, en “*el periodo comprendido entre finales del siglo VI a. C. y la Segunda Guerra Púnica no presentaría, a su juicio, evidencias de tal imperialismo. Este concepto estaría definido en términos de dominación, control o manipulación de una entidad previamente autónoma por otra, por cualquier mecanismo, ya sea político, moral o económico*” (López Castro, 1991, p. 89).

En este sentido, debemos ser conscientes de que ya los autores grecolatinos crearon una imagen imperialista de Cartago, la cual realmente no existió. No, al menos, hasta el desembarco de los bárcidas para el territorio estudiado. Pero, desde nuestro punto de vista, las relaciones que emprendió Cartago, tanto con las ciudades-estado fenicias de la formación social fenicia occidental como con las sociedades autóctonas, no tenían por qué ser en términos de dominación. Sino que pudieron, y queremos demostrar, que implicaron perfectamente otros conceptos. Conceptos tales como las alianzas, los tratados más o menos recíprocos y, en definitiva, un libre sistema de pactos.

Aunque, sin duda, las alianzas y los pactos entre grandes entidades políticas que implicaban las divisiones de zonas de influencia, como entre Cartago y Siracusa, haría que los aliados de cada una de ellas fuesen cada vez más dependientes del liderazgo de los poderosos. Esto no implica necesariamente la aplicación de un modelo imperialista sobre los aliados dependientes. Pero, sí que implica que esos aliados dependientes quedan atrapados en la hegemonía de la potencia que lidera como la cabeza frente a las otras potencias mediterráneas.

Esta hegemonía cartaginesa implicaría una serie de esquemas relacionales estatales que produciría unos modos comerciales protegidos por el estado y, todo ello, regulado por tratados. Tratados que tendrían como punto de inicio una intencionalidad recíproca pero que, con el tiempo, tienden a la dependencia, tanto política como económica, de las ciudades-estado fenicias occidentales hacía Cartago y, sobre todo, de sus puertos de comercio. Mientras, Cartago otorgaba a sus aliados protección para el comercio y la navegación y, a cambio, las relaciones exteriores quedaban en manos de los cartagineses (López Castro, 1991, 1992b).

### 3.4. El comercio fenicio en el Extremo Occidente a través del estudio de las ánforas entre los siglos VI y III a. C.

El estudio del comercio en la Antigüedad resulta un tema crucial para la comprensión de los procesos socioeconómicos y productivos que, en ocasiones, quedan enmascarados en la vorágine del tiempo. Y, por tanto, resulta un tema muy complejo de indagar ante la escasez de fuentes y los problemas metodológicos y teóricos que plantea. La problemática se acrecienta aún más cuándo nos referimos al mundo fenicio entre los siglos VI y III a. C., puesto que se trata de un campo de estudio donde especialmente se cuentan con escasas evidencias escritas y arqueológicas al respecto. Por ello, ha sido un tema bastante relegado en la investigación sobre el que aún queda mucho camino por recorrer.

Tradicionalmente se había planteado como método para indagar en estas relaciones comerciales el estudio de las cerámicas finas de importación, la prestigiosa *fine ware*, al tratarse de elementos singulares que pueden ser considerados auténticos “ítems” culturales (Gill, 1994). Por nuestra parte, consideramos que existen otros artefactos que resultan ser mejores indicadores para el estudio que nos proponemos. No debemos olvidar que, en los barcos antiguos, ciertamente, suele aparecer cerámica fina de importación en los hallazgos de los pecios. Pero, sin duda, se trata de un material reducido. Mientras que otros elementos, como los metales o los productos alimenticios son más abundantes. En este sentido, los productos alimenticios se transportaban en ánforas y, normalmente, cada sociedad seguía una serie de pautas relacionando unos tipos anfóricos con un producto y un momento determinado.

Por tanto, consideramos que aquellos recipientes concebidos para el transporte de los productos, las ánforas, suponen un gran indicador para el estudio de las relaciones comerciales antiguas. Máxime, si tenemos en cuenta dos aspectos fundamentales del proceso de producción y de la vida útil de estos elementos cerámicos. En primer lugar, las ánforas en muchas ocasiones solían fabricarse en alfares creados expresamente junto al lugar de la producción alimenticia, fuese del tipo que fuese (salazones, aceite, vino, etc.). Y, en segundo lugar, debemos calibrar la vida útil de las ánforas de transporte muy

seriamente. Ya que, normalmente, una vez recibido y agotado el producto el ánfora ni podía ni solía reutilizarse. Y, por tanto, podemos hallar arqueológicamente depósitos y vertederos en los lugares de recepción de las mercancías.

No obstante, aunque identifiquemos a las ánforas como el mejor indicador para el estudio del comercio fenicio occidental y cartaginés, resultaría necesario complementar la cuestión con el estudio de otros materiales. Tales como manufacturas de orfebrería, metales, monedas, etc. Aunque, complementar este estudio con el análisis de esos materiales excedería enormemente los objetivos que nos hemos propuesto para estas páginas. Y, por tanto, será una cuestión que dejaremos para otra ocasión futura.

Para la observación del tráfico marítimo fenicio occidental y cartaginés nos centraremos, como ya veníamos adelantando, en el estudio de una cronología particular. El denominado Período Urbano/Púnico que comprende un arco temporal desde el s. VI a. C. hasta el s. III a. C. Antes de continuar con estas precisiones, debemos destacar que las investigaciones arqueológicas han proporcionado muchos datos en este sentido en las últimas décadas para todo el Mediterráneo Occidental. Pero, aún quedan lagunas importantes que esperamos vengan a solventarse en los próximos años. Puesto que, para los siglos VI y principios del V a. C. contamos con muy poca información.

Como decíamos, en cuanto a matizaciones cronológicas, mantenemos nuestros siglos de estudio, pero, nos parece necesario, que observemos también las formas anfóricas de, al menos, las dos centurias precedentes para poder comprender la evolución posterior. Esto es de especial importancia para comprender las transformaciones socioeconómicas producidas entre finales del s. VII y principios del s. VI a. C. En cualquier caso, por desgracia contamos con pocas evidencias anfóricas por el momento. Así que nos centraremos en el periodo citado para, el cual, ya hemos analizado en páginas previas sus dinámicas comerciales en todos los frentes necesarios.

Comenzando ya con nuestro desarrollo podemos observar que, dos siglos antes de nuestro periodo de estudio, es decir, entre el s. VIII y el s. VI a. C. destaca sobremedida la presencia en el Mediterráneo de ánforas del tipo Ramón 3.1.1.2 y Ramón T-2.1.1.2. Destacamos esto porque resulta muy interesante como el ánfora T-2.1.1.2. se mantiene

en el registro arqueológico hasta las primeras décadas del s. VI a. C. lo cual demuestra un desarrollo cronológico y una dispersión espacial muy amplia de esta forma anfórica<sup>40</sup>.

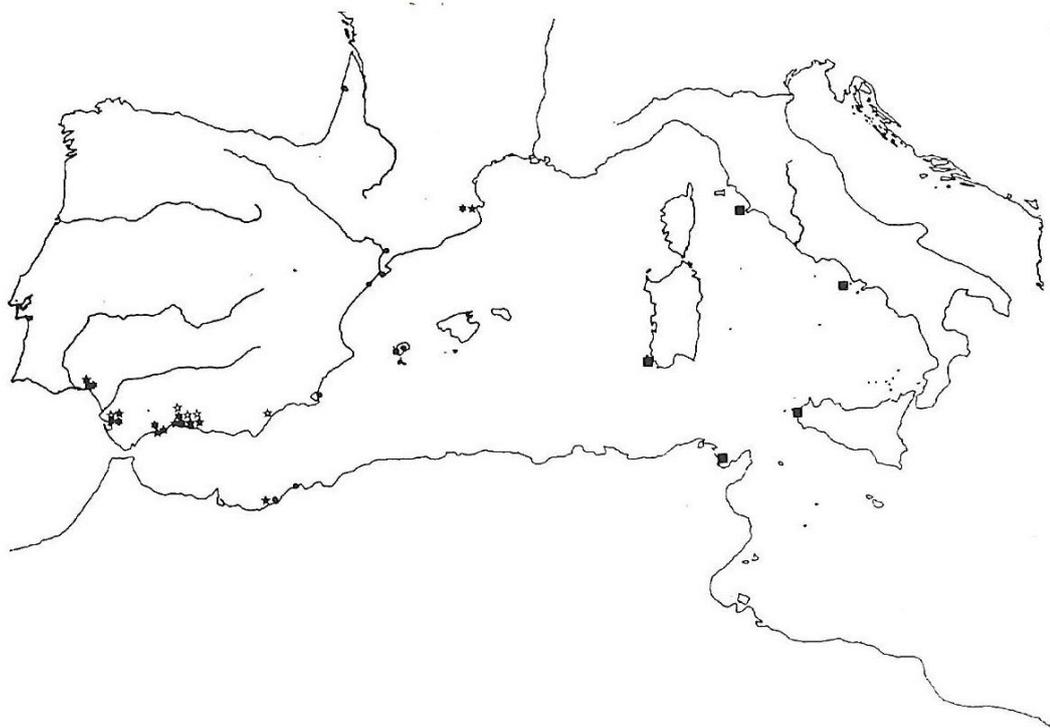


Fig. 1 - *Distribution of amphorae between 800-500 B.C. in Western Mediterranean* ● Carthaginians amphorae ■ Western Phoenician amphorae ★ Greek amphorae ◆ Etruscan amphorae ☆ Oriental Phoenician amphorae

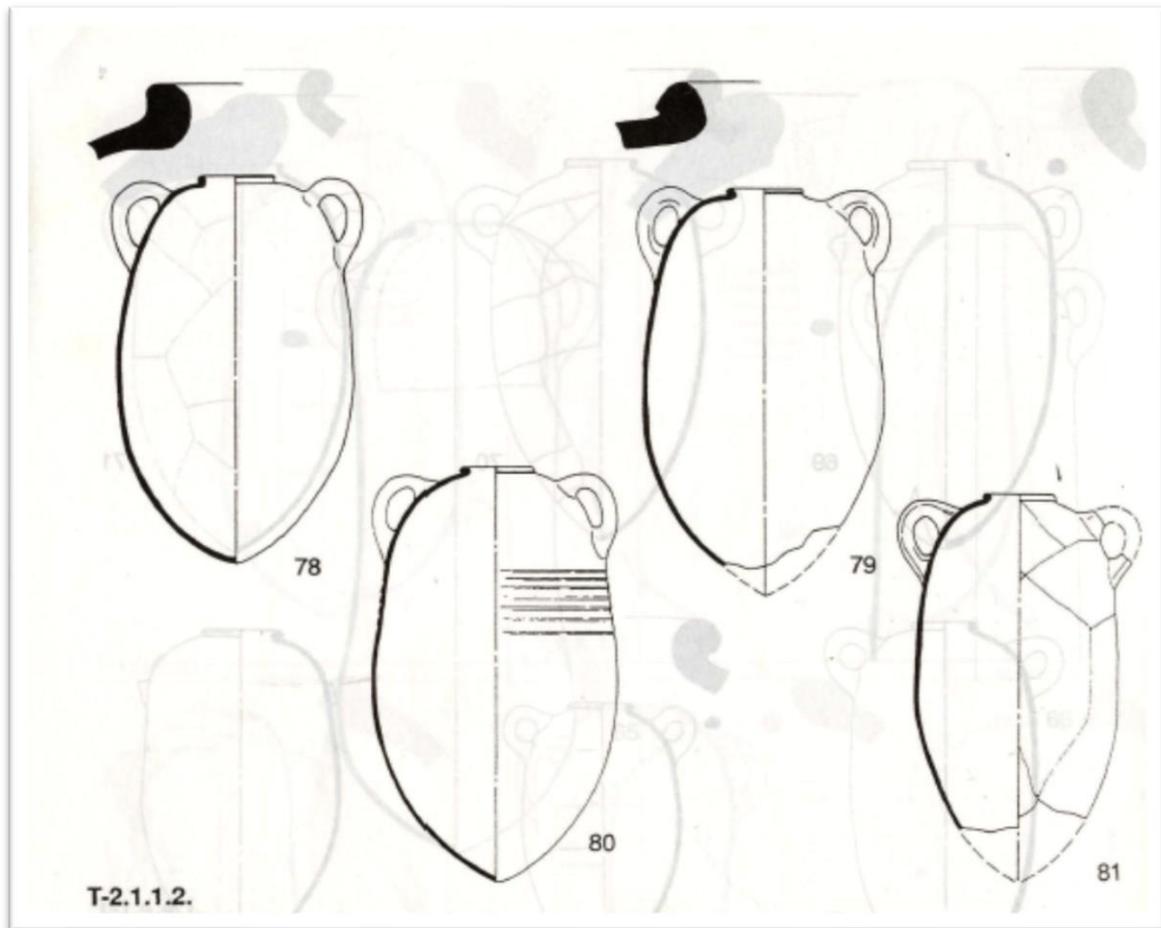
Fig. 17. Distribución de ánforas en el Mediterráneo entre el s. VII y el s. VI a.C.

Fuente: López Castro, 2000a, p. 124.

Ese tipo se ha encontrado en yacimientos tanto de *Iboshim*, del sur de la Península Ibérica y del Norte de África, como Toscanos, Sa Caleta, Sa punta de Tur Esquerrer, Torre la Sal, Les Andalouses y Rachgoun. Las definimos como ánforas cartaginesas que, a tenor de algunas de las excavaciones realizadas en Cartago, bien podrían transportar la famosa púrpura (Niemeyer, Docter, Schmidt, & Bechtold, 2007; Vegas, 1998). Pero, no sería el

<sup>40</sup> Se trata de un ánfora de origen cartaginés que evoluciona desde el tipo 2.1.1.1. Además, sirve como prototipo y como modelo para toda una serie de variaciones que surgirán en el s. VI a. C., siendo así el modelo característico del siglo (Ramon Torres, 1995).

único producto, sino que también algunos análisis han detectado en una serie de ánforas T-2.1.1.2. del sitio de Torre la Sal restos de carne de ovicápridos.



*Fig. 18. Ánfora del tipo Ramón T-2.1.1.2. Fuente:  
Ramon Torres, 1995, p. 81.*

En cuanto a las ánforas que podemos adjudicar como formas de la formación social fenicia occidental vemos que destaca la presencia de las T-10.1.1.1 y T-10.1.2.1. de la clasificación de Ramón en el Mediterráneo Central y Occidental, especialmente en la zona del Círculo del Estrecho. Estas ánforas, entre la segunda mitad del s. VIII y el s. VII han sido encontradas en lugares como Cerdeña, Cartago, las Pithecusas e, incluso, en diversos puntos del mar Tirreno.

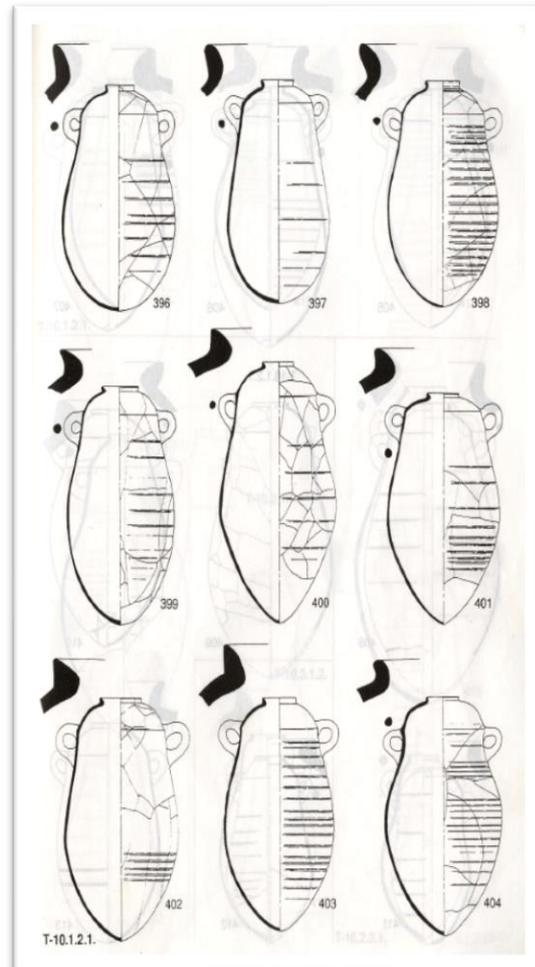
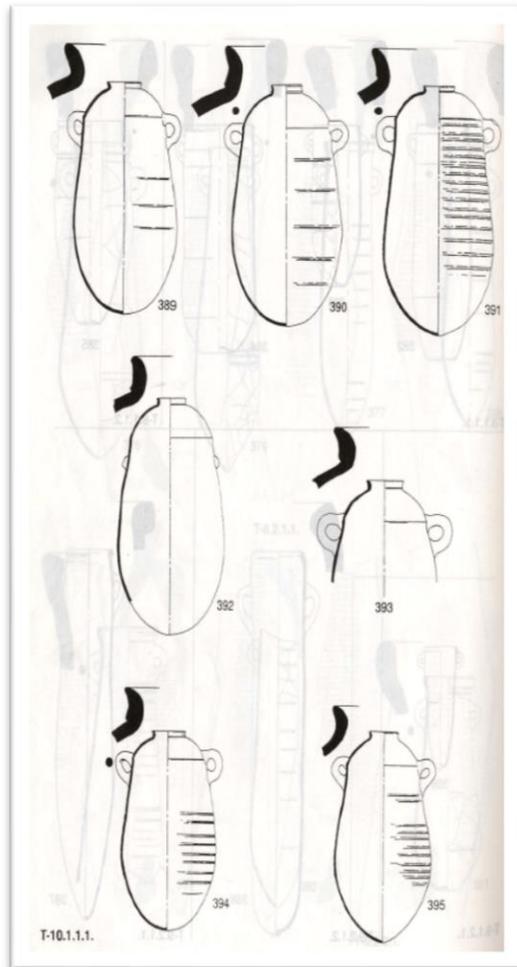


Fig. 19. Ánfora del tipo Ramón T-10.1.2.1. Fig. 20. Ánfora del tipo Ramón T-10.1.1.1.

Fuente:

Ramon Torres, 1995, p. 558.

Fuente:

Ramon Torres, 1995, p. 559.

Hacia finales del s. VII y durante la primera mitad del s. VI a. C. podemos encontrar estas ánforas distribuidas en las mismas zonas que anteriormente. Pero, además, se han extendido hacia Sulcis y, sobre todo, se hallaron en Motia y en el pecio de la isla del Giglio. Al no contar con análisis adecuados no estamos seguros de que productos debieron transportar estas ánforas, pero, posiblemente, por el centro productor y el centro de destino estemos hablando de una mercancía que incluiría básicamente alimentos. Como pueden ser el vino, el aceite o las famosas salazones fenicias.

Para un estudio de este tipo resulta fundamental el estudio de los pecios antiguos. En este sentido, contamos con un gran indicador del comercio marítimo fenicio con el

pecio del Bajo de la Campana (Cartagena, Murcia) (Doménech-Carbó, Buendía-Ortuño, Pases-Oviedo, & Osete-Cortina, 2016; Pinedo Reyes & Polzer, 2012; Polzer, 2014; White, Willis, & Puckett, 2014). Se trata de un pecio fechado entre 625-575 a. C. (Ruiz Cabrero & Mederos Martín, 2004) que contenía marfil africano, cerámica fenicia de la zona de *Malaka*, galena argentífera murciana, estaño gallego o luso y toda una serie de ánforas, en las que nos centraremos en breve. Resulta especialmente interesante las inscripciones fenicias grabadas en los marfiles, *bd'srt* (“siervo”) y *r'mlk* (“recaudador”).



*Fig. 21.* Uno de los marfiles del pecio del Bajo de la Campana.

Fuente: Herráez Martín et al., 2014, p. 131.

En cuanto a las ánforas que transportaba este pecio se hallaron varias fenicias occidentales del tipo T-10.1.2.1 y solo un ejemplar de ánfora cartaginesa T-2.1.1.2. Desconocemos su procedencia y su destino, aunque se ha planteado que pudo zarpar de algún puerto de comercio de la costa malagueña y, tras una escala en Melilla, dirigirse hacia La Fonteta (Ruiz Cabrero & Mederos Martín, 2004). Aunque, también se ha planteado que por su carga y composición podría dirigirse hacia algún punto del Mediterráneo Central (López Castro, 2000a), puede que Cerdeña.

Tras el primer tercio del s. VI a. C. sucede una cosa curiosa, y es que “*after the first third of the 6th century B.C. the carthaginian amphora productions are not recorded for the momento in the phoenician Far West, and simoultaneusly no western phoenician amphoras of this period are recorded in Carthage or its hegemonized áreas*” (López Castro, 2000a, p. 126). Esto bien puede deberse a la escasez de contextos bien excavados y documentados para los siglos VI y V a. C., pero también puede deberse a las dificultades que a veces plantea el propio reconocimiento de fragmentos de ánforas para dilucidar si se trata de fenicias o cartaginesas.

Aunque, desde nuestro punto de vista, nos gustaría aportar que, a falta de avances en la investigación, quizás se trate de un periodo de *hiatus* entre las relaciones entre las ciudades-estado de la formación social fenicia occidental y Cartago. Cosa que, en el fondo, sería difícil de demostrar teniendo en cuenta las características del comercio analizadas previamente en este trabajo. Pero, de momento, la evidencia arqueológica obliga a ello.

De hecho, en realidad si analizamos este registro anfórico lo que estamos observando es que entre mediados del s. VIII y comienzos del VI a. C. podemos hablar de una relación continuada, más o menos estrecha, de las ciudades-estado occidentales fenicias de la Península Ibérica y Cartago. En este sentido, un paradigma de esta afirmación sería el yacimiento de Toscanos, que muestra una total continuidad de ánforas cartaginesas para el periodo señalado (Docter, 1994).

Precisamente en estos momentos sucede otro fenómeno de forma paralela, y es la llegada en mayores cantidades que con anterioridad a la Península Ibérica de cerámicas griegas y etruscas. Tradicionalmente se había atribuido a las relaciones comerciales de los fenicios la presencia de estos materiales en la zona. Y, no solo eso, sino que esa especie de *hiatus* de ánforas cartaginesas en la Península Ibérica desde el primer tercio del s. VI a. C. coincide con el decrecimiento claro de importaciones griegas y etruscas en la península.

En este sentido, contamos con una fuente escrita que puede arrojarnos un poco de luz sobre el asunto. O, al menos, permitirnos realizar otras hipótesis acerca de lo sucedido. Nos referimos al pasaje de Heródoto (IV, 152, 1-4) sobre Coleo de Samos (*Text.* 24). Este

relato bien podría ser un indicio para explicar que la presencia de cerámica griega en la Península ibérica desde el s. VII a. C. podría deberse a que eran los propios griegos quienes realizaban esos viajes, en concreto los foceos massaliotas.

De hecho, las inusitadas cantidades de importaciones griegas halladas en Huelva podrían avalar esta idea de griegos llegando con importaciones y marchándose con plata tartésica. De manera que el fin de la llegada de estas importaciones griegas sería fruto de la propia expansión cartaginesa que cerraría los mercados peninsulares a los foceos. Mercados que, por otro parte, ya comenzaban a estar exhaustos de plata (López Castro, 2000a).

Por último, desde este punto de vista la concordancia del fin de las importaciones etruscas con las griegas querría decir que eran los foceos quienes traían a la península ambos productos. En cualquier caso, es importante destacar que esa supuesta crisis del s. VI a. C. de los fenicios occidentales, que ya hemos rebatido páginas arriba, se debe más bien a un vacío en la investigación. Y, por tanto, a pesar de que podamos plantear hipótesis e ideas aún es pronto para poder sentar unas bases sólidas para las dinámicas comerciales fenicias y cartaginesas de este periodo.



*Fig. 22.* Situación de Massalia.

Llegados a este punto de nuestra argumentación centraremos nuestro discurso en el registro anfórico para los siglos V y IV a. C. En este sentido, comenzaremos señalando que continúa siendo un momento en el cual las ánforas cartaginesas son muy escasas en el Extremo Occidente. Y, de nuevo, nos remitimos al vacío en la investigación, puesto que es evidente que no se ha trabajado lo suficiente en esa línea y las evidencias deben existir, solo tenemos que descubrirlas. Sin duda, las excavaciones de las últimas dos décadas tanto en *Emporion* como en el Castillo de Doña Blanca pueden aportar algo de luz a las sombras mercantiles fenicias de los siglos V y IV a. C. (Ruiz Mata, 1992).

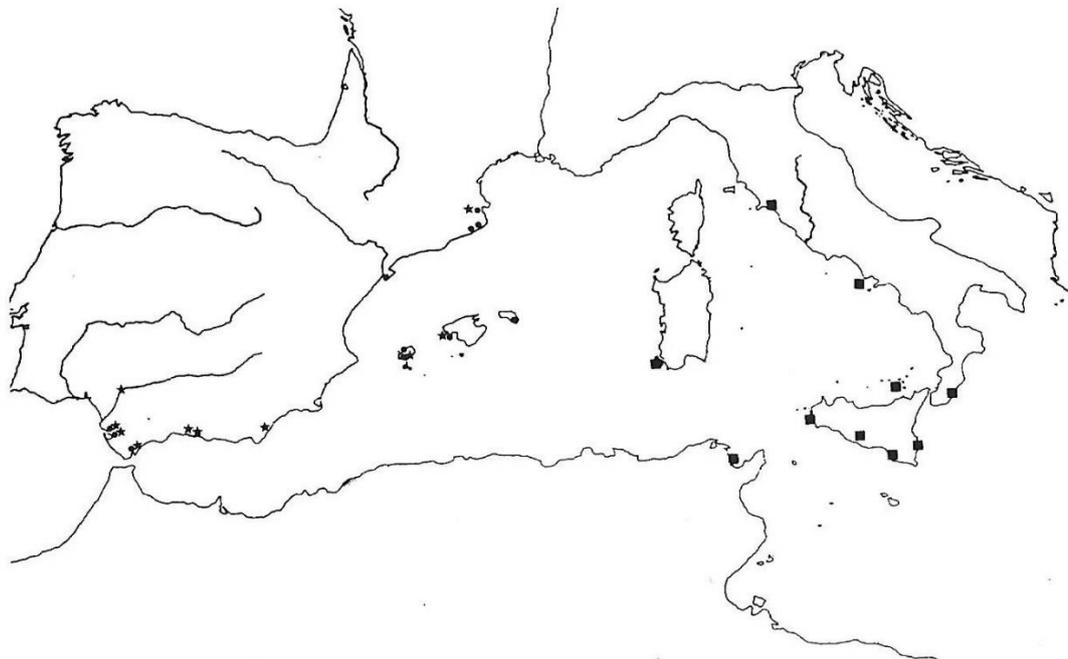


Fig. 2 -. *Distribution of amphoras between 500-300 B.C. in Western Mediterranean* ●Carthaginians amphoras ■Western Phoenician amphoras ★Greek amphoras

*Fig. 23. Distribución de ánforas en el Mediterráneo entre el s. V y el s. IV a. C.*

Fuente: López Castro, 2000a, p. 130.

Por suerte, desde la mitad del s. V a. C. la situación del registro arqueológico cambia y volvemos a observar ánforas cartaginesas en la Península Ibérica. En esta línea, sucede una cosa curiosa, y es que desde entonces hasta los primeros años del s. IV a. C. la mayoría de estas ánforas se concentran en las zonas económicas más pujantes, como son *Iboshim*, *Emporion* y *Gádir*.

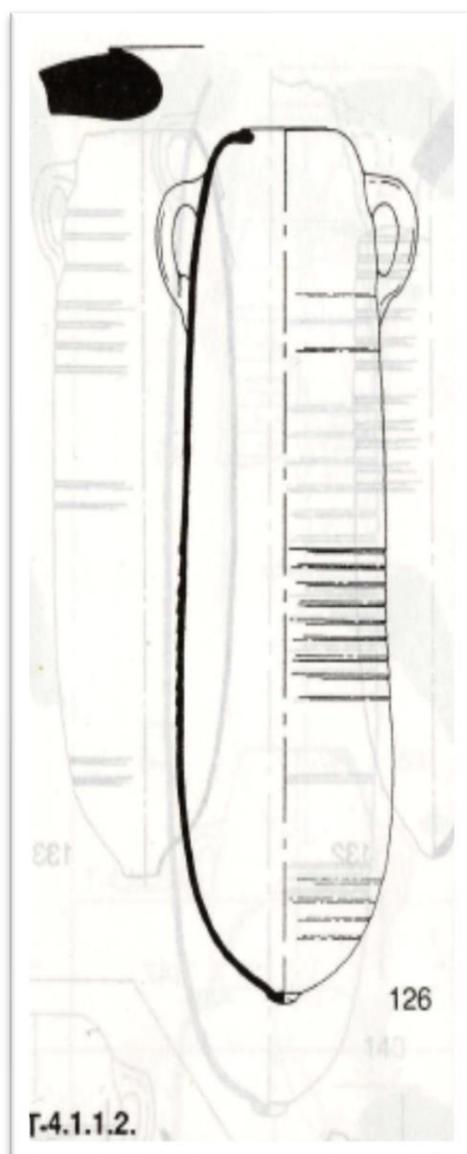


Fig. 24. Ánfora T-4.1.1.2.

Fuente:

Ramon Torres, 1995, p. 521.

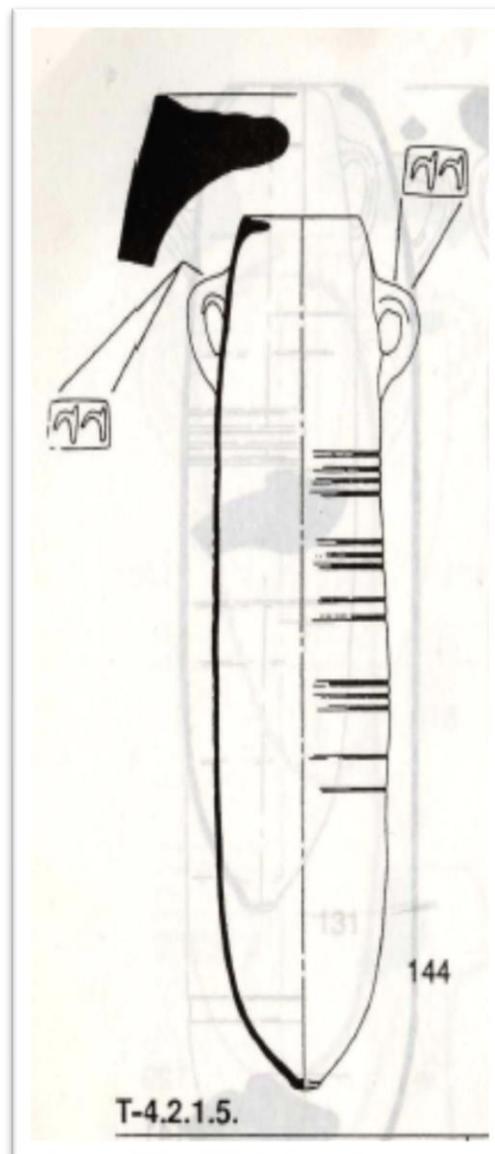
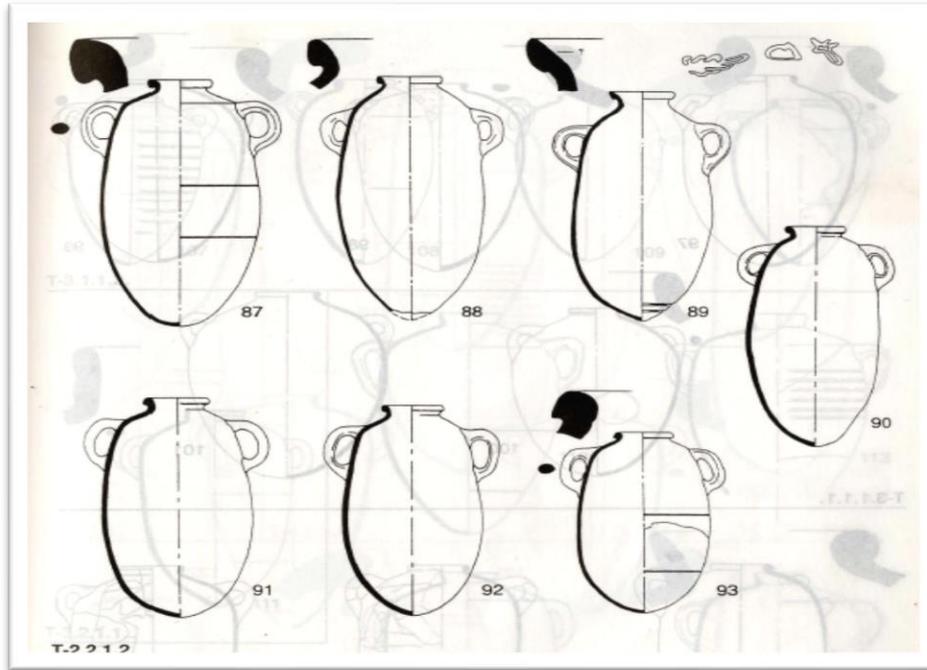


Fig. 25. Ánfora T-4.2.1.5.

Fuente:

Ramon Torres, 1995, p. 433.

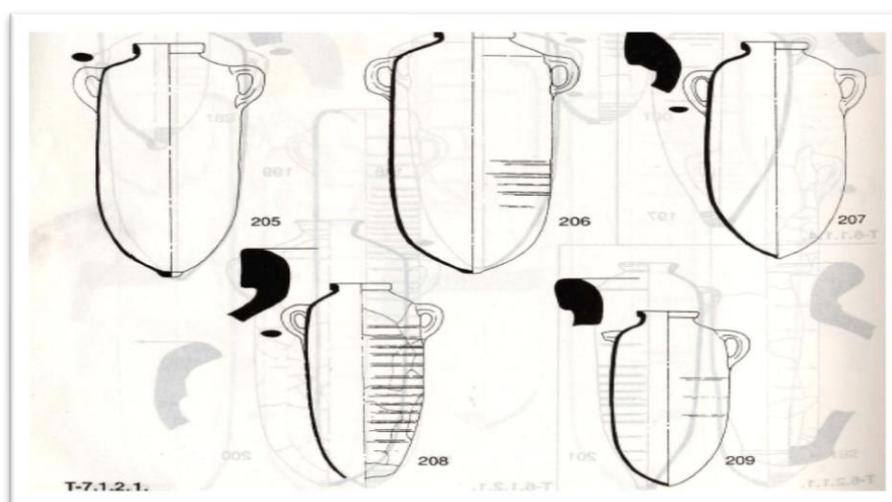
De esta forma, encontramos ánforas del tipo T-4.1.1.2. de la clasificación de Ramón en yacimientos como *Emporion*, Cerro del Prado, Castillo de Doña Blanca, Puig des Molins y San Antonio. Así mismo, también tenemos detectada la presencia de ánforas cartaginesas del tipo T-4.2.1.5 y T-2.2.1.2. llegadas desde la zona tunecina hacia *Iboshim*, *Emporiom*, Puig del Castellet y Torre dels Encantats.



*Fig. 26. Ánfora T-2.2.1.2.*

Fuente: Ramon Torres, 1995, p. 517.

Por otro lado, debemos destacar el pecio de El Sec, fechado aproximadamente en el 350 a. C. En este barco hundido se hallaron tanto ánforas griegas como ánforas cartaginesas T-7.1.2.1., las cuales solo han aparecido en este hallazgo submarino y en *Emporion* para la segunda mitad del s. IV a. C.



*Fig. 27. Ánfora T-7.1.2.1*

Fuente: Ramon Torres, 1995, p. 534.

En cuanto a descubrimientos subacuáticos también destaca el pecio de Binisafuller (Aguelo Mas & Pons Machado, 2011; Aguelo Mas *et al.*, 2014). Este pecio, que bien podríamos datar en el 300 a. C., se halló en las proximidades de la isla de Menorca y debió partir de *Iboshim* transportando ánforas cartaginesas T-4.2.1.2., de las cuales también se han encontrado algunos ejemplares en Las Redes (Cádiz). Desconocemos cual era el producto transportado en estas ánforas, bien podría ser aceite por la propia forma de esta tipología anfórica.

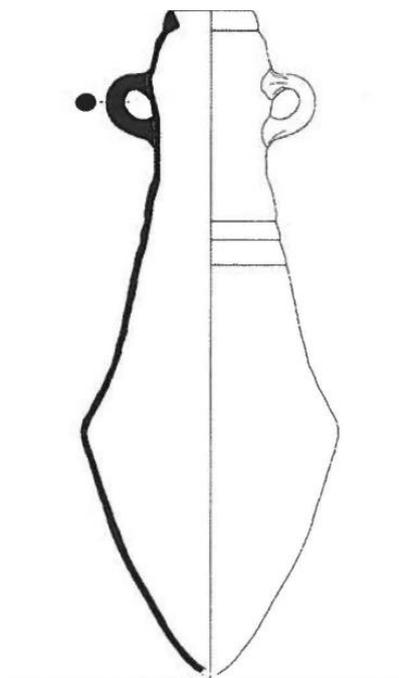


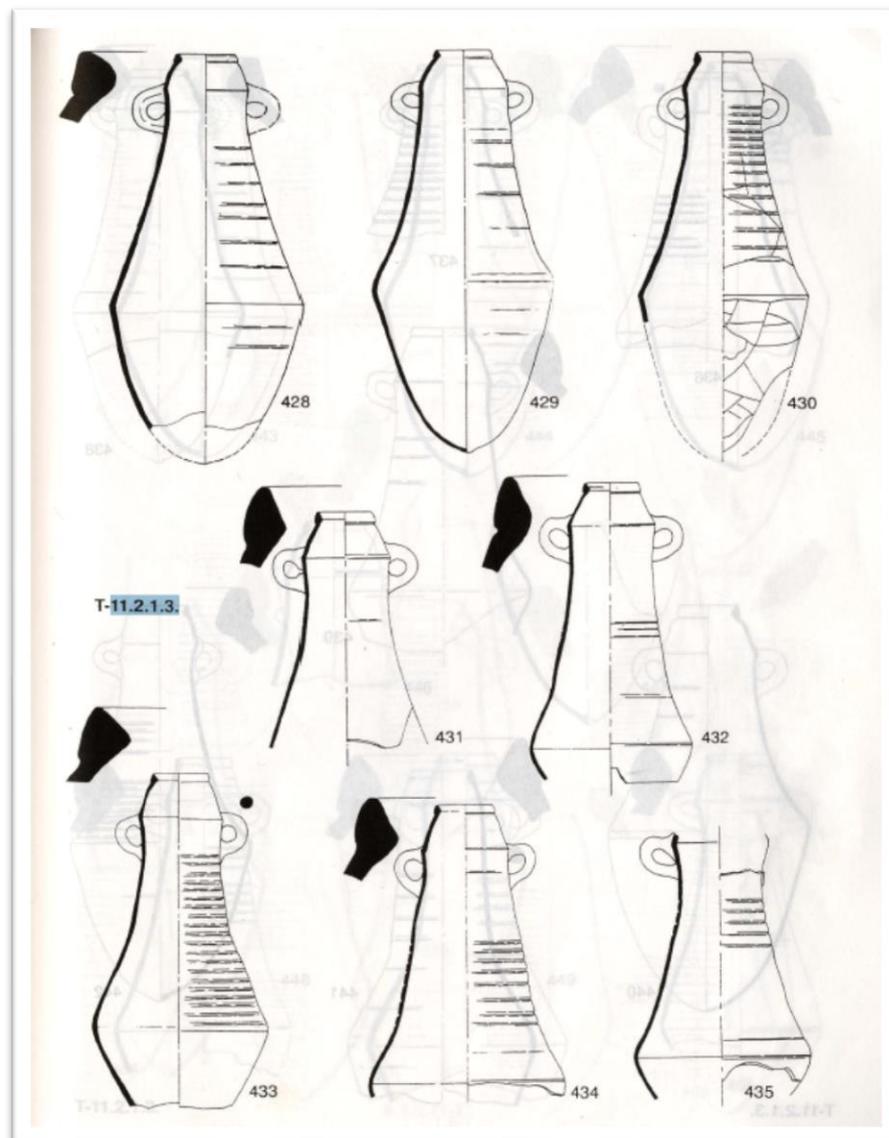
Fig. 28. T-1.2.1.1.2.

Fuente: Arruda, 2006, p. 28.

Pero, también tenemos pruebas que indican que este grupo de ánforas podría haber sido utilizado por los fenicios occidentales para transportar salazones de pescado. Aunque, como ya hemos señalado en páginas anteriores, el ánfora por excelencia para estos productos pesqueros era la T-1.2.1.1.2. Sabemos que la T-1.2.1.1.2 se debió producir entre el 510 y el 400 a. C., con especial prolijidad en la zona gaditana. Se han hallado fragmentos de este tipo en lugares como Cartago, *Iboshim*, Marruecos, Sulcis y Cerdeña. Además, también debió ser distribuida, bien por fenicios o bien por intermediarios griegos, por Motia, Siracusa, Camarina, el Monte Saraceno y las islas

Lipari. Así mismo, se han detectado algunas en el mar Tirreno, en zonas como Regisvilla y Pitecusas; y al sur de Italia, en Kaulonia.

Otro tipo anfórico del que debemos ocuparnos es el T-11.2.1.3, que ha sido detectado en diversos puntos de Grecia con una cronología de 470-460 a. C. Así, lo encontramos en Corinto, en el ágora de Atenas y en el santuario de Olimpia. Para explicar esta presencia solo debemos recordar el texto de Epicarmo del que hablamos anteriormente para comprender que en Grecia se disfrutaba de las salazones gadiritas.

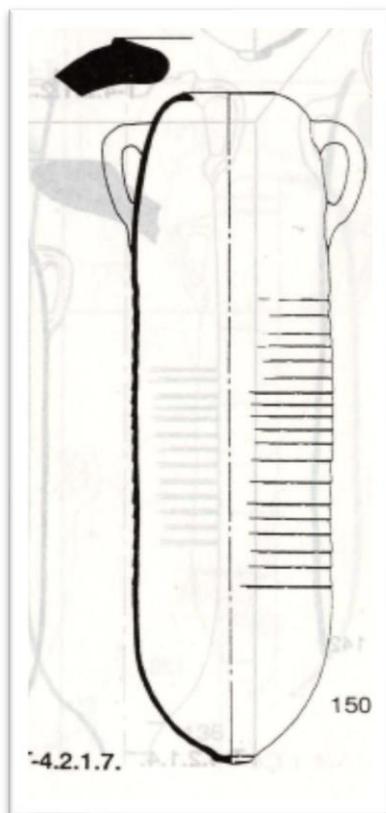


*Fig. 29. Ánfora T-11.2.1.3*

Fuente: Ramon Torres, 1995, p. 563.

Recapitulando para los siglos V y IV a. C. podemos observar como la distribución de las ánforas fenicias occidentales cargadas, probablemente, de salazones en el Mediterráneo coincide en gran medida con la distribución de productos griegos en el Extremo Occidente. Ya que en esta cronología advertimos como las cerámicas áticas se cuelean en lugares como *Iboshim*, el área costera atlántica de la Península Ibérica y en algunas zonas del norte del actual Marruecos.

El pecio Plane B localizado en las proximidades de las costas massaliotas resulta un buen indicador del tráfico marítimo de estos momentos finales del s. V a. C. y principios del siglo IV a. C. Entre su cargamento podemos contar lingotes de cobre, cerámica ática negra y ánforas griegas, massaliotas y cartaginesas del tipo T-4.2.1.7 o del tipo T-4.2.1.1. Bien pudiera ser que fuese un barco massaliota transportando estos productos de importación de vuelta a su lugar de origen o, quizás, un barco cartaginés saliendo de Massalia.



*Fig. 30. Ánfora T-4.2.1.7*

Fuente: Ramon Torres, 1995, p. 524.

Hacia finales del s. V a. C. observamos un incremento de las importaciones de cerámica griega y para la primera del s. IV a. C. estas importaciones llegaron a un punto máximo para, después, desaparecer de forma brusca del registro arqueológico del sur de la Península Ibérica durante la última mitad del s. IV a. C. En todo este proceso podemos ver como las ánforas griegas nunca se van más allá de las zonas costeras.

Pero, por supuesto, entre el 550 y el 300 a. C. *Emporion* ostentará la primacía y es donde más ánforas de transporte griegas se registran. Mientras que, en las ciudades-estado fenicias occidentales encontramos ánforas corintias, samias, jonias, grecoitálicas y massaliotas entre el s. V y el s. IV a.C. en sitios arqueológicos como *Iboshim*, Castillo de Doña Blanca, Las Redes, Cerro del Prado, Puente de Noy, El Majuelo y *Baria*.

En esta línea, el ya mencionado pecio de El Sec es una buena radiografía comercial de este momento. Ya que, en su interior, además de los productos anfóricos ya reseñados anteriormente, se hallaron ánforas griegas de Samos y Corinto, ánforas grecoitálicas de Thasos, Chios, Mende, Kos y Sinopes. Así como cerámicas griegas de barniz negro, crateras, kylikes y skyphos.

Cabe destacar, que una serie de *graffitis* fenicios hallados en algunas piezas hace pensar que los propietarios del barco fuesen cartagineses o fenicios occidentales. Todo ello debería llevarnos a replantearnos si *Emporion* era la única encargada de redistribuir las importaciones griegas en la Península Ibérica. Ciertamente contamos con cerámicas fenicias áticas griegas en los asentamientos del sur de la Península Ibérica que bien podrían ser producto de las relaciones comerciales entre *Gádir* y *Emporion*.

Pero, si tenemos en cuenta los contactos comerciales que los fenicios occidentales establecieron directamente con zonas griegas esta idea de *Emporion* como gran centro redistribuidor de las importaciones griegas no tendría mucho sentido. En este sentido, como señala el profesor López Castro, “*from late first half of 5th century B. C. a direct way of trade between western phoenicians and Greece was opened, likely far from carthaginian influence and like an exclusively western phaenomenon as reflected in greek literary sources. These relations could explain better the distribution of greek productions, amphoras and fine pottery in Southern Iberia*” (López Castro, 2000a, p. 135).

En resumen, tras la desaparición de las importaciones de cerámica ática hacia el último cuarto del s. IV a. C. nos encontramos con toda una serie de nuevas producciones de *fine ware* propiamente fenicias que vienen a cubrir las necesidades de la población y el vacío que deja la cerámica ática. Nos referimos a la cerámica de engobe rojo tipo Kouass (Niveau de Villedary y Mariñas, 2003) producida tanto en *Gádir* como en diversos puntos del norte de África.

Estas cerámicas aparecen en el registro arqueológico de numerosos yacimientos de la formación social fenicia occidental, así como también en toda una serie de yacimientos iberos. En el caso de las zonas fenicias, tenemos constancia de la presencia de la cerámica tipo Kouass desde el segundo cuarto del s. IV a. C. en sitios como el Castillo de Doña Blanca y Las Cumbres.

En la historiografía tradicionalmente se había planteado la desaparición de la cerámica griega ática como una consecuencia directa de la hegemonía ejercida por parte de Cartago tras las condiciones establecidas en el Segundo Tratado con Roma. Pero, realmente, como estamos pudiendo constatar no existe un cese inmediato de estas importaciones a partir de un momento determinado, como sería lógico si es la consecuencia directa de una decisión política en un momento muy concreto.

Sino que nos encontramos ante un paulatino descenso que abarca toda la segunda mitad del s. IV a. C. Y, a la vez, si esa supuesta hegemonía era tan poderosa los tipos anfóricos característicos cartagineses deberían demostrar una distribución mayor de la que el registro arqueológico nos ofrece. Con lo cual, en el estado actual de nuestros conocimientos debemos, en primer lugar, rechazar las tesis tradicionales; y, en segundo lugar, ser conscientes de que resulta aún muy complejo tratar de calibrar las consecuencias reales para el tráfico comercial marítimo del Segundo Tratado entre Roma y Cartago.

Aproximándonos ya al final de nuestro recorrido llegamos al s. III a. C., un periodo para el que contamos con más datos arqueológicos y, aún así, resulta poco conocido aún. Para la primera mitad del s. III a. C. no tenemos documentadas apenas ánforas cartaginesas. Aún así, en Las Redes se han hallado fragmentos de T-3.2.1.2. y de T-5.2.3.1.

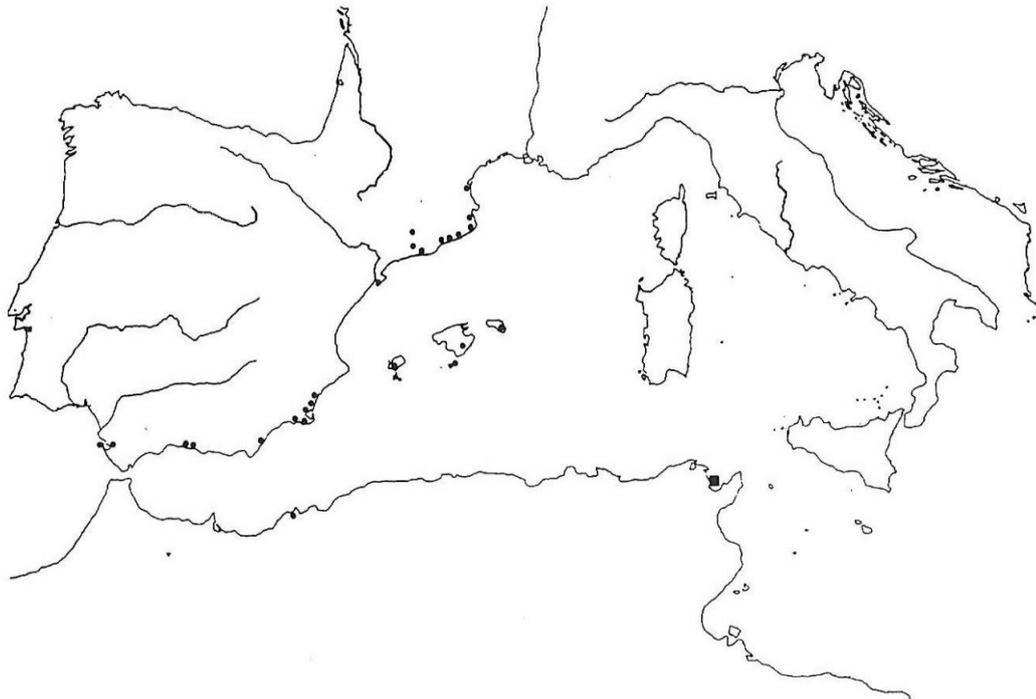
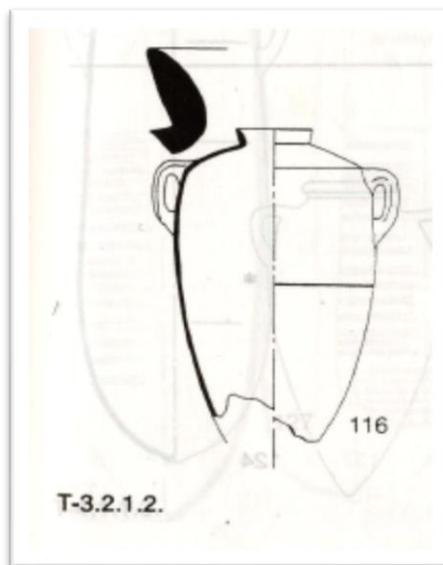


Fig. 3 - *Distribution of amphoras between 300-200 B.C. in Western Mediterranean* ● Carthaginians amphoras ■ Western Phoenician amphoras from the Iberian Peninsula

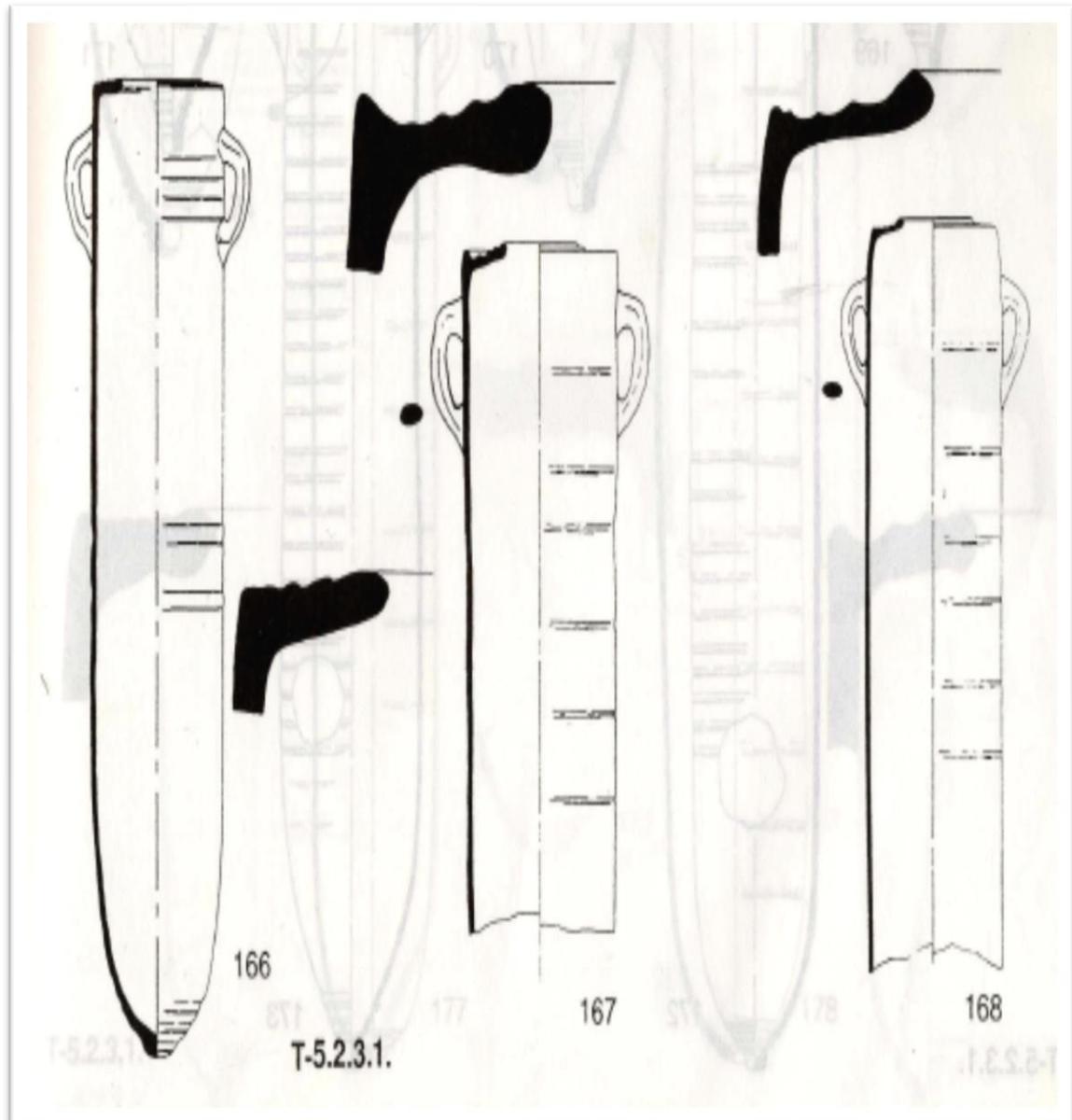
*Fig. 31. Distribución de ánforas en el Mediterráneo en el s. III a. C.*

Fuente: López Castro, 2000a, p. 137.



*Fig. 32. Ánfora T-3.2.1.2*

Fuente: Ramon Torres, 1995, p. 555.



*Fig. 33. Ánfora T-5.2.3.1*

Fuente: Ramon Torres, 1995, p. 527.

Como es consabido, en el último tercio de la centuria, en el 237 a. C., desembarcarían los bárcidas en la Península Ibérica. Pero, para los momentos justo anteriores a su venida encontramos altas concentraciones de ánforas distribuidas en la zona costera oriental. Especialmente, de los tipos T-5.2.3.1. y T-5.2.3.2., mientras que las T-6.1.2.1., T-7.2.1.1. y T-7.7.1.1. son menos frecuentes. Por nuestra parte consideramos que esta situación está claramente influenciada por el inicio de las intenciones imperialistas cartaginesas sobre el territorio de la Península Ibérica.

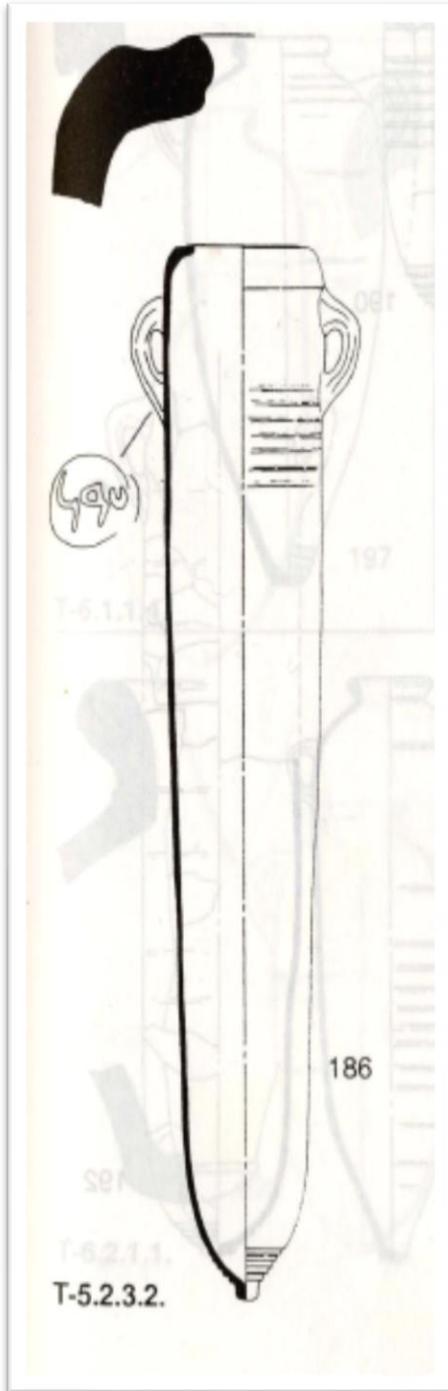


Fig. 34. Ánfora T-5.2.3.2.

Fuente: Ramon Torres, 1995, p. 531.

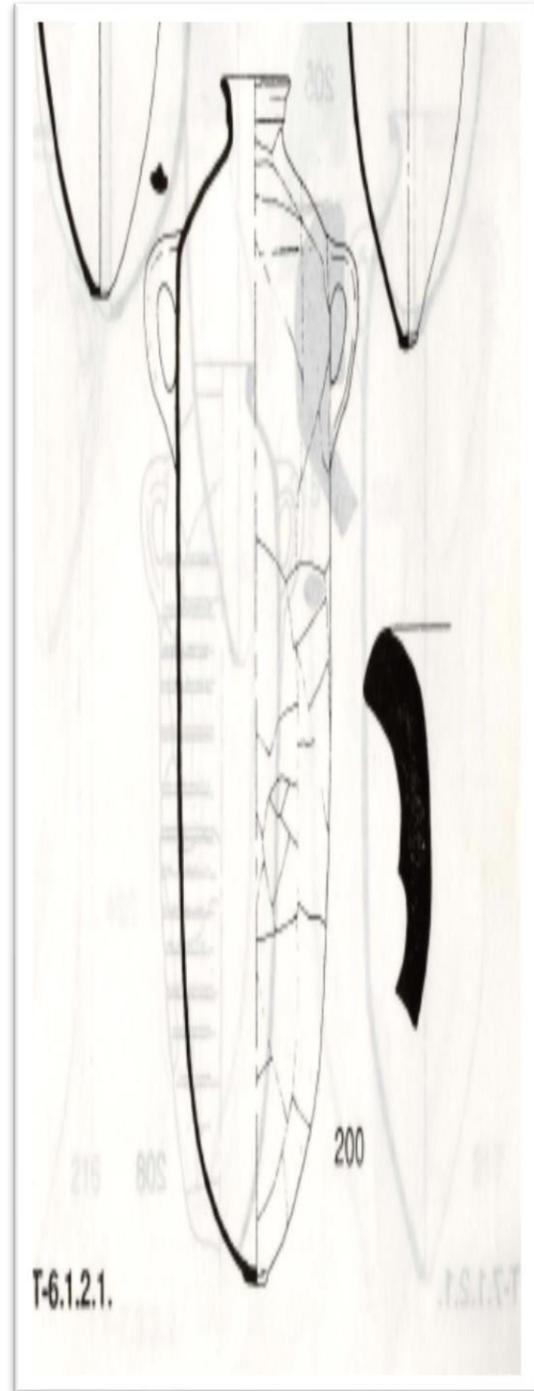


Fig. 35. Ánfora T-6.1.2.1

Fuente: Ramon Torres, 1995, p. 533.

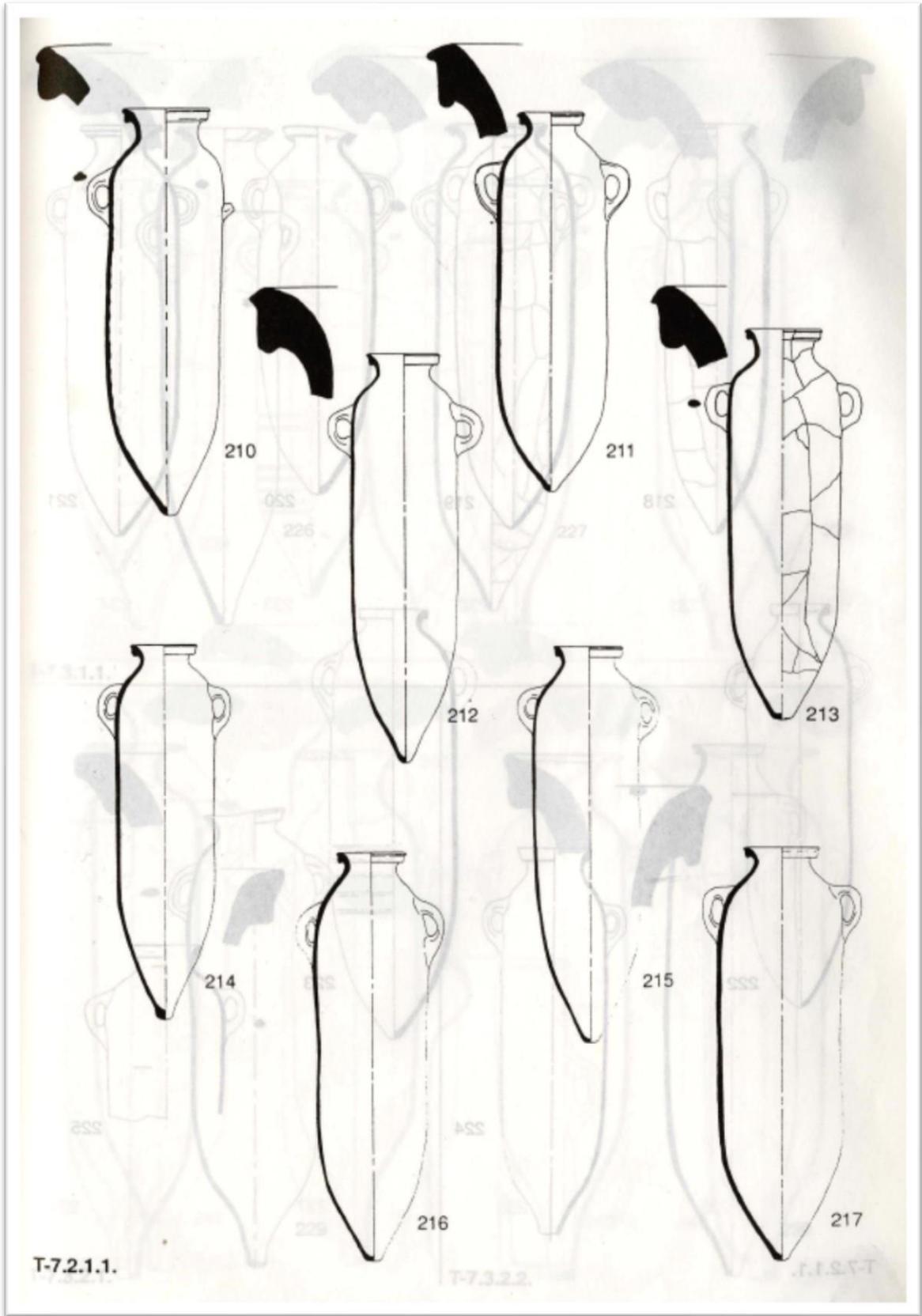


Fig. 36. Ánfora T-7.2.1.1.

Fuente: Ramon Torres, 1995, p. 535.

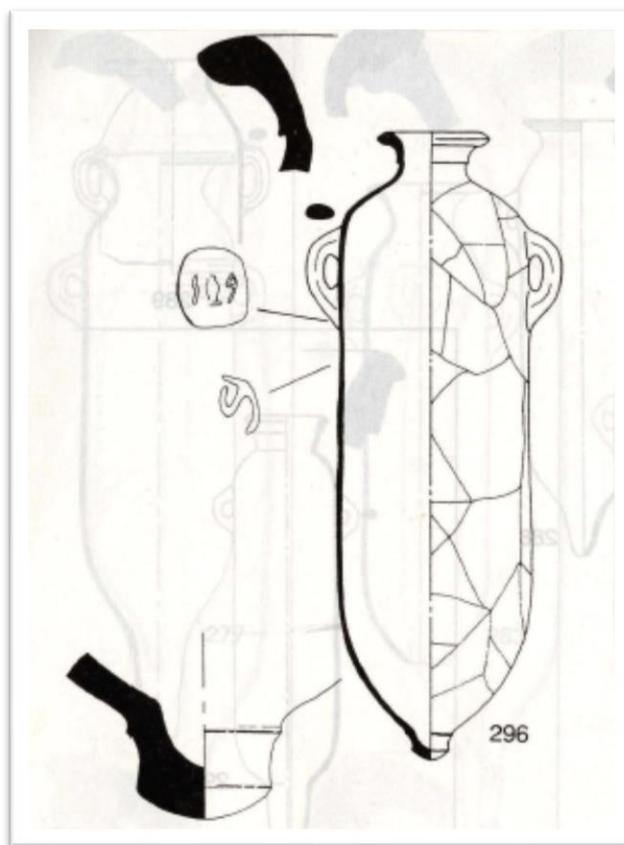


Fig. 37. Ánfora T-7.7.1.1.

Fuente: Ramon Torres, 1995, p. 546.

Ante estas evidencias el posible circuito comercial que podríamos plantear es que estas ánforas se distribuían hacia Massalia, *Emporion*, *Gádir* y la costa atlántica de África del Norte. Así, las formas anfóricas citadas se pueden localizar en prácticamente todas las ciudades-estado fenicias, en Cartago Nova, en *Iboshim*, en el sureste peninsular e, incluso, en la costa de la actual Cataluña, como evidencia el pecio Cabrera 2. Mientras que, por contrapartida, las únicas ánforas del s. III a. C. que han aparecido hasta la fecha en Cartago son de procedencia ibérica levantina.

Como ya hemos señalado, se comienza a difundir ampliamente la cerámica tipo Kouass desde finales del s. IV. Pero, no solo eso, sino que, además se fabrica y redistribuye cerámica negra local en sitios como *Emporion* e *Iboshim*. Además, durante todo el siglo III a. C. comenzarían a llegar gradualmente y en pequeñas proporciones producciones cerámicas itálicas, como ánforas grecoitalicas, *fine ware* de barniz negro

itálica, cerámica estampillada, cerámica decorada de Gnathia (Apulia), etc., que serían redistribuidas desde *Iboshim* y *Emporion* para llegar hasta la costa sur de la Península Ibérica. Aunque, no podemos delimitar si se trata de un comercio ejercido por parte de los fenicios occidentales o por parte de los cartagineses.

Hasta aquí hemos reseñado las evidencias materiales del comercio fenicio entre los siglos VI y III a. C, pudiendo comprobar en el camino la fragmentación y dispersión de los datos en la actualidad. Y, no solo eso, la escasez de interés por estudiar un periodo tan crucial para el desarrollo no solo de la sociedad fenicia occidental sino, sobre todo, del Mediterráneo Antiguo.

Posiblemente en el estado actual de nuestros conocimientos científicos no estemos aún en posición de aventurar un modelo teórico o una síntesis global sobre la compleja red de relaciones comerciales de esta interesante sociedad en nuestro periodo objeto de estudio. Pero, confiamos en que, con el tiempo, la investigación, tanto filológica como arqueológica, avance considerablemente y podamos continuar aprendiendo de nuestro pasado a través de la aplicación de nuevas metodologías de investigación.

## Conclusiones

Tras todo lo expuesto en las humildes páginas de este manuscrito consideramos que estamos en posición de señalar que la visión que podemos tener en la actualidad en torno al comercio entre los s. VI y III a. C. está cambiando paulatinamente gracias a los nuevos avances metodológicos y a las nuevas excavaciones de las últimas décadas. No obstante, tenemos aún serios vacíos en la investigación que nos impiden avanzar y el estado actual de nuestros conocimientos queda aún muy lejos de ofrecer un modelo interpretativo de este interesante fenómeno.

Hemos sido testigos a lo largo de nuestra argumentación de la profundidad y complejidad del fenómeno fenicio en el Extremo Occidente, tratando de ahondar en cada una de sus etapas cronológicas sucesivas en los entresijos de sus relaciones comerciales con otras sociedades. Desde las primeras naves que partieron del puerto de Tiro en busca de nuevos horizontes hasta el primer cartaginés que puso un pie en la Península Ibérica con intenciones imperialistas, desde las formas más teóricamente arcaicas de intercambio como “el comercio silencioso” hasta las complejidades que aún se nos escapan sobre el comercio panmediterráneo y el sistema de tratados y alianzas. Sin duda, ha sido un arduo recorrido en el que hemos podido comprender el estado actual de los conocimientos historiográficos en torno a nuestro objeto de estudio. Un esfuerzo que, sin duda, supone un gran avance para el desarrollo inminente de nuestra futura tesis doctoral.

En cuanto a nuestra hipótesis de partida, aquella idea en torno a la independencia en sus relaciones comerciales y económicas de las ciudades-estado de la formación social fenicia occidental debemos declarar, pese a nuestra bisonñez, que aún no estamos en condiciones de poder realizar tales afirmaciones. Ciertamente tras la caída de la metrópolis que supuso Tiro como gerente de la empresa colonizadora no detectamos que Cartago, como potencia emergente, tome las riendas del mundo fenicio occidental. Pero, sí que comenzará prontamente a ejercer una política de hegemonía económica sobre sus aliados, contándose entre estos a las principales ciudades-estado fenicias del Extremo Occidente. Por lo tanto, se trata de una cuestión muy compleja de resolver que requerirá de nuevos esfuerzos.

A pesar de ello, si podemos señalar acertadamente que la historiografía nos había ofrecido auténticas simplificaciones que deformaban la realidad material del pasado con ideas como el enfrentamiento encarnizado entre los bloques étnicos semita y griego, así como la idea del imperialismo territorial cartaginés temprano. Gracias a los nuevos y renovados esfuerzos estamos comenzando a contemplar la auténtica profundidad y complejidad de un escenario panmediterráneo con múltiples actores sociales implicados en los tráficos marítimos comerciales. De hecho, la simple asunción de que las importaciones griegas eran producto de los viajes griegos y de nada más ya queda relegada, dado las interacciones entre fenicios y griegos que demuestran estas páginas. Así como tampoco podemos aceptar ya la idea de que los dos primeros tratados entre Roma y Cartago viniesen a cambiar radicalmente el escenario comercial mediterráneo.

Lo que sí que resulta una realidad totalmente constatable es que el aumento de las interrelaciones comerciales marítimas entre los s. VI y III a. C. supone un auténtico reflejo de un espacio en continua evolución y convulsión donde se entremezclan toda una serie de entidades sociales, políticas y económicas complejas en las que destacan fenicios, cartagineses, griegos y etruscos. En este sentido, la profundización en los aspectos de la producción económica y de la circulación de mercancías resulta un camino muy apropiado para continuar aproximándonos a estas sociedades del Mediterráneo y a estos momentos del mundo antiguo que aún en la actualidad nos resultan tan desconocidos.

## Bibliografía

- Acquaro, E. (1978). *Cartagine: un impero sul Mediterraneo*. Roma: Caracci.
- Aguelo Mas, X., & Pons Machado, O. (2011). El pecio de Binissafúller. Resultados de la campaña de 2011. En V.V.A.A. (Ed.), *Actas de las Jornadas de ARQUA 2011* (pp. 96-101). Cartagena: Ministerio de Educación, Cultura y Deporte.
- Aguelo Mas, X., Pons Machado, O., Juan Fuertes, C. de, Ramon Torres, J., Mata Parreño, C., Soria Combadiera, L., ... Ramon Torres, J. (2014). El pecio de Binissafúller. Estado de las investigaciones. En X. Nieto Prieto & M. Bethencourt Núñez (Eds.), *Arqueología subacuática española. Actas del I Congreso de Arqueología Náutica y Subacuática Española. Cartagena, 14, 15 y 16 de marzo de 2013* (Vol. I, pp. 65-78). Cádiz: Universidad de Cádiz.
- Alía Miranda, F. (2008). *Técnicas de investigación para historiadores. Las fuentes de la Historia*. Madrid: Síntesis.
- Almagro-Gorbea, M., López Rosendo, E., Mederos Martín, A., & Torres Ortíz, M. (2010). Los sarcófagos antropoides de la necrópolis de Cádiz. *Mainake*, (32), 357-394.
- Alvar Ezquerro, J. (1981). *La navegación prerromana en la Península Ibérica. Colonizadores e indígenas*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid.
- Alvar Ezquerro, J. (Ed.). (2008a). *Entre fenicios y visigodos. La Historia Antigua de la Península Ibérica*. Madrid: La esfera de los libros.
- Alvar Ezquerro, J. (2008b). Modos de contacto y medios de comunicación: los orígenes de la expansión fenicia. En S. Celestino Pérez, N. Rafel i Fontanals, & X. L. Armada Pita (Eds.), *Contacto cultural entre el Mediterráneo y el Atlántico (siglos XII-VII a.n.e)*. *La precolonización a debate* (pp. 19-25). Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Arévalo González, A., & Moreno Pulido, E. (2011). La imagen proyectada de Gadir a través de sus monedas. En J. C. Domínguez Pérez (Ed.), *Gadir y el Círculo del Estrecho revisados. Propuestas de la arqueología desde un enfoque social* (pp. 321-351). Cádiz: Universidad de Cádiz.
- Arruda, A. M. (2006). Os recursos marítimos na economia da Idade do Ferro do sul de Portugal: o sal, a pesca e os preparados de peixe. En VV.AA. (Ed.), *Historia de la pesca en el Ámbito del Estrecho. I Conferencia Internacional, 1-5 de junio de 2004, Puerto de Santa María, Cádiz* (Vol. 1, pp. 385-405). Cádiz: Junta de Andalucía.
- Arteaga, O. (1987). Perspectivas espacio-temporales de la colonización fenicia occidental. Ensayo de aproximación. En A. Ruíz & M. Molinos (Eds.), *Iberos. Actas de las I Jornadas sobre el mundo ibérico* (pp. 205-228). Jaén: Ayuntamiento de Jaén.

- Astruc, M. (1951). *La necrópolis de Villaricos*. Madrid: Ministerio de Educación Nacional.
- Aubet Semmler, M. E. (1984). La necrópolis de Villaricos en el ámbito del mundo púnico peninsular. En *Actas del homenaje a Luis Siret* (pp. 612-623). Sevilla: Junta de Andalucía.
- Aubet Semmler, M. E. (2002a). Notas sobre tres pesos fenicios del Cerro del Villar (Málaga). *VO Quad*, 3(1), 29-40.
- Aubet Semmler, M. E. (2002b). Notes on the Economy of the Phoenician Settlements in Southern Spain. En M. R. Bierling (Ed.), *The Phoenicians in Spain. An Archaeological Review of the Eighth-Sixth Centuries B.C.E.* (pp. 79-95). Winona Lake: Eisenbrauns.
- Aubet Semmler, M. E. (2009). *Tiro y las colonias fenicias de Occidente (Tercera edición actualizada y ampliada)*. Barcelona: Bellaterra.
- Barceló, P. (1985). Ebusus: ¿Colonia fenicia o cartaginesa? *Gerión. Revista de Historia Antigua*, 3, 272-282.
- Bartoloni, P. (1990). Aspetti precoloniali della colonizzazione fenicia in Occidente. *Rivista di Studi Fenici*, 18(2), 157-177.
- Belén Deamos, M., & Escacena Carrasco, J. L. (1995). Interacción cultural fenicios-indígenas en el Bajo Guadalquivir. En J. San Bernardino Coronil, F. E. Álvarez Solano, & A. J. de Miguel Zabala (Eds.), *Arqueólogos, historiadores y filólogos: homenaje a Fernando Gascó* (pp. 67-102). Sevilla: Kolaios.
- Belén Deamos, María, Escacena Carrasco, J. L., Domínguez de la Concha, A., Perea Caveda, A., Rovira Llorens, S., & Ruiz-Gálvez Priego, M. (1995). A modo de epílogo. La Ría de Huelva: conclusiones y perspectivas. *Complutum Extra*, 5, 157-166.
- Bendala Galán, M. (1987). *Los cartagineses en España*. Madrid: Lince.
- Bernardini, P. (1993). Le origini della presenza fenicia in Sardegna e in Spagna: alcune affinità e divergenze. En J. Mangas Manjarrés & J. Alvar Ezquerro (Eds.), *Homenaje a José María Blázquez. Vol. II* (pp. 71-84). Madrid: Ediciones Clásicas.
- Bondi, S. F. (1988). Sull'organizzazione dell'attività commerciale nella società fenicia. En F. Angeli (Ed.), *Stato, economia, lavoro nel vicino Oriente antico* (pp. 348-362). Milán: Istituto Gramsci Toscano.
- Botto, M. (1988). L'attività commerciale dei fenici in Oriente tra il IX e la prima metà dell'VIII sec. a.C. *Egitto e Vicino Oriente*, 11, 122-143.
- Campos Carrasco, J. M., & Vidal Teruel, N. de la O. (2013). Arqueología urbana en Huelva: balance y perspectivas de futuro. En J. de Haro Ordóñez, J. M. García Rincón, F. Gómez Toscano, & J. A. Linares Catela (Eds.), *Arqueología en la*

provincia de Huelva. *Homenaje a Javier Rastrojo Lunar* (pp. 27-36). Huelva: Universidad de Huelva.

- Cardoso, J. L., López Castro, J. L., Ferjaoui, A., Mederos Martín, A., Martínez Hahn Müller, V., & Ben Jerbania, I. (2016). What the people of Utica (Tunisia) ate at a banquet in the 9th century BCE. Zooarchaeology of a North African early Phoenician settlement. *Journal of Archaeological Science: Reports*, 8, 314-322.
- Castro Sánchez, J. (1995). *Justino. Epítome de las Historias Filipicas de Pompeyo Trogo. Prologos. Fragmentos*. Madrid: Gredos.
- Desanges, J. (1963). Etendue et importance du Byzacium avant la creation sous Diocletien de la province de Byzacene. *Cahiers de Tunisie*, 44, 7-23.
- Díaz Tejera, A., & Balasch Recort, M. (1981). *Polibio. Historias. Libros I-IV*. Madrid: Gredos.
- Docter, R. F. (1994). Kartagische Amphoren aus Toscanos. *Madriden Mitteilungen*, 35, 123-139.
- Doménech-Carbó, M. T., Buendía-Ortuño, M., Pasies-Oviedo, T., & Osete-Cortina, L. (2016). Analytical study of waterlogged ivory from the Bajo de la Campana site (Murcia, Spain). *Microchemical Journal*, 126, 381-405.
- Domínguez Monedero, A. J. (2017). Huelva y el Mediterráneo. Siglos IX-V a.C. En S. Celestino Pérez & E. Rodríguez González (Eds.), *Territorios comparados: los Valles del Guadalquivir, el Guadiana y el Tajo en época tartésica (= Anejos del Archivo Español de Arqueología, LXXX)* (pp. 129-146). Mérida: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Fernández-Miranda, M. (1975). *Abdera. Excavaciones en el Cerro de Montecristo (Adra, Almería)*. Madrid: Ministerio de Educación y Ciencia.
- Fernández Galiano, M., & Pabón, J. M. (1993). *Homero. Odisea*. Madrid: Gredos.
- Finley, M. I. (1986). *Historia Antigua. Problemas metodológicos*. Barcelona: Crítica.
- Florido Esteban, D. D., García Alfonso, E., Navarrete Pendón, V., Ruiz Nieto, N., & Sabastro Román, M. Á. (2012). Varar y comerciar en la marisma. Guadalmar y el entorno del Cerro del Villar en Época Tardoarcaica. En E. García Alfonso (Ed.), *Diez años de arqueología fenicia en la provincia de Málaga (2001-2010)* (pp. 137-170). Sevilla: Consejería de Cultura y Deporte.
- Frankenstein, S. (1979). The Phoenicians in the Far West: a function of Neo-Assyrian imperialism. En M. Larsen (Ed.), *Power and Propaganda: a symposium on ancient empires* (pp. 263-294). Copenhagen: Akademisk Forlag.
- Frutos Reyes, G. de, & Muñoz Vicente, Á. (1994). Hornos púnicos de Torre Alta. En J. M. Campos Carrasco, J. A. Pérez Macías, & F. Gómez Toscano (Eds.), *Arqueología en el entorno del Bajo Guadiana* (pp. 393-414). Huelva: Universidad de Huelva.

- Fuentes Estañol, M. J., & Rosselló-Bordoy, G. (1980). Grafitos púnicos hallados en el pecio de la Illa del Sec (Calvià-Mallorca). *Bolletí de la Societat Arqueològica Lul-liana. Revista d'estudis històrics*, 37, 59-75.
- Garbini, G. (1992). Magomadas. *Rivista di Studi Fenici*, 20, 181-187.
- García Iglesias, L., & Rodríguez de Sepúlveda, M. (1994). *Flavio Josefo. Autobiografía. Contra Apión*. Madrid: Gredos.
- Gill, D. W. J. (1994). Positivism, pots and long-distance trade. *Classical Greece. Ancient Histories and Modern Archaeologies*, 12, 99-107.
- Ginzburg, C. (1994). Microhistoria: dos o tres cosas que sé de ella. *Manuscrits*, 12, 13-42.
- Gómez Toscano, F., & Campos Carrasco, J. M. (2001). *Arqueología en la ciudad de Huelva (1966-2000)*. Huelva: Universidad de Huelva.
- González de Canales, F., Serrano Pichardo, L., & Llompart Gómez, J. (2004). *El emporio fenicio precolonial de Huelva (ca. 900-770 a.C.)*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- González, Wagner, C. (1983). *Fenicios y cartagineses en la Península Ibérica*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid.
- González Wagner, C. (1984). El comercio púnico en el Mediterráneo a la luz de una nueva interpretación de los tratados concluidos entre Roma y Cartago. *Memorias de Historia Antigua*, 6, 211-224.
- González Wagner, C., & Alvar Ezquerro, J. (1989). Fenicios en Occidente. La colonización agrícola. *Rivista di Studi Fenici*, 17(1), 61-102.
- Gsell, S. (1913). *Histoire ancienne de l'Afrique du Nord*. Paris: Le Lumiere.
- Hernández de la Fuente, D. (2012). El trabajo con fuentes literarias en Historia Antigua: el método filológico y la crítica histórica. En M. J. Perex Agorreta (Ed.), *Métodos y Técnicas de Investigación Histórica I* (pp. 525-577). Madrid: UNED.
- Herráez Martín, M. I., Morán Luengo, N., Antelo, T., Bueso, M., Navarro Gascón, J. V., Valentín, N., ... Gil, T. (2014). Intervenciones de conservación-restauración sobre los marfiles del pecio fenicio del Bajo de la Campana (Cartagena, Murcia). *Informes y Trabajos*, 10, 129-148.
- Koch, M. (2004). *Taršiš e Hispania. Estudios histórico-geográficos y etimológicos sobre la colonización fenicia de la Península Ibérica*. Madrid: Centro de Estudios Fenicios y Púnicos.
- Kourou, N. (2012). L'orizzonte euboico nell'Egeo ed i primi rapporti con l'Occidente. En VV.AA. (Ed.), *Alle origini della Magna Grecia mobilità migrazioni fondazioni*.

*Atti del cinquantesimo convegno di studi sulla Magna Grecia, Taranto, 1-4 ottobre 2010* (pp. 161-188). Taranto: Istituto per la storia e l'Archeologia della Magna Grecia.

- Lipinski, E. (1983). Notes d'épigraphie phénicie et punique. *Orientalia Lovaniensa Periodica*, 14, 154-165.
- Lipiński, É. (1994). L'aménagement des villes dans la terminologie phénico-punique. En A. Mastino & P. Ruggeri (Eds.), *L'Africa romana, Atti del X convegno di studio (Oristano, 11-13 dicembre 1992)* (Vol. I, pp. 121-133). Sassari: Editrice Archivio Fotografico Sardo.
- López Castro, J. L. (1991). El imperialismo cartagines y las ciudades fenicias de la Península Iberica entre los siglos VI-III a.C. *Studi di Egittologia e Antichità Puniche*, 9, 89-107.
- López Castro, J. L. (1992a). La colonización fenicia en la Península Ibérica: 100 años de investigación. En J. L. López Castro (Ed.), *La colonización fenicia en el sur de la Península Ibérica: 100 años de investigación* (pp. 11-79). Almería: Instituto de Estudios Almerienses.
- López Castro, J. L. (1992b). Pompeyo Trogo (Justino XLIV 5, 1-4) y el imperialismo cartaginés en la Península Ibérica. En VV.AA. (Ed.), *In Memoriam J. Cabrera Moreno* (pp. 219-235). Granada: Universidad de Granada.
- López Castro, J. L. (1993). Fenicios y cartagineses en el Extremo Occidente. Algunas cuestiones terminológicas y de periodización. En A. Escobedo Rodríguez (Ed.), *Homenaje a la profesora Elena Pezzi* (pp. 343-348). Granada: Universidad de Granada.
- López Castro, J. L. (1994). Las ciudades fenicias del sur de la Península Ibérica y la conquista romana. En Instituto de Historia de Andalucía (Ed.), *Historia Antigua: actas del II Congreso de Historia de Andalucía* (pp. 251-258). Córdoba: Consejería de Cultura.
- López Castro, J. L. (1995). *Hispania poena. Los fenicios en la Hispania romana (206 a.C.-96 d.C.)*. Barcelona: Crítica.
- López Castro, J. L. (1997). Los fenicios occidentales y Grecia. En F. J. Presedo, P. Guinea, J. M. Cortés, & R. Urías (Eds.), *Χαίρε. II Reunión de Historiadores del Mundo Griego Antiguo* (pp. 95-105). Sevilla: Scriptorium.
- López Castro, J. L. (2000a). Carthage and mediterranean trade in the Far West (800-200 B. C.). *Rivista di Studi Punici*, 1, 123-144.
- López Castro, J. L. (2000b). Formas de intercambio de los fenicios occidentales en época arcaica. En P. Fernández Uriel, F. López Pardo, & E. C. González Wagner (Eds.), *Intercambio y comercio preclásico en el Mediterráneo: actas del I Coloquio del Centro de Estudios Fenicios y Púnicos* (pp. 123-136). Madrid: Universidad Complutense de Madrid.

- López Castro, J. L. (2003). La formación de las ciudades fenicias occidentales. *Byrsa. Rivista di arte, cultura e Archeologia del Mediterraneo punico*, (2), 69-120.
- López Castro, J. L. (2006). Los fenicios occidentales: de colonias a ciudades. En M. C. Belarte & J. Sanmartí (Eds.), *De les comunitats locals als estats arcaics: la formació de les societats complexes a la costa del Mediterrani occidental. Homenatge a Miquel Cura. [Arqueomediterrània 9]* (pp. 43-51). Barcelona: Universitat de Barcelona.
- López Castro, J. L. (2007). La ciudad fenicia de Baria. Investigaciones 1987-2003. En C. Sánchez de las Heras, L. Pérez Iriarte, S. Rodrigo Vila, & J. L. Romero Torres (Eds.), *Actas de las Jornadas sobre la Zona Arqueológica de Villaricos* (pp. 19-39). Sevilla: Consejería de Cultura.
- López Castro, J. L. (2008). El poblamiento rural fenicio en el sur de la Península Ibérica entre los siglos VI a III a.C. *Gerión. Revista de Historia Antigua*, 26(1), 149-182.
- López Castro, J. L., Alcaraz Hernández, F., & Santos Payán, A. (2013). Nuevas investigaciones en Abdera (Almería, España). Primeros resultados. En A. Margarida Arruda (Ed.), *Fenicios e púnicos, por terra e mar. Actas do VI Congresso Internacional de Estudos Fenícios e Púnicos. Volume 2 (Estudos & Memórias, 6)* (pp. 618-625). Lisboa: Centro de Arqueologia da Universidade de Lisboa.
- López Castro, J. L., Ferjaoui, A., Adroher Auroux, A. M., Arbi, F., Ben Jerbania, I., Dridi, F. & Sánchez Moreno, A. (2014). Proyecto Útica. Investigación en la ciudad fenicio-púnica. *Informes y trabajos. Excavaciones en el exterior 2012*, (11), 201-220.
- López Castro, J. L., Ferjaoui, A., Ferrer Albelda, E., Pardo Barrionuevo, C. A., Ben Jerbania, I., & Peña Romo, V. (2016). Edificios monumentales fenicio-púnicos en Útica. *Aula orientalis. Revista de estudios del Próximo Oriente Antiguo*, 34(2), 265-292.
- López Castro, J. L., Ferjaoui, A., Mederos Martín, A., Martínez Hahn Müller, V., & Ben Jerbania, I. (2016). La colonización fenicia inicial en el Mediterráneo Central: nuevas excavaciones arqueológicas en Utica (Túnez). *Trabajos de Prehistoria*, 73(1), 68-89.
- López Castro, J. L., Martínez Hahn Müller, V., Alcaraz Hernández, F., Santos Payán, A., & Moya Cobos, L. (2007). Una factoría fenicio-púnica de salazones de pescado en Baria (Villaricos, Almería, España). *Byrsa. Rivista di arte, cultura e Archeologia del Mediterraneo punico*, 6(1-2), 9-31.
- López Castro, J. L., Martínez Hahn Müller, V., Moya Cobos, L. & Pardo Barrionuevo, C. (2011). *Baria I. Excavaciones arqueológicas en Villaricos. La excavación de urgencia de 1987. Baria I. Excavaciones arqueológicas en Villaricos. La excavación de urgencia de 1987*. Almería: Universidad de Almería.

- López Castro, J. L., Martínez Hahn Müller, V., & Pardo Barrionuevo, C. A. (2010). La ciudad de Baria y su territorio. *Mainake*, XXXII (I), 109-132.
- Macía Aparicio, L. M. (2007). *Aristófanes. Comedias III. Lisístrata, Tesmoforiantes, Ranas, Asambleístas, Pluto*. Madrid: Gredos.
- Mañá, J. M. (1951). Sobre tipología de ánforas púnicas. En VV.AA. (Ed.), *VI Congreso Arqueológico del Sureste* (pp. 203-209). Alicante: Ayuntamiento de Alicante.
- Maniatis, F. (1984). Punic amphoras found at Corinth, Greece: an investigation of their origin and technology. *Journal of Field Archaeology*, 11, 205-222.
- Manzanero Cano, F., García Arribas, I., Arribas Hernáenz, M. L., Moure Casas, A. M., & Sancho Bermejo, J. L. (2010). *Plinio el Viejo. Historia Natural. Libros XII-XVI*. Madrid: Gredos.
- Mauro, C. M. (2014). Las rutas fenicias por el Mediterráneo en el periodo arcaico (IX – VII siglo a .C.). *ArqueoWeb*, 15, 33-55.
- Meana, M. J., & Piñero, F. (1992). *Estrabón. Geografía. Libros III-IV*. Madrid: Gredos.
- Mederos Martín, A. (1996). La conexión levantino-chipriota: indicios de comercio atlántico con el Mediterráneo oriental durante el Bronce Final (1150-950 a. C.). *Trabajos de prehistoria*, 53(2), 95-115.
- Mederos Martín, A. (1997). Nueva cronología del Bronce Final en el occidente de Europa. *Complutum*, 8, 73-96.
- Mederos Martín, A. (2004). Fenicios evanescentes. Nacimiento, muerte y redescubrimiento de los fenicios en la península Ibérica. II. (1936-1968). *SAGVNTVM. Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia*, (36), 35-46.
- Mederos Martín, A. (2006). Fenicios en Huelva, en el siglo X AC, durante el reinado de Hîrâm I de Tiro. *SPAL. Revista de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Sevilla*, (15), 167-188.
- Mederos Martín, A., & Ruiz Cabrero, L. A. (2006). Los inicios de la presencia fenicia en Málaga, Sevilla y Huelva. *Mainake*, (28), 129-176.
- Meltzer, O. (1878). *Geschichte der Kartagher*. Berlín: Agtum.
- Millán León, J. (1998). *Gades y las navegaciones oceánicas en la Antigüedad (1000 a.C.-500 d.C)*. Sevilla: Gráficas Sol.
- Molina Fajardo, F. (2006). Pesca y salazón en Almuñecar (Sexi) en la antigüedad. En VV.AA. (Ed.), *Historia de la pesca en el Ámbito del Estrecho. I Conferencia Internacional, 1-5 de junio de 2004, Puerto de Santa María, Cádiz* (Vol. 2, pp. 579-597). Cádiz: Junta de Andalucía.
- Moradiellos, E. (2010). *El oficio de historiador*. Madrid: Siglo XXI.

- Moscatti, S. (1972). *I fenici e Cartagine*. Roma: Torino.
- Moscatti, S. (1983). Precolonizzazione greca e precolonizzazione fenicia. *Rivista di Studi Fenici*, 11(1), 1-7.
- Moya Cobos, L. (2016). *Tyria Maria: los fenicios occidentales y la explotación de los recursos marinos*. Sevilla: Universidad de Sevilla.
- Muñoz Vicente, Á., & Frutos Reyes, G. de. (2006). El complejo alfarero de Torre Alta en San Fernando (Cádiz). Campaña de excavaciones de 1988. Una aportación al estudio de la industria pesquera en la Bahía de Cádiz en época tardopúnica. En VV.AA. (Ed.), *Historia de la pesca en el Ámbito del Estrecho. I Conferencia Internacional, 1-5 de junio de 2004, Puerto de Santa María, Cádiz* (Vol. 2, pp. 705-803). Cádiz: Junta de Andalucía.
- Navarro Antolín, F. (2010). *Macrobio. Saturnales*. Madrid: Gredos.
- Niemeyer, H. G., Docter, R. F., Schmidt, K., & Bechtold, B. (Eds.). (2007). *Karthago Band II. Die Ergebnisse der Hamburger Grabung unter dem Decumanus Maximus. Plates*. Mainz: Philipp von Zabern.
- Niveau de Villedary y Mariñas, A. M. (2001a). El espacio geopolítico gaditano en época púnica. Revisión y puesta al día del concepto de «Círculo del Estrecho». *Gerión*, 19, 313-354.
- Niveau de Villedary y Mariñas, A. M. (2001b). El espacio geopolítico gaditano en época púnica. Revisión y puesta al día del concepto de Círculo del Estrecho. *Gerión. Revista de Historia Antigua*, 19, 313-354.
- Niveau de Villedary y Mariñas, A. M. (2003). *Cerámicas gaditanas «tipo Kuass». Bases para el análisis de la Bahía de Cádiz en época púnica (= Bibliotheca Archaeologica Hispana, 21-Studia Hispano-Phoenicia, 4)*. Madrid: Real Academia de la Historia.
- Parise, N. (2003). *El origen de la moneda. Signos premonetarios y formas arcaicas del intercambio*. Barcelona: Edicions Bellaterra.
- Pascual Guasch, R. (1969). Un nuevo tipo de ánfora púnica. *AEA*, 42, 12-19.
- Pinedo Reyes, J., & Polzer, M. E. (2012). El pecio fenicio del Bajo de la Campana. En V.V.A.A. (Ed.), *Actas de las Jornadas de ARQUA 2011* (pp. 90-95). Cartagena: Ministerio de Educación, Cultura y Deporte.
- Plácido Suárez, D., Jiménez, E., & Sánchez, E. (1984). *Dionisio de Halicarnaso. Historia Antigua de Roma. Libros I-III*. Madrid: Gredos.
- Polzer, M. E. (2014). The Bajo de la Campana Shipwreck and Colonial Trade in Phoenician Spain. En J. Aruz, S. B. Graff, & Y. Rakic (Eds.), *Assyria to Iberia at the Dawn of the Classical Age* (pp. 230-242). New York: The Metropolitan

Museum of Art.

- Prados Martínez, F. (2012). Cartago. En C. Fornis (Ed.), *Mito y arqueología en el nacimiento de ciudades legendarias de la Antigüedad* (pp. 103-136). Sevilla: Universidad de Sevilla.
- Ramon Torres, J. (1995). *Las ánforas fenicio-púnicas del Mediterráneo central y occidental*. Barcelona: Universitat de Barcelona.
- Ramon Torres, J. (2009). L'expansion phénicienne. En M. Á. Cau Ontiveros & F. X. Nieto Prieto (Eds.), *Arqueologia nàutica mediterrània* (pp. 495-512). Girona: Centre d'Arqueologia Subacuàtica de Catalunya.
- Recio Ruiz, Á. (1990). *La cerámica fenicio-púnica, griega y etrusca del sondeo de San Agustín (Málaga)*. Málaga: Universidad de Málaga.
- Renfrew, C., & Paul, B. (2005). *Archaeology. The Key Concepts*. New York: Routledge.
- Ripollès i Alegre, P. P., & Abascal Palazón, J. M. (2000). *Monedas hispánicas*. Madrid: Real Academia de la Historia.
- Rodríguez-Noriega Guillen, L. (2006). *Ateneo. Banquete de los eruditos. Libros VI-VII*. Madrid: Gredos.
- Rodríguez Vinceiro, F. J. (1996). Aproximación a los recursos abióticos durante la protohistoria de la provincia de Málaga. En F. Wulff Alonso & G. Cruz Andreotti (Eds.), *Historia antigua de Málaga y su provincia* (pp. 189-203). Málaga: Ayuntamiento de Málaga.
- Ruiz Cabrero, L. A., & Mederos Martín, A. (2004). El pecio fenicio del Bajo de la Campana (Murcia, España) y el comercio del marfil norteafricano. *Zephyrus. Revista de Prehistoria y Arqueología*, (57), 263-281.
- Ruiz Mata, D. (1992). Castillo de Doña Blanca. Resultados de las investigaciones. En VV.AA. (Ed.), *Anuario arqueológico de Andalucía 1990* (pp. 301-303). Sevilla: Consejería de Cultura.
- Ruiz Mata, D. (1993). Fenicios en la Bahía gaditana. El Castillo de Doña Blanca (el Puerto de Santa María, Cádiz). En S. F. Ramallo Asensio, A. M. Muñoz Amilibia, & M. M. Ros Sala (Eds.), *Metalurgia en la Península Ibérica durante el primer milenio a. C. Estado actual de la investigación* (pp. 167-188). Murcia: Universidad de Murcia.
- Ruiz Mata, D. (1993). Los fenicios de época arcaica (Siglos VIII/VII a. C) en la Bahía de Cádiz. Estado de la cuestión. *Estudios Orientalis*, 4, 23-72.
- Sáez Romero, A. M. (2002). Algunas consideraciones acerca de las ánforas gadiritas Mañá-Pascual A4 evolucionadas. *Bolskan*, 19, 289-303.

- Sánchez-Moreno, E., & Gómez Pantoja, J. L. (2013). *Protohistoria y Antigüedad de la Península Ibérica. Vol. II. La Iberia prerromana y la Romanidad*. (E. Sánchez-Moreno, Ed.). Madrid: Sílex.
- Sánchez Manzano, M. A. (2001). *Veleyo Patérculo. Historia Romana*. Madrid: Gredos.
- Schering, W. (1964). Archäologische Befund. *Olympische Forschungen*, 11, 236-254.
- Schrader, C. (1979). *Heródoto. Historia. Libro IV*. Madrid: Gredos.
- Schubart, H. (1986). El mundo de las colonias fenicias occidentales. En VV.AA. (Ed.), *Homenaje a Luis Siret (1934-1984)* (pp. 499-525). Sevilla: Junta de Andalucía.
- Schubart, H. (2002). La campaña de excavaciones de 1967 en el asentamiento fenicio en la desembocadura del río Vélez. En H. Schubart (Ed.), *Toscanos y Alarcón. El asentamiento fenicio en la desembocadura del río Vélez. Excavaciones de 1967-1984 (= Cuadernos de Arqueología Mediterránea, 8)* (pp. 19-135). Barcelona: Publicaciones del Laboratorio de Arqueología de la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona.
- Schulten, A. (1945). *Tartessos*. Madrid: Renacimiento.
- Ste. Croix, G. E. M. de. (1988). *La lucha de clases en el mundo griego antiguo*. Barcelona: Crítica.
- Szyncer, M. (1975). L'assemblée du peuple dans les cités puniques d'après les témoignages épigraphiques. *Semitica*, 25, 47-68.
- Tarradell, M. (1959). Las excavaciones de Lixus (Marruecos). *Ampurias. Revista de arqueología, prehistoria y etnografía*, 12, 186-190.
- Tarradell, M. (1969). El problema de Tartessos visto desde el lado meridional del Estrecho de Gibraltar. En J. Maluquer de Motes (Ed.), *Tartessos y sus problemas. V Symposium internacional de Prehistoria Peninsular. Jerez de la Frontera, Septiembre 1968* (pp. 221-232). Barcelona: Universidad de Barcelona.
- Torres Esbarranch, J. J. (2004). *Diodoro de Sicilia. Biblioteca Histórica. Libros IV-VIII*. Madrid: Gredos.
- Torres Ortíz, M. (1998). La cronología absoluta europea y el inicio de la colonización fenicia en Occidente. Implicaciones cronológicas en Chipre y el Próximo Oriente. *Complutum*, 9, 49-60.
- Torres Ortíz, M. (2008). Los «tiempos» de la precolonización. En S. Celestino Pérez, N. Rafel i Fontanals, & X. L. Armada Pita (Eds.), *Contacto cultural entre el Mediterráneo y el Atlántico (siglos XII-VII a.n.e.). La precolonización a debate* (pp. 59-91). Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Tribaldos de Toledo, L. (1642). *La Geographia de Pomponio Mela*. Madrid: Díaz de la Carrera, Diego.

- Tsirkin, Y. B. (1976). *Finikiyskaya cultura v Ispanii*. Moscu: Russian.
- Van Berchem, D. (1962). Sanctuaires d'Hercule-Melqart. Contribution à l'étude de l'expansion phénicienne en Méditerranée. *Syria*, 44(1-2), 73-109.
- van Dommelen, P. (1997). Some reflection on urbanization in a colonial context. West central Sardinia in the 7th to 5th centuries BC. *ActaHyP*, 7, 243-276.
- Vegas, M. (Ed.). (1998). *Cartago fenicio-púnica. Las excavaciones alemanas en Cartago (1975-1997) (= Cuadernos de Arqueología Mediterránea, 4)*. Barcelona: Publicaciones del Laboratorio de Arqueología de la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona.
- VV.AA. (1960). *La Santa Biblia RV*. Madrid: Sociedades Bíblicas Unidas.
- Wagner, Carlos G. (2000). Comercio lejano, colonización e intercambio desigual en la expansión fenicia arcaica por el Mediterráneo. En P. Fernández Uriel, C. G. Wagner, & F. López Pardo (Eds.), *Intercambio y comercio preclásico en el Mediterráneo. I Coloquio del CEFYP* (pp. 79-92). Madrid: Centro de Estudios Fenicios y Púnicos.
- Warning-Treumann, B. (1978). West-Phoenician presence on the Iberian Peninsula. *The Ancient World*, 1, 15-32.
- White, L., Willis, S., & Puckett, N. (2014). Beginnings and endings: the 2011 field season at Bajo de la Campana, Spain. *CMAC. Center for maritime archaeology & conservation*, 4(1), 7-8.
- Whittaker, C. R. (1974). The western Phoenicians: colonisation and assimilation. *Proceedings of the Cambridge Philological Society*, 20, 58-79.
- Williams, C. K. (1979). Corinth, 1978: forum southwest. *Hesperia. The Journal of the American School of Classical Studies at Athens*, 48, 105-118.

## Relación de fuentes literarias citadas

Antifanes (*Deuc.* III, 118, d).

Aristófanes (*Ranas*, 475).

Ateneo (*Deip.* VII, 320).

Diodoro Sículo (V, 16).

Dionisio de Halicarnaso (*Ant. Rom.* I, 74, 1).

Estrabón (*Geogr.* III, 5, 5).

Flavio Josefo (*Contra Apionem* I, 125).

Heródoto (IV, 196, 1-3).

Homero (*Od.* XIV, 285-300).

I *Reyes* (10, 1-23).

I *Reyes* (5, 1-12).

II *Crónicas* 9, 20-24.

Justino (*Hist. Phil.* XLIV, 5, 1-4).

Justino (*Hist. Phil.* XVIII, 6, 8-10).

Macrobio (*Sat.* I, 20, 12).

Orosio (IV, 19, 1).

Plinio (*Hist. Nat.*, XVI, 40; XIX, 63),

Polibio (III, 22, 1-3).

Polibio (III, 22, 4-13).

Polibio (III, 23, 1-6).

Polibio (III, 24, 1-13).

Polibio (III, 24, 14-16).

Pomponio Mela (*Chor.* III, 6, 46),

Ps. Arist. (*Mir.* 136).

Pseudo Aristóteles (*De mirabil. Ausc.*, 134)

Silio Itálico (*Pún.* IV, 766).

Veleyo Patérculo (*Hist. Rom.* I, 2, 3)

## Índice de figuras

Figura 1. Retrato de Luis Siret y Cels (1860-1934). (Página 30).

Figura 2. Colonias fenicias en el Extremo Occidente (Página 33).

Figura 3. Birreme fenicio. Relieve del palacio de Senaquerib (Museo Británico). (Página 47).

Figura 4. Situación de las ciudades fenicias en Oriente. (Página 49).

Figura 5. Los circuitos de navegación mediterráneos. (Página 61).

Figura 6. Las colonias fenicias del Extremo Occidente en el Periodo Colonial. (Página 63).

Figura 7. El sarcófago masculino de Cádiz. (Página 72).

Figura 8. Las ciudades fenicias occidentales en el Periodo Urbano. (Página 73).

Figura 9. Asentamientos rurales en el sur de la Península Ibérica. (Página 78).

Figura 10. La muralla de *Malaka*. (Página 80).

Figura 11. La *Gádir* fenicia en el Periodo Urbano. (Página 85).

Figura 12. Factoría de salazones gadirita. (Página 88).

Figura 13. Acuñaciones de *Gadir*. (Página 89).

Figura 14. Posible evolución de las T-1.2.1.1.2 desde el s. VII al II a. C. (Página 91).

Figura 15. Las ciudades griegas en la Antigüedad. (Página 93).

Figura 16. Situación de Cartago en el Mediterráneo. (Página 96).

Figura. 17. Distribución de ánforas en el Mediterráneo entre el s. VIII y el s. VI a.C. (Página 106).

Figura. 18. Ánfora del tipo Ramón T-2.1.1.2. (Página 107).

Figura. 19. Ánfora del tipo Ramón T-10.1.2.1. (Página 108).

Figura. 20. Ánfora del tipo Ramón T-10.1.1.1. (Página 108).

Figura. 21. Uno de los marfiles del pecio del Bajo de la Campana. (Página 109).

Figura. 22. Situación de Massalia (Página 111).

Figura. 23. Distribución de ánforas en el Mediterráneo entre el s. V y el s. IV a. C. (Página 112).

Figura. 24. Ánfora T-4.1.1.2. (Página 113).

Figura. 25. Ánfora T-4.2.1.5. (Página 113).

Figura. 26. Ánfora T-2.2.1.2. (Página 114).

Figura. 27. Ánfora T-7.1.2.1. (Página 114).

Figura. 28. T-1.2.1.1.2 (Página 115).

Figura. 29. Ánfora T-11.2.1.3. (Página 116).

Figura. 30. Ánfora T-4.2.1.7. (Página 117).

Figura. 31. Distribución de ánforas en el Mediterráneo en el s. III a. C. (Página 120).

Figura. 32. Ánfora T-3.2.1.2. (Página 120).

Figura. 33. Ánfora T-5.2.3.1. (Página 121).

Figura. 34. Ánfora T-5.2.3.2. (Página 122).

Figura. 35. Ánfora T-6.1.2.1. (Página 122).

Figura. 36. Ánfora T-7.2.1.1. (Página 123).

Figura. 37. Ánfora T-7.7.1.1. (Página 124).

## Apéndice: Textos históricos.

### Texto 1.

*Hiram rey de Tiro envió también sus siervos a Salomón, luego que oyó que lo habían ungido por rey en lugar de su padre; porque Hiram siempre había amado a David. Entonces Salomón envió a decir a Hiram: Tú sabes que mi padre David no pudo edificar casa al nombre de Jehová su Dios, por las guerras que le rodearon, hasta que Jehová puso sus enemigos bajo las plantas de sus pies.*

*Ahora Jehová mi Dios me ha dado paz por todas partes; pues ni hay adversarios, ni mal que temer. Yo, por tanto, he determinado ahora edificar casa al nombre de Jehová mi Dios, según lo que Jehová habló a David mi padre, diciendo: Tu hijo, a quien yo pondré en lugar tuyo en tu trono, él edificará casa a mi nombre.*

*Manda, pues, ahora, que me corten cedros del Líbano; y mis siervos estarán con los tuyos, y yo te daré por tus siervos el salario que tú dijeres; porque tú sabes bien que ninguno hay entre nosotros que sepa labrar madera como los sidonios. Cuando Hiram oyó las palabras de Salomón, se alegró en gran manera, y dijo: Bendito sea hoy Jehová, que dio hijo sabio a David sobre este pueblo tan grande.*

*Y envió Hiram a decir a Salomón: He oído lo que me mandaste a decir; yo haré todo lo que te plazca acerca de la madera de cedro y la madera de ciprés.*

*Mis siervos la llevarán desde el Líbano al mar, y la enviaré en balsas por mar hasta el lugar que tú me señales, y allí se desatará, y tú la tomarás; y tú cumplirás mi deseo al dar de comer a mi familia. Dio, pues, Hiram a Salomón madera de cedro y madera de ciprés, toda la que quiso. Y Salomón daba a Hiram veinte mil coros de trigo para el sustento de su familia, y veinte coros de aceite*

*puro; esto daba Salomón a Hiram cada año. Jehová, pues, dio a Salomón sabiduría como le había dicho; y hubo paz entre Hiram y Salomón, e hicieron pacto entre ambos.*

*I Reyes (5, 1-12).*  
*(VV.AA., 1960).*

## Texto 2.

*“Entonces, unos ochenta años después de la toma de Troya, y ciento veinte desde la apoteosis de Hércules..... También en aquellos tiempos, la flota de Tiro, gran dominadora del mar, fundó Gades en la parte más lejana de Hispania, el límite extremo de nuestro orbe, [en] una isla rodeada por el Océano, separada del continente por un pequeño estrecho. Los mismos fundaron Útica pocos años después. Desterrados por los descendientes de Hércules, los hijos de Orestes, tras sufrir diversas desventuras y la violencia del mar, a los quince años establecieron su residencia en las proximidades de la isla de Lesbos”.*

*Veleyo Patérculo (Hist. Rom. I, 2, 3).*  
*(Sánchez Manzano, 2001).*

## Texto 3.

*“Acerca de la fundación de Gádira recuerdan los gaditanos cierto oráculo que según ellos les fue dado a los tirios ordenándoles enviar una colonia a las Columnas de Heracles; los que fueron enviados para inspeccionar, cuando estuvieron en las proximidades del Estrecho de Calpe, creyendo que los promontorios que forman el Estrecho eran los límites de la tierra habitada y de la expedición de Heracles y que constituían lo que el oráculo había designado con el nombre de Columnas, se detuvieron en un lugar del lado de acá del Estrecho, donde se encuentra ahora la ciudad de los sexitanos; y como quiera que, realizando un sacrificio allí no les resultaran favorables las víctimas, se volvieron.*

*Un tiempo después, los enviados avanzaron unos mil quinientos estadios más allá del Estrecho hasta una isla consagrada a Heracles situada junto a la ciudad de Onoba de Iberia, y creyendo que estaban allí las Columnas hicieron un sacrificio al dios, pero como las víctimas volvieron a resultar desfavorables, regresaron a la patria. Los que llegaron en la tercera expedición fundaron Gádira, y levantaron el templo en la parte oriental de la isla y la ciudad en la parte occidental”.*

Estrabón (*Geogr.* III, 5, 5).

(Meana & Piñero, 1992).

## Texto 4.

*“Junto a estas orillas, por donde sucintamente hemos discurrido, desde la punta que hace la provincia Bética hasta esta parte, muchas son las islas humildes y sin nombre que se avecinan. Pero de aquellas que el pasarlas en silencio, no es decente, una es la de Gades, que toca el estrecho.*

*Ella pues, con un angosto espacio, y a la manera de un río, cortada de la tierra firme, por el lado que más a ella se acerca, casi se encamina por un margen derecho; y por el que mira el Oceano, alargándose a sus ondas con dos promontorios, retira adentro la playa intermedia, sosteniendo en el uno de ellos, como cuerno, una opulenta ciudad de su mismo nombre, y en el otro un templo de Hércules Egipcio, por sus fundadores, por su religión, por su antigüedad, y por sus riquezas, magnífico. Los tirios lo erigieron; lo religioso se ocasiona de estar allí sepultados sus huesos; su origen es desde la edad de Troya; y la opulencia, el tiempo se la ha aumentado”.*

Pomponio Mela (*Chor.* III, 6, 46).

(Tribaldos de Toledo, 1642).

## Texto 5.

*“¿Acaso no perdura todavía en la ciudadela la estatua de Véyovis hecha de ciprés, consagrada en el año 561 desde la fundación de la ciudad? Son también memorables el templo de Apolo en Utica, donde las vigas de cedro numídico perduran tal como fueron colocadas en la fundación original de esa ciudad, hace mil ciento setenta y ocho años, y en Hispania, en Sagunto, el templo de Diana, cuya estatua llegó desde Zacinto con los fundadores de la ciudad doscientos años antes de la destrucción de Troya, según lo atestigua Boco,*

*tienen el templo al pie de la propia ciudad -Aníbal lo respeto inducido por un sentimiento religioso-, perdurando todavía hoy sus vigas de enebro”.*

Plinio (*Hist. Nat.*, XVI, 216).

(Manzanero Cano, *et al.*, 2010).

#### Texto 6.

*“Oyendo la reina de Sabá la fama que Salomón había alcanzado por el nombre de Jehová, vino a probarle con preguntas difíciles. Y vino a Jerusalén con un séquito muy grande, con camellos cargados de especias, y oro en gran abundancia, y piedras preciosas; y cuando vino a Salomón, le expuso todo lo que en su corazón tenía. Y Salomón le contestó todas sus preguntas, y nada hubo que el rey no le contestase.*

*Y cuando la reina de Sabá vio toda la sabiduría de Salomón, y la casa que había edificado, asimismo la comida de su mesa, las habitaciones de sus oficiales, el estado y los vestidos de los que le servían, sus maestresalas, y sus holocaustos que ofrecía en la casa de Jehová, se quedó asombrada. Y dijo al rey: Verdad es lo que oí en mi tierra de tus cosas y de tu sabiduría; pero yo no lo creía, hasta que he venido, y mis ojos han visto que ni aun se me dijo la mitad; es mayor tu sabiduría y bien, que la fama que yo había oído.*

*Bienaventurados tus hombres, dichosos estos tus siervos, que están continuamente delante de ti, y oyen tu sabiduría. Jehová tu Dios sea bendito, que se agradó de ti para ponerte en el trono de Israel; porque Jehová ha amado siempre a Israel, te ha puesto por rey, para que hagas derecho y justicia. Y dio ella al rey ciento veinte talentos de oro, y mucha especiería, y piedras preciosas; nunca vino tan gran cantidad de especias, como la reina de Sabá dio al rey Salomón.*

*La flota de Hiram que había traído el oro de Ofir, traía también de Ofir mucha madera de sándalo, y piedras preciosas. Y de la madera de sándalo hizo el rey balaustres para la casa de Jehová y para las casas reales, arpas también y salterios para los cantores; nunca vino semejante madera de sándalo, ni se ha visto hasta hoy. Y el rey Salomón dio a la reina de Sabá todo lo que ella quiso, y todo lo que pidió, además de lo que Salomón le dio. Y ella se volvió, y se fue a su tierra con sus criados.*

*El peso del oro que Salomón tenía de renta cada año era seiscientos sesenta y seis talentos de oro; sin lo de los mercaderes, y lo de la contratación de especias, y lo de todos los reyes de Arabia, y de los principales de la tierra. Hizo también el rey Salomón doscientos escudos grandes de oro batido; seiscientos siclos de oro gastó en cada escudo. Asimismo, hizo trescientos escudos de oro batido, en cada uno de los cuales gastó tres libras de oro; y el rey los puso en la casa del bosque del Líbano.*

*Hizo también el rey un gran trono de marfil, el cual cubrió de oro purísimo. Seis gradas tenía el trono, y la parte alta era redonda por el respaldo; y a uno y otro lado tenía brazos cerca del asiento, junto a los cuales estaban colocados dos leones. Estaban también doce leones puestos allí sobre las seis gradas, de un lado y de otro; en ningún otro reino se había hecho trono semejante.*

*Y todos los vasos de beber del rey Salomón eran de oro, y asimismo toda la vajilla de la casa del bosque del Líbano era de oro fino; nada de plata, porque en tiempo de Salomón no era apreciada. Porque el rey tenía en el mar una flota de naves de Tarsis, con la flota de Hiram. Una vez cada tres años venía la flota de Tarsis, y traía oro, plata, marfil, monos y pavos reales. Así excedía el rey Salomón a todos los reyes de la tierra en riquezas y en sabiduría”.*

*I Reyes (10, 1-23).*

*(VV.AA., 1960).*

## Texto 7.

*“Toda la vajilla del rey Salomón era de oro, y toda la vajilla de la casa del bosque del Líbano, de oro puro. En los días de Salomón la plata no era apreciada. Porque la flota del rey iba a Tarsis con los siervos de Hiram, y cada tres años solían venir las naves de Tarsis, y traían oro, plata, marfil, monos, y pavos reales. Y excedió el rey Salomón a todos los reyes de la tierra en riqueza y en sabiduría. Y todos los reyes de la tierra procuraban ver el rostro de Salomón, para oír la sabiduría, que Dios le había dado: Cada uno de éstos traía su presente, alhajas de plata, alhajas de oro, vestidos, armas, perfumes, caballos y mulos, todos los años”.*

*II Crónicas (9, 20-24).*

*(VV.AA., 1960).*

## Texto 8.

*“El sucesor de éste fue Pigmalion, que vivió cincuenta y seis años y reino cuarenta y siete; en el séptimo año de su reinado, su hermana huyó a Libia donde fundó la ciudad de Cartago. Así pues, el tiempo transcurrido desde la subida al trono de Hiram hasta la fundación de Cartago hace un total de ciento cincuenta y cinco años y ocho meses. Como el Templo de Jerusalén fue construido en el año duodécimo del reinado de Hiram, desde la construcción del templo hasta la fundación de Cartago transcurrieron ciento cuarenta y tres años y ocho meses”.*

*Flavio Josefo (Contra Apionem I, 125-126).*

*(García Iglesias & Rodríguez de Sepúlveda, 1994).*

## Texto 9.

*“El último asentamiento o colonización de Roma, o como deba llamarse, según Timeo de Sicilia (no sé qué sistema cronológico usa) tuvo lugar en la misma época que la fundación de Cartago, treinta y ocho años antes de la primera Olimpiada (814 a. C.)”.*

Dionisio de Halicarnaso (*Ant. Rom. I, 74, 1*).

(Plácido Suárez *et al.*, 1984).

## Texto 10.

*“Fue adorada como una diosa durante todo el tiempo que Cartago fue invicta. Esta ciudad fue fundada setenta y dos años antes que Roma, lo mismo que fue famosa por su valor en la guerra, así también en el interior se vio agitada por distintas vicisitudes debidas a la discordia”.*

Justino (*Hist. Phil. XVIII, 6, 8-10*).

(Castro Sánchez, 1995).

## Texto 11.

*“Siete años allí me quedé y allegué muchos bienes entre aquellos egipcios, pues todos me daban; corriendo ya el octavo al volver de los tiempos veloz, presentóse por aquella comarca un fenicio falaz e intrigante, un taimado que había traído desgracias sin cuento a otros hombres. Mañoso logró le siguiera a Fenicia, donde él mismo de asiento tenía su morada y su hacienda, y hasta fines del año me tuvo hospedado en su casa; más pasaron los días, los meses y, así que en el giro de los tiempos volvió la estación en que yo había*

*llegado embarcóme consigo otra vez y, amasando mentiras, consiguió que agregara mi carga con rumbo hacia Libia. Meditaba venderme de esclavo y sacar buen precio y, aunque ya con sospechas, seguíle por fuerza en la nave, que corrió con el soplo de un cierzo sutil, halagüeño por el mar, bajo Creta; más Zeus nos tramaba ruinas”.*

Homero (*Od.* XIV, 285-300).

(Fernández Galiano & Pabón, 1993).

#### Texto 12.

*“Los cartagineses cuentan también la siguiente historia: en Libia, allende las Columnas de Heracles, hay cierto lugar que se encuentra habitado; cuando arriban a ese paraje, descargan sus mercancías, las dejan alineadas a lo largo de la playa y acto seguido se embarcan en sus naves y hacen señales de humo. Entonces los indígenas, al ver el humo, acuden a la orilla del mar, y sin pérdida de tiempo, dejan oro como pago de las mercancías y se alejan bastante de las mismas.*

*Por su parte, los cartagineses desembarcan y examinan el oro; y si les parece un justo precio por las mercancías, lo cogen y se van; en cambio si no lo estiman justo, vuelven a embarcarse en las naves y permanecen a la expectativa. Entonces los nativos, por lo general, se acercan y siguen añadiendo más oro, hasta que los dejan satisfechos. Y ni unos ni otros faltan a la justicia; pues ni los cartagineses tocan el oro hasta que, a su juicio, haya igualado el valor de las mercancías, ni los indígenas tocan las mercancías antes de que los mercaderes hayan cogido el oro”.*

Heródoto (*IV*, 196, 1-3).

(Schrader, 1979).

## Texto 13.

*“Está situada en alta mar y dista de las Columnas de Heracles tres días y tres noches de navegación, de Libia un día y una noche, y de Iberia un día; por su extensión es semejante a Corcira. La isla no es excesivamente fértil; tiene poca tierra cultivada plantada de viñas y olivos injertados en acebuches. De lo que se produce en ella, dicen que lo que se lleva la palma es la extrema suavidad de sus lanas. Alternan en la isla llanuras de notable extensión y colinas, y tiene una ciudad llamada Éreso, colonia de los cartagineses”.*

Diod. (V, 16).

(Torres Esbarranch, 2004).

## Texto 14.

*“Luego, después de los reyes de Hispania, los cartagineses fueron los primeros en hacerse con el dominio de la provincia. En efecto, cuando los gaditanos recibieron en sueños la orden de trasladar a Hispania el culto de Hércules desde Tiro, de donde también procedían los cartagineses, y fundaron allí una ciudad, puesto que los pueblos vecinos de Hispania, que veían con malos ojos el engrandecimiento de la nueva ciudad, hostigaban a los gaditanos con la guerra, los cartagineses enviaron ayuda a sus hermanos de raza. Allí, en una expedición victoriosa liberaron a los gaditanos de la injusticia y con una injusticia mayor aún unieron una parte de la provincia a su dominio”.*

Justino (XLIV, 5, 1-4).

(Castro Sánchez, 1995).

## Texto 15.

*“En efecto, como la ira llevara a Terón, rey de la Hispania Citerior, a atacar el templo de Hércules armando una flota de barcos, los habitantes de Gades salieron a su encuentro ganando alta mar con naves de guerra, y entablado el combate, estando aun la lucha con resultado parejo, de repente, las naves reales viraron y se dieron a la fuga, y presas de un repentino fuego, al punto ardieron. Los poquísimos enemigos supervivientes, hechos prisioneros, declararon que les aparecieron los leones que están colocados sobre las proas de la flota gaditana, y que sus naves se incendiaron de repente, heridas por rayos semejantes a aquellos que se pintan en la cabeza del sol”.*

Macrobio (*Sat.* I, 20, 12).

(Navarro Antolín, 2010).

## Texto 16.

*“Dicen que los fenicios que habitan la llamada Gadir y navegan más allá de las Columnas de Hércules llegan con viento apeliota en cuatro días a unos parajes desiertos llenos de juncos y sargazos que durante la marea baja no están mojados, pero que se inundan durante la pleamar, en los que se encuentran en abundancia atunes asombrosos por su longitud y grosor cuando en ellos encallan. Los cartagineses los ponen en conserva y juntándolos en unos depósitos los llevan a Cartago, de donde no solo los exportan, sino que por su excelente calidad los toman ellos mismos como alimentos”.*

Ps. Arist. (*Mir.* 136).

(Manzanero Cano *et al.*, 2010).

## Texto 17.

*“Epicarmo a su vez, en Las bodas de Hebe [PCG I, fr. 48 (64 A R-N)]: Poseidón en persona vino trayendo en mercantes fenicios los más hermosos [...] raspallones y viejas coloradas, de las que ni siquiera el excremento les es ilícito rechazar a los dioses”.*

Ateneo (*Deip.* VII, 320).  
(Rodríguez-Noriega Guillen, 2006).

## Texto 18.

*“¡Oh tú, infame, sinvergüenza y atrevido, maldito, más que maldito y remaldito y requetemaldito, que sacaste de aquí a Cerbero, nuestro perro, que está a mi cuidado, agarrándolo del cuello, y te diste media vuelta y te largaste con él! Pero ahora la situación es más normal: ahora montan la guardia contra ti esa roca de corazón negro de la Estige y el acantilado del Aqueronte que chorrea sangre, y los perros del Cocito, que por todas partes corren, y la Equidna de cien cabezas, que te desgarrará las entrañas; de tus pulmones se agarrará una murena tartesia y tus dos riñones, ensangrentados, junto con las otras vísceras, te los harán trocitos las Gorgonas titrasias, hacia las que yo dirijo mi pie caminante”.*

Aristófanes (*Ranas*, 475).  
(Macía Aparicio, 2007).

## Texto 19.

*“El primer pacto entre romanos y cartagineses se concluye en tiempos de Lucio Junio Bruto y Marco Horacio, los primeros cónsules romanos nombrados después del derrocamiento de la monarquía. Bajo su consulado se consagro el templo de Júpiter capitolino. Esto ocurrió veintiocho antes del paso de Jerjes a Grecia”.*

Polibio (III, 22, 1-3).

(Díaz Tejera & Balasch Recort, 1981).

## Texto 20.

*“Lo hemos transcrito traduciéndolo con la máxima exactitud posible, pues también entre los romanos es tan grande la diferencia entre la lengua actual y la antigua que, algunas cosas, apenas si los más entendidos logran discernirlas claramente. Los pactos son del tenor siguiente: Que haya paz entre los romanos y sus aliados y los cartagineses y sus aliados bajo las condiciones siguientes: que ni los romanos ni los aliados de los romanos naveguen más allá del cabo Hermoso si no les obliga una tempestad, o bien los enemigos.*

*Si alguien es llevado allá por la fuerza, que no le sea permitido comprar ni tomar nada, excepción hecha de aprovisionamiento para el navío o para los sacrificios (y que se vayan a los cinco días). Los que lleguen allí con fines comerciales no podrán concluir negocios si no es bajo la presencia de un heraldo o de un escribano. Lo que se venda en presencia de estos, sea garantizado al vendedor por fianza pública, tanto si se vende en África como en Cerdeña. Si algún romano se presenta en Sicilia, en un paraje sometido al dominio cartaginés, gozará de los mismos derechos.*

*Que los cartagineses no cometan injusticias contra el pueblo de los ardeatinos, ni contra el de Antio, ni contra el de Laurento, ni contra en de Circes, ni contra el de Terracina, ni contra ningún otro pueblo latino sujeto a los romanos. Que los cartagineses no ataquen a las ciudades que no les están sometidas, y si las conquistan, que las entreguen intactas a los romanos. Que no levanten ninguna fortificación en el Lacio. Si penetran hostilmente, que no lleguen a pernoctar allí”.*

Polibio (III, 22, 4-13).

(Díaz Tejera & Balasch Recort, 1981).

#### Texto 21.

*“El cabo Hermoso esta junto a la misma Cartago, en la parte norte. Los cartagineses se oponen rotundamente a que los romanos naveguen por allí hacia el Sur con naves grandes, de guerra, porque, según creo, no quieren que conozcan los parajes de Bisatis, ni los de la Sirte pequeña, la llamada Emporio por la fertilidad de sus tierras. Si alguien permanece allí forzado por una tempestad o por la presión de los enemigos, y carece de lo preciso para los sacrificios o para el equipamiento de la nave, se avienen a que lo tome, pero nada más; exigen que los que han fondeado allí zarpen al cabo de cinco días.*

*Los romanos tienen permiso de navegar, si es con fines comerciales, hasta Cartago, hasta la región de África limitada por el cabo Hermoso, y también a Cerdeña y a la parte de Sicilia sometida a los cartagineses; estos les prometen asegurar con una fianza publica un trato justo. Por este pacto se ve que los cartagineses hablan como de cosa propia de Cerdeña y de África; en cambio, al tratar de Sicilia, precisan formalmente lo contrario, dado que hacen los pactos sobre aquella parte de Sicilia que cae bajo dominio cartaginés. Igualmente, los romanos pactan acerca de la región del Lacio, y no hacen mención del resto de Italia porque no cae bajo su potestad”.*

Polibio (III, 23, 1-6).

(Díaz Tejera & Balasch Recort, 1981).

## Texto 22.

*“Después de éste, los cartagineses establecen otro pacto, en el cual han incluido a los habitantes de Tiro y Utica. Al cabo Hermoso añaden Mastia y Tarseyo, más allá de cuyos lugares prohíben a los romanos coger botín y fundar ciudades. El pacto es como sigue: Que haya amistad entre los romanos y los aliados de los romanos por una parte y el pueblo de los cartagineses, el de Tiro, el de Utica y sus aliados por la otra, bajo las siguientes condiciones: que los romanos no recojan botín más allá del cabo Hermoso, de Mastia ni de Tarseyo, que no comercien en tales regiones ni funden ciudades. Si los cartagineses conquistan en el Lacio una ciudad no sometida a los romanos, que se reserven el dinero y los hombres, pero que entreguen la ciudad. Si los cartagineses aprehenden a ciudadanos cuya ciudad haya firmado un tratado de paz con Roma, pero que no sea súbdita romana, que los prisioneros no sean llevados a puertos romanos; pero si uno desembarca y un romano le da la mano, sea puesto en libertad.*

*Que los romanos se comporten igualmente. Si un romano recoge agua o provisiones de un país dominado por los cartagineses, que este aprovisionamiento no sirva para perjudicar a nadie de aquellos que están en paz y amistad (con los cartagineses. Y que lo mismo) haga el cartaginés. Pero en caso contrario, que no haya venganza privada; si alguien se comporta así, que sea un crimen de derecho común. Que ningún romano comercie ni funde ciudad alguna, ni tan siquiera fondee en África o en Cerdeña, a no ser para recoger provisiones o para reparar una nave. Si un temporal le lleva hasta allí, que se marche al cabo de cinco días. En la parte de Sicilia dominada por los cartagineses y en Cartago, un romano puede hacer y vender todo lo que es lícito a un ciudadano cartaginés. Y que los cartagineses hagan lo mismo en Roma”*

Polibio (III, 24, 1-13).

(Díaz Tejera & Balasch Recort, 1981).

## Texto 23.

*“En este pacto los cartagineses aumentan sus exigencias con respecto a África y Cerdeña, y prohíben a los romanos todo acceso a estos territorios. Y, por el contrario, en cuanto a Sicilia, aclaran que se trata de la parte que les está sometida. Lo mismo hacen los romanos en cuanto al Lacio: exigen a los cartagineses que no se dañe a los de Ardea, a los de Antio, a los de Circe ni a los de Terracina. Estas ciudades son costeras, y por ellas los romanos firmaron el pacto”.*

Polibio (III, 24, 14-16).

(Díaz Tejera & Balasch Recort, 1981).

## Texto 24.

*“Pero como los expedicionarios estuvieron ausentes más tiempo del convenido, a Corobio empezaron a agotársele todas las provisiones. Poco después, sin embargo, una nave samia -cuyo patrón era Coleo-, que navegaba con rumbo a Egipto, se desvió de su ruta y arribó a la citada Platea. Entonces los samios, al enterarse por boca de Corobio de toda la historia, le dejaron provisiones para un año. Acto seguido, los samios partieron de la isla y se hicieron a la mar ansiosos por llegar a Egipto, pero se vieron desviados de su ruta por causa del viento de levante. Y como el aire no amainó, atravesaron las Columnas de Heracles y, bajo el amparo divino, llegaron a Tartessos. Por aquel entonces ese emporio comercial estaba sin explotar, de manera que, a su regreso a la patria, los samios, con el producto de su flete, obtuvieron, que nosotros sepamos positivamente, muchos más beneficios que cualquier otro griego”.*

Heródoto (IV, 152, 1-4).

(Schrader, 1979).









